

GACETILLA DE PRENSA:

Limaclara, Buenos Aires, Argentina, marzo de 2019

**Fueron otorgados los
“PREMIOS LIMA CLARA INTERNACIONAL DE ENSAYO 2019”
Los galardonados son:**

(-Por orden alfabético-)

<u>Autor/a</u>	<u>Ciudad - País</u>
— Erica Berta Prunello	Santa Fe - Argentina
— Esperanza Cabarcos	San Justo-Santa Fe- Argentina
— Carlos Carnelutto	Rosario-Santa Fe- Argentina
— Sergio Espinosa Proa	Zacatecas - México
— Eduardo Roberto Kerschen	Garin – Argentina
— Antonio Alfredo Martín Ozuna	Chaco - Argentina
— Sergio H. Menna	Buenos Aires - Argentina

<u>Autor/a</u>	<u>Ciudad - País</u>
— Jesús Pacheco Julià	Barcelona - España
— Beatriz Elena Polti	Tucumán - Argentina
— Manuel Sánchez Arregui	Paisandú - Uruguay
— José Antonio Santiago	Madrid - España
— Nancy Susana Sarasúa	Corrientes - Argentina
— Fabio Esteban Seleme	Tierra del Fuego - Argentina

Se recibieron 144 obras remitidas desde 16 Países de América y Europa. Adjuntamos diplomas y obras premiadas.

LIMA CLARA agradece a los entusiastas participantes por las consistentes y formidables obras enviadas; por tanto esfuerzo y aplicación dedicados a la superación del ser humano.

-Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun -(Rusia-Argentina)- Editora y Directora Ejecutiva.

-Raúl Silverio López Ortego – (Argentina) Editor Asociado y Presidente Editorial

LIMA CLARA EDICIONES:

Ruta 9 Panamericana Km 102,700, Lima, CP 2806, Buenos Aires, Argentina.

www.limaclara-ediciones.com

premio.limaclara.internacional@gmail.com; ediciones.limaclara@gmail.com; limaclaraeditora@yahoo.com.ar

PREMIO LIMACLARA INTERNACIONAL de ENSAYO 2019
JURADO: Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona – España.

OBRA Y AUTORES ELEGIDOS	CRITERIOS VALORATIVOS
59: Proyecto Educativo. Un hilo de Ariadna para acometer la investigación científica Erica Berta Prunello	<p>“Diez ensayos que he considerado dignos de ser premiados atendiendo a los siguientes aspectos:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1-Tema original y dirigido a un público amplio. 2- Ideas bien organizadas. 3- Lenguaje correcto, ameno y con calidad de página. 4- Relación equilibrada entre el título y la concretación del tema tratado. 5- Moderación de las opiniones. 6- Solidez de los argumentos. 7- Bibliografía empleada en el desarrollo del ensayo”.
Afecta la muchedumbre en el individuo? Carlos Carnelutto	
Casar la casa José Antonio Santiago	
Leonardo, el genio de Internet Sergio H. Menna	
Del alma inmortal al perfil de usuario Fabio Esteban Seleme	
Estética: De la sensibilidad a lo inconsciente Sergio Espinosa Proa	
Inquietantes oscuridades del más allá Manuel Sánchez Arregui	
Mordor: La Última Batalla Jesus Pacheco Juliá	
Reflexiones en voz alta sobre Educación, y Prácticas Docentes Nancy Susana Sarasúa	
La insoportable levedad del ser. Identidad y vínculos en las redes sociales y virtuales Beatriz Elena Polti	

OBRA Y AUTORES ELEGIDOS

— Sobre el dar y recibir

Esperanza Cabarcos

- Afecta la muchedumbre al individuo?

Carlos Carlenutto

PREMIO LIMACLARA INTERNACIONAL de ENSAYO 2019

Prof. Mg. Jaime Andrés Wilches Tinjacá -Bogotá-Colombia

Obra - **Sobre el dar y recibir**: un texto con prosa ácida, pero ordenada, crítica, pero equilibrada, histórica, pero coyuntural. La autora nos ubica en uno de los escenarios donde más se desborda hipocresía y moralismos dentro de la vida pública: la filantropía y el público interno que queremos que nos aplauda cuando tenemos un acto de caridad. Esta obra, nos deja inquietantes preguntas sobre las falacias de la responsabilidad social y de la ficción de la necesidad, creada desde las más turbias realidades de un sistema económico desigual y excluyente. No menos importante es como se implementa este sistema paternalista y desde prácticas formativas donde se alimenta de manera paradójica, la lucha por el capitalismo salvaje y del sálvese quien pueda con equilibrios absurdos tendientes a la caridad o el abastecimiento de la carencia.

Obra - **Afecta la muchedumbre al individuo?**: un relato del encantador debate sobre las formas cómo se constituyen las masas y se lucha por construir identidades individuales que pueden llegar a bordear con los más instrumentales deseos del sistema capitalista. El aporte central del autor estriba en el excelente juego de palabras que construye cuando dice que el líder depende de la masa, pero la masa jamás dependerá del líder; brillante evocación que hace pensar en la vulnerabilidad de aquellos personajes mesiánicos que fundamentan su vida en el reconocimiento engeguado, pero efímero de las multitudes que lo idolatran.

<p>— La razón de las razas Eduardo Roberto Kerschen</p> <p>— La insoportable levedad del ser identidad y vínculos en las redes sociales virtuales Beatriz Elena Polti</p> <p>-Crítica de la condena social Antonio Alfredo Martín Ozuna</p>	<p>Obra - La razón de las razas: la explicación inicial sobre las teorías no probadas del origen de las diferencias raciales, son estratégicamente utilizadas por el autor para ridiculizar los discursos que proclaman superioridad o estatura moral como forma de dominación o exterminio político. Estamos en deuda de lograr que la historia de los vencidos tenga el reconocimiento que se merece y no siga viéndose como una exótica narrativa que de vez en cuando merece ser escuchada o expuesta en los círculos viciosos del poder y la hegemonía.</p> <p>Obra -La insoportable levedad del ser identidad y vínculos en las redes sociales virtuales: desde el referente universal de la aclamada novela de Kundera, la autora logra conectar el brillante título de esta obra con su experiencia profesional en el campo de la psicología, y en particular, con los respetables, pero “Insoportablemente leves” dilemas de sus pacientes en las redes sociales. Un escrito franco, ágil en la narrativa y provocador. Al final parece que las discusiones y reivindicaciones racionalistas y humanistas que abogaban por salir del silencio de la censura se ven ahora enfrentados ala democratización del ruido.</p> <p>Obra - Crítica de la condena social: sin recaer en los eternos debates sobre la configuración de lo público-privado, esta obra hace honor a una de las preguntas más complejas en los sistemas de justicia contemporáneo; ...es suficiente el castigo punitivo para salvar a la sociedad de las posibles desviaciones comportamentales de sus asociados?</p> <p>Pareciera, y con razón, que históricamente se disfruta con el sufrimiento del otro, dejando a un lado las reconvenciones y reflexiones que el delito o infortunio del castigado deja para tener un colectivo mucho más consciente.</p>
--	---

PREMIO LIMA CLARA

INTERNACIONAL —2019—

ENSAYO

A Manuel Sánchez Arregui

Por su obra:

Inquietantes oscuridades del más allá

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

Inquietantes oscuridades del más allá

Un vigilante sensible habita nuestro cerebro. Se le conoce como Amígdala y su función es detectar cualquier indicio de amenaza que se cierne sobre nuestro entorno. A través de este mecanismo cerebral procesamos las reacciones emocionales que nuestros sentidos perciben. Alcanza con que alguien se nos acerque un poco para que se active el dispositivo, al igual que ocurre con la alarma de una casa.

Entre un animal y un humano asustados, la única diferencia que existe es la velocidad a la que pueden correr. Es la eterna historia entre presa y depredador. Pero cuando se interponen obstáculos para la escapatoria, como un muro o un precipicio o porque simplemente el perseguidor se movió más rápido que el perseguido, será momento de cambiar el calzado de correr por los guantes de boxeo, el sable samurái o la metralleta. Lo que sigue será el brutal choque de dos fuerzas que lucharán a matar o morir. ¿Existe algo más salvaje? Seguramente el miedo es el resorte más visceral que los humanos arrastramos desde nuestros primitivos orígenes. No hay emoción que desencadene reacciones tan vehementes ni que eclipse el raciocinio de igual forma como cuando nos invade un temor intenso. Ante esa situación actuaremos igual que un búfalo o una rata,

descendiendo hasta las raíces de nuestra salvaje genealogía. Es ése el estado en el que mejor se refleja esa innata determinación por sobrevivir.

Las arcaicas pasiones que llevamos puestas parecen aceptar la domesticación a la que les venimos sometiendo desde tiempos recientes. El pasaje de una vida retraída, desconectada de los intereses y preocupaciones del resto, a una integrada al grupo, atravesada por los diversos vínculos que hilvanan el tejido social, obligó al repliegue del instinto. La comunidad tiene sus propios mecanismos de sobrevivencia que muchas veces resultan incompatibles con los que porta nuestra biología individual. Y al que se le suelte la bestia interior puede pagar el alto costo del desamparo de la comunidad. Esa amenaza latente ha resultado demasiado poderosa como para desarticular la red de vínculos creada entre los integrantes de nuestra especie; que comenzó con aquellas hordas de cazadores y que se fue fortaleciendo hasta constituirse en los estados-nación de los que hoy formamos parte.

No solo tomamos conciencia de que agrupados resultábamos más eficaces para capturar presas sino que éramos más fuertes para defendernos de las fieras. O de nuestros propios enemigos humanos. Así que, cuando abandonamos la vida errante para afincarnos en torno a las plantas que aprendimos a cultivar, debimos levantar murallas para proteger nuestras reservas de alimentos, o sea nuestras vidas y las de nuestros hijos. En la economía agrícola la suerte la determinaba la posesión de tierras y su reparto se realizaba por métodos violentos. ¿De qué otra forma, sino?

Para que alguien dedicara tiempo y esfuerzo en sembrar, regar y cosechar los frutos de la tierra debía contar con ciertas garantías previas de que esos resultados le serían de provecho. En caso contrario, no tendría los estímulos suficientes como para embarcarse en tal empresa y quizás lo más conveniente fuera arrebatarse la zafra a otros. Por supuesto que este tipo de conflictos se zanjaban con la muerte. Pero en aquellos primeros asentamientos humanos no era buen negocio que sus integrantes se pasaran matando los unos a los otros ya que resultaría en menos manos para labrar la tierra y menos guerreros

para defenderse del enemigo. Así que los líderes comprendieron que debían crear ciertas reglas para asegurar la conservación de la comunidad, entre las que surgió la propiedad privada, justamente para evitar las disputas que la incertidumbre generaba. Para conferirles a las reglas la autoridad suficiente de asegurar su cumplimiento, se crearon castigos, bastante crueles por cierto. De esta manera nació el primer estado, una entidad cimentada en el abstracto territorio del pensamiento colectivo con una única misión: proteger a sus integrantes de los peligros del más allá y el más acá.

La instauración de este orden social supuso el abandono de la vida “solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve”, a decir de Thomas Hobbes,¹ pero no de los arranques violentos del ser humano. El pacto que los hombres alcanzaron para ceder sus libertades a cambio de poder guarecerse bajo la protección todopoderosa del Estado habría inaugurado una era de tiempos más pacíficos, escribía el filósofo inglés, justificando de paso la autoridad absoluta de los monarcas. Aunque sobre estos asuntos existe otra versión, que indica que un día un individuo cercó un terreno y les dijo al resto “esto es mío”, encontrando personas lo bastante “simples” como para seguirle el juego.² Por si acaso, el primer propietario de la historia se ocupó de construir una estructura conformada por derechos y obligaciones que le garantizara su privilegio por siempre, incluso a sus descendientes. Quien osara vulnerar ese sagrado código de convivencia iba a encontrar la implacable respuesta del novel régimen. De ese modo, explicaba Jean-Jaques Rousseau el surgimiento de la sociedad civil agregando que las desigualdades derivadas de aquél acontecimiento sembraron la violencia entre los hombres.

1

Thomas Hobbes, *Leviatán*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, pág. 115.

2

Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*, Editorial Taurus, Madrid, 1966, pág.71.

Las ideas del filósofo suizo resultaron unas de las contribuciones más brillantes de la Ilustración y una de las principales fuentes de inspiración de la Revolución Francesa. Aquél suceso trascendental de la historia moderna, a través de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, buscó proteger al ser humano precisamente de las arbitrariedades de la propia institución que supuestamente existía para defenderle.

A este singular hito de la humanidad le siguieron, paradójicamente invocando su causa, tiempos de persecución, atropellos y muerte, cuya seña de identidad fue la icónica guillotina. Mientras se abolían privilegios, rodaban cabezas. Aquellos episodios acuñarían un término que nos acompaña hasta nuestros días: “terrorismo”. Un hijo bastardo de la revolución, que mucho sabía de las artes de la guerra y la política, tomó las riendas de aquella convulsionada Francia. El mundo nunca olvidaría el nombre de Napoleón Bonaparte ni sus dotes de gran estadista, así como alguna frase que alguien dice haberle escuchado pronunciar: “solo hay dos palancas que mueven a los hombres: los intereses y el miedo”.

La risa de Dios

Cuando las celebraciones santas así lo indicaban, el colegio católico al que asistía fijaba una misa especial para todo el alumnado en la basílica. La sucesión de actos y frases repetitivas de aquel ritual no me resultaba demasiado estimulante, así que me entretenía observando el ejército de santos, vírgenes, cristos, dioses y algún que otro demonio estampados en el largo techo y en las anchas columnas que lo sostenían. El decorado artístico de aquél templo era tan rico en expresiones humanas que al final no llegaba a aburrirme. Siempre me llamaba la atención un mismo detalle: el dejo melancólico que soltaban todos esos ojos. Y un día me pregunté: Dios, ¿también ríe?

Alguna pista me daba esa figura, en el medio del altar, de un atormentado mesías semidesnudo clavado sobre dos vigas de madera cruzadas. Por más que uno la haya visto incontables veces, es esa una imagen por demás perturbadora, sobre todo para un infante; aunque sabemos que la historia no termina ahí sino cuando el cristo después resucita y asciende a los cielos. Un final casi feliz, podría decirse. Pero es el episodio del martirio de Jesús de Nazaret el que moldea la esencia de la fe cristiana y es precisamente el objeto sobre el que fue torturado hasta su muerte, la cruz, el símbolo que la identifica. No hay religión que haya hecho del sufrimiento una fuente de legitimidad tan decisiva como lo hizo el cristianismo.

Ahora, hurgando un poco en la tradición judeocristiana, cuesta encontrar algún pasaje en los textos sagrados en el que Dios dé muestras de alegría o, al menos, de un poco de regocijo. Podemos deducir que el buen humor del Señor se manifestaría de forma prudente, como en un estado de moderada y solemne felicidad. Aunque le vemos abandonar inmediatamente la compostura cuando sus criaturas proceden de un modo diferente a lo por él indicado. Entonces, un torbellino de emociones furibundas -la célebre *Ira de Dios*- se desatará contra los desobedientes en forma de castigos, pestes, destierros e incluso la muerte. Es cierto que el creador exhibe una faceta bastante más severa en el Antiguo Testamento que en el Nuevo, donde se presenta más comprensivo y afectuoso, pero esa interpretación no siempre despertó consensos.

Primariamente, y según las referencias bíblicas, estaríamos entonces más cercanos a contestar por la negativa la pregunta inicial. Es más, esta parece ser también la conclusión a la que arribaron los príncipes de la Iglesia Católica durante la Edad Media, época en que el cristianismo ocupó el centro de la dimensión moral, política y cultural de Occidente. Eran tiempos en que la gente no reía, al menos en público, ya que eso estaba mal visto. Condenado severamente, sería más justo decir. Aquella pesada atmósfera medieval consagraba la parquedad al cenit de las virtudes morales, tal como lo representa Umberto Eco en su novela *El nombre de la rosa*, más conocida por su versión cinematográfica protagonizada por Sean Connary.

En épocas de castillos, espadas y cruces la autoridad se ejercía de forma implacable; cualquier atisbo de rebeldía era aplastado sin piedad. Así gobernaba la aristocracia feudal y también la jerarquía eclesiástica, a imagen y semejanza de cómo funcionaría el Reino de los Cielos. Así que más que la seriedad, lo que dominaba la vida de los hombres y las mujeres medievales era el miedo; un estado de alerta permanente en espera de que ocurra lo peor. No solo el cuestionamiento al poder político y religioso se saldaba con la muerte, sino que también el simple apartamiento de las buenas costumbres representaba un peligro real. Los ojos vigilantes de un dios riguroso observaban desde todas partes, en especial, desde los rostros de los vecinos. Apenas un rumor, una simple sospecha que recayera sobre alguien podría significar que sus días terminarían en las mazmorras del castillo o en la hoguera purificadora.

La segunda mitad del siglo XIII fue el período en el que ese estado de temor cotidiano alcanzó su máxima expresión. Una serie de acontecimientos climáticos provocaron una larga sucesión de malas cosechas que derivaron en devastadores hambrunas; además, se sumaron graves epidemias que se expandieron rápidamente por toda Europa. La muerte se convirtió en un paisaje habitual y el terror se apoderó de aquellos tiempos. Los líderes políticos y religiosos comprendieron enseguida que detrás de aquellas calamidades estaba la mano malvada de Satanás. ¿Quién otro, si no?

Era evidente, además, que todo aquel daño habría requerido de la complicidad de quienes pactaron con el demonio. Así que alcanzaría con atrapar a los impíos y enviarlos a la justicia celestial para recuperar la prosperidad perdida. Y así se hizo. La Santa Inquisición, la institución creada en el siglo anterior para combatir la herejía, llevó adelante con determinación la misión encomendada. Se estima que en esa época unas 60.000 personas perecieron incineradas tras confesar, tortura mediante, sus pactos diabólicos.

Queda ahora un poco más claro que, si bien no había muchas razones pero por si acaso, andar exponiendo alegrías no era una buena idea en aquellos años. Eso era más propio de viejas que volaban en escobas. En los dibujos animados inspirados en los cuentos clásicos, las brujas y los villanos acostumbran a echar carcajadas malévolas cuando planean sus fechorías. En cambio, los héroes, caballeros armados o príncipes valientes, apenas se permiten moderadas celebraciones para festejar sus hazañas. La moraleja de esas historias bien podría ser: no rías. ¡En serio!

Y es que ciertamente la risa tiene su dimensión política; es insolente, crítica, desafiante por naturaleza. Porque quien ríe, no teme. Y el poder es un asunto serio; tanto como la vida, incluso más. Cuanto mayor sea el castigo que reciban los graciosos, mayor será la capacidad de someter a los súbditos. Y no hay nada como un gesto severo en el rostro de un gobernante, sin siquiera rastros de una lejana sonrisa, para marcar su incuestionable autoridad. De este modo podría pensarse que en el caso de un ser omnipotente, como es el caso que aquí intentamos esclarecer, la seriedad debería ser absoluta.

Poniéndonos un poco filosóficos podemos encontrar algunas otras razones, otros recorridos, pero que inevitablemente terminan en el mismo destino. Empecemos por la más simple, la científica: no hay evidencias de una risa cósmica: no hay testigos, no hay audios, no hay fotos. No existe. Fin de la cuestión. Una segunda teoría tiene que ver con el propio sentido de la risa, entendiéndola como un reflejo que expresa sorpresa intelectual, es decir cuando un fenómeno se produce de un modo diferente al esperado. Esa es la lógica que siguen los chistes, por eso cuando ya los conocemos no nos hacen gracia. En este caso, un ser omnisciente, que conoce todo lo que existe, existió y existirá, ya sabe cómo todos terminan. Y una última explicación se relaciona con otra característica de un ser sobrenatural que es su eternidad. Seguramente la inmortalidad tenga sus ventajas, ahora, debe resultar un poco aburrida ¿no? Si uno se entusiasma muy de vez en cuando durante nuestras breves existencias, imagino el tedio de vivir por siempre.

Las evidencias que podamos disponer y las especulaciones que se pueden extraer del asunto parecen descartar la hipótesis de una risa divina. Sin embargo, estaría faltando una prueba más, por demás relevante, nada menos que el testimonio de alguien que lo conoce muy bien, seguramente mejor que nadie, ya que antes convivieron hasta que rompieron relaciones para declararse enemigos acérrimos. Desde entonces se vigilan mutua y escrupulosamente. Como se imaginarán, me estoy refiriendo a la versión del diablo, que quizás aporte alguna información de primera mano al respecto. Y esto es lo que nos dice: “A Dios le gusta mirar. Es un bromista. Le da al hombre... instintos. Les da ese extraordinario regalo y entonces ¿qué hace? Lo juro, para su propio entretenimiento, para su propio show cósmico privado, pone las reglas en oposición. Es la joda más grande de todos los tiempos. Mira, pero no toques. Toca, pero no pruebes. Prueba, pero no tragues. Y mientras estas saltando de un pie al otro ¿qué hace él? ¡Se está riendo como un enfermo! ¡Es un mojigato! ¡Es un sádico! Es un casero ausente. ¿Adorar eso? ¡Nunca!”³

No sabemos si Al Pacino fue poseído por el demonio cuando protagonizó ese papel, esa inolvidable escena, o si ese discurso solo es producto de la imaginación del guionista de la película. Pero si aceptamos darla por válida, aceptarla como versión oficial del infierno, podríamos entonces resolver el misterio afirmativamente: Dios ríe. Sin embargo, estaríamos cediendo a la tentación –y no de risa- que el diablo acostumbra a someternos. Algo que al Señor no le hace ninguna gracia.

Sombríos augurios que llegan de muy lejos

Un joven chimpancé se encontraba comiendo tranquilamente arriba de un árbol. Mientras, abajo y a los alrededores, una manada de seis chimpancés se desplazaba sigilosamente hacia donde se encontraba el primero. El distraído simio se pudo percatar de la redada recién cuando los tuvo a todos encima. Fue cuando saltó desde lo alto y emprendió la huida. Pero ya

era demasiado tarde, uno de sus perseguidores lo cazó de una pierna y lo tumbó al suelo. Enseguida se sumó el resto y lo que siguió fue una salvaje catarata de golpes, patadas y mordidas que le hirieron de muerte.

Unos años antes, la comunidad de monos a la que pertenecían los protagonistas de aquél fatídico suceso comenzó progresivamente a separarse en torno a dos grupos. Con el paso del tiempo la relación entre los machos de ambos bandos se fue volviendo hostil. Hasta que en un momento la ruptura se hizo evidente al formarse dos comunidades bien diferenciadas, cada una con su propio territorio. La nueva configuración social de estos primates pareció distender un poco la tirante relación a la que se había llegado. Sin embargo, aquel ataque brutal puso de manifiesto un grado de enemistad que ahora sí parecía irreversible. Los siguientes cuatro años sirvieron para constatar el acierto de aquel sombrío presagio. La misma pandilla, que había arremetido contra el infortunado chimpancé del otro grupo, volvió a repetir sus feroces incursiones en territorio enemigo cargándose de una a una a sus víctimas. Primero fue un macho, después una hembra y luego otro macho. Los tres murieron.

Aquellos episodios que fueran relatados por la primatóloga Jane Goodall, tras sus estudios de las comunidades de chimpancés en la jungla de Tanzania, revelaron que los enfrentamientos bélicos entre primates no son exclusivos del hombre. Hasta ese momento se creía que los monos se enfrentaban entre sí para dirimir el liderazgo del grupo o por conflictos puntuales, pero que se resolvían cuando uno dominaba al otro, sin necesidad de matar. Los acontecimientos observados por Goodall y su equipo permitieron conocer la faceta más cruel de los chimpancés y una sorprendente capacidad de premeditar sus crímenes. Algunos especialistas ven un vínculo entre la aptitud para la violencia organizada que exhiben estos simios y el origen de la guerra entre los humanos.⁴

4

Jane Goodall, *A través de la ventana: treinta años estudiando a los chimpancés*, Salvat, Barcelona, 1993, pág.92.

Por mucho tiempo se creyó que la guerra, entendida como enfrentamiento entre grupos, había surgido con la aparición de las sociedades sedentarias, o sea cuando hombres y mujeres se asentaron en territorios que requirieron conquistarse o defenderse. Pero esa idea empezó a perder fuerza en tanto asomaban ciertos indicios, tales como el caso de los chimpancés antes mencionado. De todas maneras, las evidencias más antiguas de confrontaciones armadas eran todas posteriores al establecimiento de los primeros asentamientos humanos. Pero un reciente hallazgo parece resolver este asunto. Ocurrió en una zona cercana al lago Turkana, en Kenya, donde el trabajo de un grupo de paleontólogos y antropólogos se topó con los restos de una masacre perpetrada hace unos 10.000 años atrás. Los esqueletos hallados muestran signos de una violencia tal que los expertos apuntan a que se produjeron por acciones de una batalla. En aquella época, y especialmente en ese lugar, aún se desconocía la agricultura, por lo que los combatientes encontrados pertenecerían a bandas de cazadores-recolectores. Si bien nunca se puso en duda las manifestaciones de violencia en el hombre del paleolítico, que se pensaba ocurrían únicamente entre individuos, este descubrimiento nos sugiere que la guerra puede ser un fenómeno tan antiguo como nuestra propia especie.⁵

Fue recién a partir que los humanos se establecieron en torno a tierras cultivables que la producción de alimentos excedió las necesidades de quienes las producían. Esto permitió que algunos se pudieran dedicar exclusivamente a desarrollar las habilidades que la guerra requería y así defender la comunidad de los asedios enemigos. Así nacieron los primeros guerreros. Con la autoridad que les confería la espada pudieron hacerse de los puestos más poderosos de las estructuras administrativas. Fue de ese modo que los asuntos militares ocuparon un espacio central en las preocupaciones de la sociedad antigua, los que demandaban más atención y, por supuesto, más recursos. Los ejércitos se profesionalizaron, la estrategia

5

M. Mirazón Lahr, F. Rivera, R. K. Power, A. Mounier, B. Copsey, F. Crivellaro, J. E. Edung, J. M. Maillo Fernandez, C. Kiarie, J. Lawrence, A. Leakey, E. Mbua, H. Miller, A. Muigai, D. M. Mukhongo, A. Van Baelen, R. Wood, J.-L. Schwenninger, R. Grün, H. Achyuthan, A. Wilshaw y R. A. Foley, *Inter-group violence among early Holocene hunter-gatherers of West Turkana, Kenya*, Nature, Londres, 21 de enero de 2016.

militar se convirtió casi en una ciencia y la aplicación de nuevas tecnologías otorgó un diferencial clave en el resultado de los conflictos.

Así como en cada comunidad quienes detentaban mayor poder accedían a mayores niveles de prosperidad, lo mismo ocurría entre los pueblos. Aquellos que se habían tomado en serio la formación de ejércitos eficaces dominaban a los otros para obligarles a transferir una parte importante de sus riquezas. A esta configuración política los romanos le llamaron “Imperio”, además de rendirle un generoso tributo. Pero no solo ellos, desde entonces una larga lista de países y gobernantes han intentado imitar el ejemplo expansivo de la Antigua Roma. Al parecer, la conquista de los laureles dorados resulta un premio tan atractivo que vale la pena apostar mucho por él, aunque sean vidas, preferentemente ajenas, pero que también pueda poner en riesgo la propia. Algunas de esas experiencias han culminado con éxito, otras en fracaso y todas con mucha sangre.

El advenimiento de la Revolución Industrial sirvió para transformar la fuerza militar en una potente y bien aceitada máquina de matar. Las ansias expansivas de las grandes naciones europeas y la abultada pila de facturas acumuladas durante siglos de enfrentamientos recalentaron los celos y la desconfianza mutua. La creciente prosperidad de los primeros años del siglo XX gestó un ambiente de desmesurado optimismo que impidió ver la inminencia del desastre. La tensión fue en aumento hasta alcanzar un punto de no retorno. Cualquier hecho, por simple que fuera, podía convertirse en el desencadenante de la violencia, ya sea un diferendo comercial, un reclamo territorial o el crimen de un príncipe de un imperio decadente perpetrado por un ignoto joven de un país periférico.

Hasta que al fin ocurrió. Los tambores de guerra sonaron y los pueblos se llenaron de patriotismo confiando en una rápida victoria. Había llegado la hora de estrenar la maquinaria bélica desarrollada al impulso del vertiginoso avance tecnológico. Ahora se empezaba a matar a escala industrial. Aquél conflicto recibió el nombre de *La Gran Guerra*, lo que fue acertado,

por su extensión durante cuatro años y el saldo de 17 millones de muertos. Pero quedó chico en comparación a lo que vendría después. La infeliz resolución de la postguerra abonó el terreno para que años más tarde estallara, y ahora sí, la mayor conflagración armada de la historia. Su duración fue un poco mayor y sus consecuencias descomunales: 60 millones de muertos.

Es imposible no asociar 1945 con el año que finalizó la Segunda Guerra Mundial. O con el inicio de la larga pulseada entre las dos grandes potencias vencedoras. Pero quizás el dato más relevante de aquél año siga siendo el estreno de la bomba atómica. Veamos, hasta aquél acontecimiento ningún ejercito escatimaba esfuerzos; se iba hasta el máximo de las posibilidades de dañar al enemigo, si no se usaban armas más mortíferas era porque aún no existían –aunque seguro que estaban trabajando en ello-.

Los dos ataques nucleares descargados contra Japón le hicieron saber a la humanidad cuán lejos podía llegar su capacidad destructora. Si bien el desarrollo armamentístico continuó su alocada carrera, incluido el atómico, y también las confrontaciones bélicas alrededor del globo, se generó una conciencia que supo poner ciertas líneas rojas. Reglas, como en el boxeo o en las artes marciales. Con armas nucleares no se juega, pareció ser el acuerdo alcanzado.

Pero los años de posguerra no mostraron demasiado empeño en honrar su nombre. Decenas de conflictos se diseminaron por todo el planeta alentados por la guerra no declarada pero siempre latente entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La tensión fue tal por momentos que muchos esperaron el apocalipsis que supondría un choque entre las dos superpotencias archienemigas. Hasta que el desmoronamiento soviético llegó para enterrar el temor.

A estas alturas ya no visualizamos un desenlace nuclear siquiera como un riesgo a considerar, a pesar de que existen más de 17.000 bombas atómicas -en poder de nueve países con antecedentes no muy pacíficos y siempre bien dispuestos para la

pelea- esperando por un dedo que presione un simple botón.⁶ ¿Qué tan cerca o tan lejos estamos de esa posibilidad? No tenemos esa respuesta, pero quizás las estrellas puedan dar alguna pista.

El astrofísico y divulgador estadounidense Carl Sagan dedicó buena parte de su vida a la exploración del universo buscando detectar la presencia de vida inteligente más allá de nuestro esférico hogar. Considerando las condiciones físicas y químicas que la vida requiere para gestarse -como las que se presentan en nuestro planeta- y los billones de sistemas solares existentes a lo largo y ancho del cosmos, el científico concluyó que nuestro caso no sería tan excepcional; deberían de existir millones de civilizaciones parecidas. Convencido con esta línea de razonamiento, junto a otros destacados colegas, creó un proyecto para contactar extraterrestres.

Desde el observatorio astronómico de la Universidad de Harvard se proyectaron al espacio un amplio espectro de radiofrecuencias para poder captar señales que fueran emitidas desde eventuales planetas habitados. Hasta ahora no se ha recibido ningún mensaje desde el más allá ni tampoco han tenido éxito proyectos similares efectuados por otros científicos. Esto podría indicar que somos los únicos habitantes del universo o que los alienígenas aún no han conseguido crear medios de comunicación tan avanzados que les permita contactarse con nosotros. Eso llevó a Sagan a plantearse una escalofriante pregunta: ¿Será que el destino inevitable de toda civilización que alcanza un elevado desarrollo tecnológico sea la autodestrucción? Las tecnologías que disponemos han cambiado asombrosamente desde la primera vez que creamos el hacha, pero los impulsos violentos son los mismos de antaño.

Como en un sueño atroz

Nunca vi al monstruo, es cierto, pero su siniestra silueta aún se reflejaba en aquellos ojos. Nadie sabía efectivamente cuánto daño había causado pero todos coincidían en que aún seguía siendo demasiado. El terror desatado paralizó hasta el tiempo, pese a que los meses del almanaque siguieran cayendo como las hojas en otoño y que las agujas del reloj persistieran en su caprichoso giro. Decían que 30 años habían pasado ya, pero nada había pasado.

El complejo de templos de Angkor Wat, en el norte de Camboya, había cumplido su promesa de cautivarnos, valió la pena la visita. Pero el viaje a la capital, Phnom Penh, no figuraba dentro del circuito turístico del sudeste asiático, por lo que nuestros planes en esa ciudad no estaban muy claros. Pero alguien propuso ir a ver “uno de esos campos de concentración de la época de la guerra”, y a falta de otras sugerencias acordamos que podría ser interesante. Así que nos repartimos y tomamos un par de *tuc tuc*, los típicos triciclos motorizados que funcionan como taxis, aparcados afuera del hotel para que nos trasladasen al antipático destino.

El sitio en cuestión no irradiaba ese aspecto terrorífico que supusimos, parecía más bien una escuela de barrio, con sus salones y su patio de juegos. Y es que lo era, nos explicó uno de los conductores que nos había llevado, hasta que fue convertida en un centro de detención de los *Jemeres Rojos*, el régimen que dominó Camboya durante la segunda mitad de la década del 70. Mientras esperábamos por ingresar al lugar, el hombre siguió junto a nosotros aportando más información acerca de aquellos terribles años. Lo haría por buen anfitrión pensamos, por ganarse una propina extra o por hacer catarsis tal vez.

Hasta que alguien hizo la pregunta incómoda. ¿Tu familia como vivió esa época? Entonces comenzó el relato, el verdadero, el suyo, el que proyectaba la sombra del monstruo en su mirada. Su infancia había dejado de transcurrir la noche que se llevaron a su padre y a su madre. Sus crímenes eran imperdonables, él había estudiado medicina y ella magisterio, con el agravante de que ambos hablaban francés. Tenían los peores vicios del sistema, pero el castigo que les correspondió fue el

mismo que al resto: la muerte. Después le habrá llegado el turno a sus hermanos mayores y abuelos, no lo supo bien, ya que fue apartado y enviado a un campo de trabajo. Nunca volvió a ver a su familia.

Una historia parecida nos contó la guía del lugar, antes de iniciar el recorrido por las instalaciones. De niña también había sido separada de su familia, cambiada su identidad y enviada a una zona rural. Pero tras una larga búsqueda, el año anterior había al menos podido reencontrarse con su madre. Mientras lo contaba sus ojos se perdían en la nada, como buscando una explicación que se ha perdido para siempre. Relatos como estos, aquí se cuentan por millones. Todos parecen salidos de un sueño atroz del que no pueden despertar.

Todo comenzó cuando unos autoproclamados revolucionarios, liderados por un tal Pol Pot, tomaron el poder prometiendo cambiar radicalmente la vida de los camboyanos. Y cumplieron. Inspirados en la doctrina maoísta, o más bien en una parodia burda y cruel de la experiencia china, los Jemeres Rojos comenzaron a combatir todo lo que desprendiera ese perfumado tufillo a burgués. Empezando por los propios burgos, es decir las ciudades, que fueron abolidas. Y la misma suerte corrieron también las típicas y contaminadas derivaciones producidas por las urbes: el dinero, la medicina, la enseñanza, el arte y todo lo que tuviera alguna relación con lo extranjero.

Entonces se iniciaron masivas deportaciones hacia centros de trabajo rural, se cerraron hospitales y escuelas, se prohibieron las expresiones artísticas y se desmembraron las familias cambiando los nombres de sus integrantes para que no volvieran a reencontrarse jamás. Un plan sistemático, perfectamente delineado por la mente de un hombre cuyo rostro se desconocía; un líder oculto al que todos obedecían.

El macabro experimento acabó cuando el vecino Vietnam invadió Camboya desalojando del poder a Pol Pot y su banda de criminales. Entonces la locura se detuvo y recién se pudo empezar a conocer las dimensiones de la tragedia, que ya se

sospechaban enormes. Las estimaciones más conservadoras apuntan a un millón y medio de muertos a causa de ejecuciones, por las penosas condiciones de vida a las que eran sometidos o por la falta de atención a los enfermos. Hay quienes sugieren que el número de decesos fue el doble. De acuerdo a algunas investigaciones, el régimen pretendía mantener con vida a uno y medio o dos millones de jóvenes, “los suficientes como para construir una nueva Camboya”, el resto de los seis millones de habitantes eran eliminables.⁷

Concebir que el asesinato de una parte considerable de la sociedad pueda contribuir a solucionar los problemas del mundo es una idea por lo menos terrible. Ahora, que existan voluntarios dispuestos a diseñar un plan metódico, que contemple todos los procesos e insumos necesarios para llevar adelante su ejecución, y se pongan manos a la obra, solo de imaginarlo, resulta escalofriante. Aunque ese ejercicio se haya producido demasiadas veces a lo largo de nuestra historia. Una vez tras otra los seres humanos –algunos- han masacrado a otros y después, los que quedaron, exclamarán que el hecho no quedará impune y que nunca volverá a ocurrir un acontecimiento semejante. Una secuencia que se ha seguido repitiendo en diferentes épocas y lugares. ¿Pero qué nos impulsa a querer exterminar a un grupo de personas por el simple hecho de compartir un rasgo diferente al nuestro? Quizás haya que hurgar en las profundidades de nuestra conciencia para encontrar algunas respuestas.

Habrá que remontarse miles de años atrás, indagar entre la densa niebla de la prehistoria para reconstruir la escena de un crimen del que apenas tenemos sospechas. Un hecho que habría ocurrido tiempo después de la llegada de los primeros hombres a Europa. Ese territorio estaba habitado desde hacía unos cientos de miles de años por los Neandertal, nuestros parientes más cercanos. Pero la casa era grande y había lugar para todos, por lo que los recién llegados se pudieron instalar

7

Noam Chomsky y Edward Herman, *After the Cataclysm: Postwar Indochina and the Reconstruction of Imperial Ideology*, Black Rose Books, Montreal, 1979, pág. 181.

cómodamente. Habrán existido algunos problemas como en toda convivencia, pero la relación entre las familias era cordial. Los fríos empezaron a apretar en los bosques del Asia Central, donde aún quedaban muchos de nuestros ancestros, lo que los empujó a emigrar a las cálidas tierras del sur europeo. Fue cuando se empezó a romper el equilibrio debido a que los nuevos inquilinos superaban en varias veces a los viejos pobladores. Hasta que una disputa entre quien se sentía con el derecho y quien se sentía con la fuerza derivó en un conflicto que terminó en tragedia. Hay quienes señalan esta versión como la causa de la extinción de los Neandertal y del primer genocidio cometido por el hombre.

Así, el Sapiens habría resultado el único superviviente del género Homo, el que mejor se adaptó, el vencedor. Levantó sus puños, se embriagó de una burbujeante sensación de poder y tomó posesión de su premio: convertirse en amo y señor del mundo. El resto de las especies saludaron su paso como a un merecido campeón, como a un general victorioso, como a un dios terrenal. Pero el brillo de la gloria, sin embargo, escondía unas manos manchadas con el sangriento color de la vergüenza. Ese fue su precio y ese sería su secreto.

Aquél crimen primigenio pudo haber quedado silenciosamente grabado en nuestros genes. Y tal vez, ocasionalmente, emerja entre los sueños, se cuele en las fábulas, dibuje nuestros mitos. Quizás sirvió de inspiración para relatar una leyenda de dos hermanos, de los primeros que hemos tenido noticia, en la que, como se sabe, uno mata al otro. O para contarnos acerca de otro episodio, de un arrebató divino, en el que casi todas las criaturas vivientes fueron ahogadas. Y en otro pasaje parecido, un pueblo entero, o más bien dos, sucumben ante las llamas ejemplarizantes de su señor. Es un misterio. La frontera entre el lenguaje poético y la falta de evidencia suele ser tan ancha como el propio universo. Aunque la línea entre creerse un dios y convertirse en un monstruo pueda resultar tan fina como peligrosa.

Autor:

Manuel Sánchez Arregui

Uruguay

Manuel Sánchez Arregui(Paysandú, 1980) es economista y periodista. Presentó dos ciclos radiales en emisoras locales, redactó crónicas de viajes para la revista Caras & Caretas, se desempeñó como redactor periodístico en el diario El Observador y presentó una columna semanal sobre economía en el programa Buen Día Uruguay de Montecarlo Televisión, todos medios uruguayos.

Por su labor obtuvo el Premio Latinoamericano de Periodismo Siemens en Tecnologías Limpias y Desarrollo Sostenible y fue nominado al Premio de Periodismo Económico Iberoamericano del IE Business School de Madrid.

El abordaje de temas complejos a través de presentaciones didácticas y originales fue celebrado por el público y la crítica, lo que le animó a emprender su proyecto más ambicioso: El Mono Astronauta

PREMIO LIMA CLARA
INTERNACIONAL —2019—
ENSAYO

A José Antonio Santiago

**Por su obra:
Casar la casa**

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

Casar la casa

Amén de las diversas culturas y tradiciones erigidas por el ser humano, amén de los tiempos remotos, y presentes, amén del ámbito rural o urbano, de los cambios en la concepción de la familia, el humano erige la casa como su más recogido y elemental modo de habitar.

Toda casa se compone de un cuádruple ámbito, una coalición complementaria de cuatro funciones o auras básicas en los que consiste la habitualidad y habitabilidad humana que justamente casan en las estancias de la vivienda.

En la casa, así, se guarda el ciclo del humano y sus funciones. Territorio vivar. Estancia de los cuatro elementos: fuego, tierra, agua y aire.

Lar de labor y cobijo, en la casa lo animal y biológico del humano se humanizan en lo más propio, que es lo más vital: nacimiento, crecimiento, reproducción, relación y muerte. Pero además de ello, si el humano necesita conocer, y por ello busca y quiere, también necesita conocerse y hacerse.

Laborar y orar, intimarse e invitar, sostenerse y agenciarse desde la repetición vital de los ciclos. Sinonimia de lo ordinario y antinomia de lo extraordinario es el humano en justa proporción. Solo se gana territorio desde un territorio ya ganado. Por ello, la casa se hace la antítesis de lo remoto, porque es lo más remontable de sus días. Y por eso el viaje siempre ha de partir y de volver desde y hacia el origen que es primero inicio y después ganancia, terruño. De ahí la vital necesidad de la casa, de un territorio de habitante espacialidad y habitante temporalidad.

La habitualidad consiste en la progresiva y vital soberanía de un mismo territorio desde un tiempo que, cerrado cíclicamente en él, se va fértilmente habitando. Y es precisamente su cierre y estanqueidad lo que permite la estancia.

Pero no se trata de una estancia clausurada, sino al contrario, abierta al devenir cíclico del hábito. Por ello, en el territorio de la habitabilidad habitual el humano debe, día a día, ganarse su lugar, mantener la distinta identidad del tiempo para que sea su tiempo. De este modo, el humano se gana su hogar, porque en ese definido territorio habitable vive. Y esa ganancia significa que, en cualquier lugar, por recóndito que sea, mantiene el aura de lo habitable habitual. El saliente de una mesa, se hará o podrá hacerse, con el tiempo, un apoyo en el descansar cotidiano. El hueco no pensado de la terraza se convertirá en chiscón de noches blancas, la esquina menos tratada en guarida de juegos infantiles. Si todo casa lo que parecía estar al albur se hace o se convierte en territorio habitable.

Es en la particularidad de la casa donde menos se propende a la eternidad y donde, no obstante, más eternidad cabe. Ello sucede a través del laborar, día a día, que termina cuando empieza otro período y en el que comienza uno más al concluir el anterior. En la casa se cierra lo privado al equilibrio de los días. Y solo a lo más común hace el humano lo más único: lo más propio es justamente lo de todos, lo más perdurable: su estancia vital.

1.-

Suele ser la cocina el lugar primero de toda casa, quizás el más prístino y radical. Ahí es donde aloja el humano su fuego conseguido. La cocina es la estancia de la lumbre en cuya luz y calor todo lo demás se humaniza al transformarse por obra de su mano. Lugar donde se suma y consume el ciclo laborante de los días y el trabajo del alimento. En la cocina es

donde el humano prepara el pan que come. Lugar de labor mortal en la que se hace en su caduco y cíclico trabajo de los días que se gana al aire, la tierra y al mar. La cocina es el lugar del fuego. El fuego se acoge en el hogar.

Y es ante ese hogar que el humano mide los tiempos de la producción del alimento, ritualiza las monotonías nutricias, prepara el pan de los días, una y otra vez, se ocupa y preocupa de lo hecho, lo haciendo y lo por hacer. Ante la lumbre el humano se hace fénix de las cenizas, afirma en su sempiterno quehacer su misma eterna mortalidad.

La cocina no es lugar de contemplación. En ella el humano no piensa en la eternidad o en la muerte, sino en el día a día. Pues el humano es racional porque elabora, y elabora porque es racional. Se hace mortal en su tarea de producir lo que es preciso para la jornada, se afana en realizar lo que él mismo hará extinguir para poder mantenerse: el alimento; necesaria consunción de los días.

Sin la cocina la casa no es hogar y el humano no es humano, sino bestia montaraz. Por eso dijeron los sabios que es ante la lumbre, y no ante el atril o el gabinete, donde hay dioses. Por eso dijeron que el humano es el animal que come pan.

Pues el humano recoge, produce y consume las preces de la Naturaleza, cuyas bondades dirime con el ritmo cíclico del tiempo y transforma con sus manos. Hacer y deshacer es *lógos*: razón.

El humano produce. En su quehacer, junta y separa elementos en la justa medida que le da la experiencia, transforma el trigo y el agua en pan, el pez en pescado. Y la casa en hogar: lugar de la lumbre. Eucaristía del fruto en alimento.

El humano está en sus productos y no solo en sus eternos sueños y utopías, sino en la humilde y necesaria labor diaria que se repite en el común e inmortal ciclo de albas y ocasos, veranos e inviernos... siempre el mismo y siempre distinto en cada propia fase de combustión y cenizas. Todos los fuegos el fuego.

Los que mueren nos dejan recuerdos. Pero con el tiempo y el transcurso de generaciones, estos van desapareciendo. Lo que dura es lo que el humano puede hacer duro: el producto por el esfuerzo diario de su trabajo. Si el humano es un ser

racional, es porque tiene manos. Y en los enseres, en las cosas que el humano elabora y transforma, se encuentra la impronta de lo humano y su habitual habitabilidad.

En este sentido, la cosa es lo hecho. En ellas está la huella de lo humano, su futuro perfecto, sus fechas hechas. Pasajero de lo mismo que come el pan de su trabajo diario.

En los sueños y en los grandes proyectos el humano parece a veces deshacerse o desintegrarse en alcanzar lo universal, lo lejano, lo extraño. Pero eso por momentos declina su condición en no más que palabras e ideales. En el quehacer diario el humano nunca miente, porque es su más ligado sino desde el cual querer lo más lejano. En su labor el humano se muestra tal y como es; se conjuga y se inclina a lo más propio solo a partir de lo cual puede trazar necesarios horizontes más remotos. Desde lo más infecto, es decir, lo más inmediato, el humano determina la perfección. Lo por hacer construye lo por venir.

Por eso, el acto de dar la mano significa la cordialidad y la racionalidad del humano: la mano es lo más extensible, es el poder de ir a por lo dado, y transformarlo. Así con la mano -la mano abierta- el humano se ofrece *para* el otro -el prójimo- a dar su posibilidad de ser humano. Y con la mano cerrada el humano se torna individuo *ante* el otro, se defiende con su puño. Abrir y cerrar las manos del humano es abrir y cerrar las puertas de su hogar. En ambas facetas, sinónimos y antónimos de un mismo nombre, el humano conserva y se conserva. Perseverar en el ser es el diamante que brilla en el anillo de la habitable habitualidad humana.

2.-

La sala es el segundo lugar de la casa tras la cocina. Morada de comunión, la sala es la estancia de consuno y manducación. El lugar de la tierra y su oferta firme. Horizonte meridional.

Lugar del comedor, donde los productos cocinados al hogar son consumidos y por ende, consumados. En su mesa el humano goza su labor, comulga con ella y da gracias por lo recibido que se ha cobrado con su trabajo. Pues solo el que se esfuerza sabe agradecer.

El don ha sido ganado, y se celebra. La sala es la habitación de lo común; es la sala de *estar*.

La mesa constituye el elemento principal de la estancia. Ante ella, el humano ofrece sus dones trabajados, apoya sus manos cansadas y pone lo suyo a los suyos. La mesa, constituye la más decisiva instancia horizontal de la casa junto con el lecho. Espacio de ofrenda de los frutos del humano. Lugar del condumio. Lugar de la tierra humana. La mesa es el suelo de las manos.

Y qué puros son los alimentos que, como los frutos, siempre se hacen puestos por esas manos. Las palabras del humano pueden equivocarse o mentir. Su facilidad reproducible supone una grandiosa ganancia, pero también una proporcionada pérdida debida al troquelado desgaste. Las palabras perduran en su imitación, pero también transitan perdidamente. Su constante repetición puede volverlas homogéneas, romas. Sin embargo, el producto -la cosa hecha- nunca es mendaz. El producto puede repetirse, como la palabra, de modo idéntico, pero aquel siempre mantiene una cierta e irrepetible mismidad, una concreción de huella. Y no hay nada más puro del humano que su huella en la tierra.

Y es en la mesa donde el humano hace cumplida su labor, donde parte el pan y celebra. Por eso, la sala es el lugar más abierto y común, lugar de las fiestas a la que se deja entrar a los otros para in-vitar a la vida y a los alimentos.

Desde los primeros tiempos, el humano celebra sus grandes momentos biográficos alrededor de la mesa, pues como todas las grandes funciones vitales del humano, el comer es lo que mensura a todos como iguales comensales -niños y ancianos, lugareños o forasteros, ricos y pobres- en la meseta obrada que mide nuestra condición. Comer simboliza el auténtico acto de la caducidad y el repetido ciclo manducante.

Metabólico alimento, capacidad viviente de convertir la naturaleza en nutrientes a través de nuestra asunción química. Momento dialéctico del análisis y síntesis orgánica, proceso fásico de disolución y absolución en el absoluto microcosmos de nuestro cuerpo, cuya misma sustancia será desintegrada y reasumida en otro absoluto por mor de la dialéctica transformante de todo lo material.

Comer y hablar tal vez sean los dos fehacientes actos del compartir; por ello será que es en la mesa -lugar del «con» y del «partir»- donde se come y se habla. Entonces, el alimento se reparte. A cada uno lo suyo. La ración de comida es nuestra porción del mundo, y es la *ratio* asignada a la razón de estar y ocupar ese nuestro lugar, en esa nuestra medida.

3.-

Pero en esa dialéctica metabólica de mundo se encuentra también lo innecesario, la antítesis de lo sobrante o del resto que, como no, también habrá de ser reasumido. Entramos en la estancia de la purificación y el desperdicio de lo orgánico y de lo vivo. Es el lugar de lo excusado y la excreción.

Si la mesa es el lugar de la exuberancia, la mostración de los dones, y del compartimento, el retrete es el lugar, como así indica su nombre, de lo retirado, de lo que es preciso privarse. Tras la asunción del alimento dispuesto, llega el momento de la indisposición. Si los alimentos han de ser gozados por los sentidos pausadamente, los excrementos se evacúan lo más neutral y rápidamente posible.

En la asepsia del retrete existe una necesaria privación de los sentidos, una pulcritud que no hay que sentir, sino expeler. Desde la vertical que traza la boca y el ano -la altura y la bajura- se vertebra el cuerpo humano, y por extensión, todo organismo heterótrofo esto es, aquel que precisa de extremidades y sensores perceptivos para disponerse biológicamente a través de su actividad vital al medio externo.

Todo organismo con sentidos e inteligencia se construye en esa vertical de la digestión que comienza con un orificio de asunción de alimentos y que, tras la secreción y absorción de los nutrientes, termina en la excreción a través del orificio

antitético a la boca. En ese camino de análisis y síntesis monogástrico, en esa catástasis de lo presente y lo oculto, en la deglución y la expulsión de lo bruto y lo neto que se determinan mutuamente, se construye también no solo la capacidad viviente sino la del fundamento biológico del *logos* humano.

Es por ello que, al hablar de los detritos, se mencione el término «escatología» (de *éschatos*: «último»), pues las ultimidades y restos del microcosmos biológico se establecen en paralelo también al macrocosmos de nuestra misma ultimidad vital. No en vano el término «escatología» se refiere a la acción de la renuncia y el resto; tanto en el sentido redentor: el «residuo de lo sagrado», como en el biológico: el excremento.

En ambos casos, se trata de aquello que no puede ser aprovechable, esto es, no todo reciclado dentro del ciclo. Lo más valioso y lo más residual, es decir, el alma y lo excremental, el trasmundo y lo inmundo se unen así en la salvación y evacuación de lo que no puede asumirse en el mundo por altura o bajura.

En este sentido, al igual que el fiemo orgánico es utilizado para abonar el suelo que dará vida, también ciertas prácticas religiosas han utilizado tradicionalmente los sacrificios para, en el ara o centro sagrado, convertir a través de la mediación divina el cadáver en residuo que transforme el equilibrio de vida y muerte según justa proporción, esto es, según la disposición del tiempo. La purga escatológica, entonces, se dispone en la altura y la bajura de lo trascendente y lo inmanente. El despojo se reincorpora transformado a la eutrofia del ciclo vital.

Lo retirado, lo residual ha de perderse. Y es el agua el elemento que mejor se asocia a ese fluir disolutorio. El retrete, la letrina es el lugar del agua.

Por ello mismo, el lugar del agua es también el territorio del aseo, del cuidado de sí, de la retracción complementaria a la atracción de la mesa. Estancia donde se limpian las secreciones, el retrete o la letrina significan también el lugar del baño y el lavado mediante el agua limpiadora. Pues también, desde el origen, el agua ha estado asociada con el auténtico

elemento purificador que limpia la mancha inmunda. Es el lugar de lo privado por excelencia, en el cual el humano concibe su cuerpo desde su aspecto.

Si en la mesa el cuerpo actúa desde un haz de asunción y deglución, en el retrete lo hace desde su envés aparential y exterior para sí mismo, y no para o desde los demás. En el excusado se invierte la doblez del cuerpo del interior orgánico a lo exterior que se refleja. Por ello, el *retractum* de los antiguos se convierte también en el lugar del retrato, de la mirada y el espejo. Una mirada que se refleja y en la que uno mismo se observa.

También así es el baño un lugar de esparcimiento, en el cual la limpieza se ritualiza en divertimento. De este modo, la reflexión espejante propicia el ensimismamiento, la introversión. Es el agua que arrastra y también refleja.

Entonces el humano se mide consigo mismo en la privación y el reflejo, pero también en el ocio distraído de sí. El humano piensa en su reino sentado en su escatológico trono, que es para cada uno el suyo y para todos el mismo. Genuflexo se alivia y dispende su más inmunda naturaleza, su resto, y entonces piensa o se mira... y reflexiona su imagen.

Como en todo lo que de jánico tiene la condición humana, los espejos son la prueba del humano consigo mismo, pero también del asueto para sí. Atención centrípeta o centrífuga que converge o diverge.

Pues las formas importan. Y con el paso del tiempo el humano se percata más de ello. El transcurrir de los años le hace sentirse siempre algo más sucio de lo que era. Pone más cuidado en su asepsia mientras más decae su fisicidad y vigor.

La niñez y la juventud, en cambio, se entregan de un modo más extravertido. Su vigor es homeopático; se deja llevar por la naturaleza entorno. Por eso el niño se ensucia más, porque está lozano y saludable. Y a su vez, por ello, no ha pulido aún sus modos, estilos y formas, mientras que el adulto lleva la higiene y el cuidado de sí a formas más estilizadas. Ello no significa más que un modo del reverso dialéctico activo-reactivo, lo cual no debe concebirse desde el par acción-pasión, puesto que estos aspectos contrarios se incluyen en el mismo proceso dialéctico: el hacerse y mantenerse de la juventud constituye un proceso tan activo y pasivo como el tenerse y contenerse de la edad adulta, solo que desde anversos y

reversos distintos. Si el joven se dimensiona a partir sobre todo del contenido material, el adulto lo hace más desde el continente formal. A la juventud, esplendentes y nutritivas sardinas, a la vejez, elegante y fina merluza.

Así también es en el baño donde el humano pone en orden su persona -es decir su máscara- para enfrenarse al escenario del mundo. Por eso, tras la salubre evacuación y distensión, el cosmos humano se adecenta y acicala a través de la cosmética. El baño es el lugar de los avíos humanos para aderezar el aspecto personal. Es el camerino de la casa en el que los actores humanos se retiran al cuidado de sí, a la higiene y al retrato reflexivo. Pues esa es la más prístina de las reflexiones: el mirar -siempre con un algo de Narciso- al otro que somos.

Así el humano, en circunstancias normales, debe afirmarse a sí mismo, esto es primeramente, a su ordenamiento y galana física para asegurar el papel en su vida. El humano que no cuida de sí en este aspecto es un humano desmoralizado, despersonalizado. Para retornar a la representación, el humano ha de cuidar de sí. Aquí, de nuevo la porción de la mesa se extiende a la razón -la *ratio*- del propio papel del humano en el escenario mundano. *All the world's a stage*.

Pero, ya cuando se excusa de la escena, el humano vuelve sobre sí y se retira para mirarse y volver a estar de nuevo presentable en el ciclo del público y la escena, el ciclo de la persona. La *ratio* supone entonces -como decimos- el papel en la puesta en escena, el juego del avatar. De tal modo que la dialéctica entre lo que está en escena y lo obsceno se determinan desde el ámbito de la casa, por un lado en la mesa, y por otro en el excusado.

En el aura de la Cuaternidad elemental de la casa, diversos dioses y héroes grecolatinos, así como de otras tantas y diversas culturas, simbolizan cada una de las funciones del viviente habitar habitual.

La cocina es el lugar asociado a todos los dioses de labor y trabajo, así como aquellos asumidos de una y otra manera al fuego. Desde *Prometeo*, que lo robó a los dioses para los humanos hasta *Hefesto-Vulcano*, dios del fuego, que también tiene sus correlatos en las figuras del *Kagutsuchi* japonés, en la *Ptah* egipcia y en la hindú *Agni*.

La sala o comedor se encuentra amparada por todos los santos y vírgenes cristianos asociados a los ciclos de cosecha y recolección. En la tradición grecorromana, *Démeter-Ceres* y quizás sobre todo *Dioniso-Baco*, el dios de los banquetes y del vino, frecuentemente asemejado al *Sérapis* grecoeipcio. La mesa, mostrador de bienes recibidos y ganados -tabla de ofrecimientos- es el lugar de las gracias a los dioses. Dioses a los que se agradece en comunión, dioses públicos.

Asimismo, la casa y sus estancias se definen por sus límites, por los umbrales y puertas que marcan la territorialidad determinada del habitar. Entonces nos advocamos al dios *Jano*; el dios de las dos caras, la inclusiva y la oclusiva, la de entrada y salida, que representan la propia determinación del estar finito y sus estancias. Jano posee siempre una cara oculta, pues cada estancia de la casa supone una habitualidad determinada, una apertura que supone al mismo tiempo, un cierre. Son las diversas horas, las diversas labores y hábitos que rigen el habitar habitual de la casa.

El aseo o baño está reservado, como dijimos, a *Narciso*, pero también a *Venus* las *ninfas* y a todas las figuras que simbolizan la belleza física del cuerpo humano, de la lozanía y el cuidado íntimo. El motivo del baño ha sido representado por doquier a lo largo de la historia de la pintura como un fascinante momento en el que el humano se encuentra desatendido del mundo y cuidando de sí mismo. El momento de la limpieza constituye siempre, incluso en otras especies animales, un momento de asueto, de espectro de absorción a lo circundante para atenerse a uno mismo.

Por ello tal vez, esa privación resulta tan atractiva para el ojo ajeno. Una entrada en el sagrado del sí mismo, una profanación al hábito intransferible que el humano aureola con los ritos cotidianos: lo más común, de nuevo, es lo más misterioso. El lugar ocultado a los otros en el que se prepara ocultamente lo manifiesto en el escenario.

Se trata de la necesaria dialéctica de lo público y lo privado. Necesidad del secreto. De nuevo, lo más nuestro es lo de todos. Lo íntimo de mí es lo obscuro para los otros. La materia común de lo humano es lo que se forma en lo más oculto de cada uno. Ante el rito de la excreción y la limpieza, es decir, el del cuidado del propio cuerpo, todo humano es un dios para

sí, y todo ojo ajeno es profano. Acteón sorprende a las ninfas durante su baño diario: ¡Ah! nos han descubierto. Han entrado en nuestro sagrado.

Pero la sempiterna fascinación de lo humano por lo prohibido privado, es decir por ese mundo ocultado a los otros, también se encuentra debida a una suerte de cierta *epojé* de mundo, de caída de lo circundante. El desasimiento del mundo y la concentración en uno mismo resultan intrigantes porque observamos a otro humano «mismeando» consigo.

En el cuidado de sí, como en otras facetas de la habitualidad, el humano manifiesta una elocuencia no modulada por normas púdicas o cortesías públicas. La atención mundana a lo otro se suspende, y el humano queda por momentos, desconciado de los otros y lo otro, atendido a sí mismo. En el desgaste de la vida pública, el ojo ajeno se maravilla por un semejante en su intimidad de modo similar a como lo hace ante un prójimo dormido, desenmascarado y entregado a su propia naturaleza. Entonces su palabra, su *logos* y su persona se distienden y aparece su el sonido del individuo más natural, la *phoné*; ese que no llegamos a identificar totalmente de nosotros mismos.

Aquel que se encuentra concentrado en algo y aquel que se distrae parecen viceversas de lo mismo. La atención y la distracción divergen de nuevo de modo centrípeto o centrífugo a la persona mundana. Ensimismamiento y alteración.

Alguien -una mujer de manos finas, por ejemplo- una joven muchacha con dedos sin abalorios ni manicura, una mujer de manos bellas pero humildes, nos envuelve un regalo.

Embelesados miramos sus diestras manos mientras trabaja el suave y floreado papel, mientras ejecuta la virtuosa papiroflexia, realizada a través de múltiples ejecuciones pasadas. Entonces nos fascinamos por la memoria de sus manos, de su cuerpo todo; por esa atención a lo inmediato destilada desde el hábito. Y ese momento contingente, fuera para un cliente o para otro, es sin embargo solo ahora para nosotros, solo a un tiempo tan propiamente suyo. Tan traído de tiempos, tan denso resulta entonces este ahora; y tan nuestro.

Se dice que el humano piensa. Y que el pensar es lo más humano. Solemne parece cuando lo hace, es decir, cuando ese pensador se abstrae de su mundo; y reflexiona.

Y sin embargo, ninguno más que él sabe qué piensa. Puede ser algo horrible o banal. Puede ser lo más grave o trascendental.

Más idiota y simiesco parece el humano, en cambio, cuando entrega su atención a algo concreto, cuando dirige el foco de su conciencia toda a la única y humilde parcela de mundo que parece importarle. No obstante, esa parcela y ese acto resultan patentes, transparentes y sin doblez para todos los que lo perciben.

La atenta entrega -asimismo- a lo ajeno del humano debe con-centrarse en un centro que nunca puede ser demasiado amplio ni demasiado concreto, ya que, en el primer caso, la atención se diverge en divagación dispersa, mientras que en el segundo, la extremada focalización nubla la vista. En ambos casos -centrípeto o centrífugo- el humano tiende a quedarse, como suele decirse, «con la mente en blanco». Y blanca, o por no decir vacua, es la inclusión excesiva así como la oclusión retenida. La utopía y la mismidad demasiado con-centradas. Por ello, el humano y sus sentidos deben permanecer en su justa medida, en su *ratio* para no perderse en demasía por vastos y lejanos paralelos, o por insondables y abismáticos meridianos.

Pero seguimos mirando con perplejidad y asombro el rostro concentrado de la muchacha: pareciera que ese rostro solo existiera para esa labor. Y nos entregamos a lo que se entrega. Epatante mirada a lo que mira... sin nada más.

El humano se maravilla atendiendo en segundo grado a otro humano que atiende. Observación embobada a lo que observa. Pues su mundo es tan preciso y a la vez parece tanto mundo. Sin distracción alguna y, pese a todo, distraído de tanto, de mundo. Tan poca frontera para tanta floración. Tan fútil objetivo para tan caro quehacer.

Así también sucede con la marioneta: la observamos y nos vemos en ella mecanizando nuestras más propias e íntimas labores, ritos y demás conductas en el arte más automático, es decir, más artificial. Psitacismo del loro emitiendo

frases soeces. Un mono disfrazado de soldado y empuñando la espada. Si pulsas el botón, dos muñecos hacen el coito. El juguete cuya forma imita a un héroe popular hace lo más propio de su idiosincrasia, aquello que le ha hecho famoso, solo con propinarle un poco de aire. Una y otra vez por cada soplo... así, así.

Ironía del autómeta. Ángel y marioneta: ahí está el espectáculo de lo más íntimo ritualizado en el mecano, en el arte ficción de nuestro espejado esperpento.

Qué extraño ese asombro que contempla la mostrenca elocuencia de los que están perdidos de sí mismos o entregados a lo otro, tanto da. Pues en lo mismo están ausentes y presentes de lo otro y a los otros, ya sea focalizados en lo mínimo o disipados en lo más vasto.

De uno u otro modo, abierta o cerrada, la conciencia -canto de la moneda, umbral de la máscara- desaparece. De uno u otro modo, el abstraído y el absorto están en sí, livianos del mundo circundante por defecto o exceso.

Entonces, lo más difuso y lo más preciso se identifican. La ausencia y la presencia son tautologías del mismo círculo. La mirada hacia el alma tan cocida de absorción, que parece abstraídamente cruda de lo demás. El atento o distraído son las dos caras de esa animal alteración y de esa reflexión, tan humana. Megalito de tanto y tan poco alma. Anómalo animal parece el humano.

Y sin embargo, absortar y abstraer -anverso y reverso del alma aguda u obtusa- se definen a sí mismos por un tercero excluso que cierra -completando- la dialéctica: el sueño y, por ende, la muerte.

Lo más entregado y lo más dejado asombran en última instancia como el asombro -inverso y a la vez recíproco- ante el dormido y ante el cadáver. Si en el nacimiento de un nuevo ser asistimos al espectáculo de lo encarnado, al que a veces llamamos creación, en el de la muerte lo hacemos ante la escenificación del cuerpo desencarnado, mostrenco de atenciones o distracciones, de culpa y bondades.

El cadáver es un resto desengendrado. Una inexplicable caída de la conciencia, culmen vital ante el total abandono de lo que está sin ya estar.

Y porque el muerto está vacío de sí, es decir, de absorción y abstracción, es por lo que se encuentra todo él expuesto. Nada se puede ya ocultar en el interior de su conciencia: todo es exterior.

La íntima e intransferible muerte nos abre a través de su marchito la total pureza sin íntimo escondrijo del otro que nunca puede ser nuestro, que nunca podremos ser nosotros, y que justamente por ello mismo se hace también próxima, y hace al otro nuestro prójimo.

Si la creación es tal, lo es solo porque en ella asumimos algo de nosotros, pues sino es engendro. Por ello mismo, el extrañamiento -calostro de la admiración- es simplemente nuestra imposibilidad o incapacidad de asemejarnos con ello, es decir, el vano y a la par continuo intento por establecer una asunción, una analogía con «lo nuestro».

Así pues, si al contemplar un nacimiento nuestra extrañeza proviene de cierta falta de costumbre debida a la encarnación de una nueva entidad en nuestra habitante habitualidad; en la muerte, por contra, lo extraño reside en desacostumbrarnos a la habitualidad de un prójimo inveteradamente vivo cabe nosotros.

La llama que brota en el nacimiento nos impele a una llamada a la que buscar asemejarnos, una extraña luz conocida con la que habitar. En la muerte ya no hay lugar para la llama, y por ello el cuerpo ya no es cuerpo: está desencarnado, es cadáver. Pues eso significa el cadáver: carne dada, caída, entregada a los gusanos. «*Ca-ro Da-ta Ver-nibus*». La llama ya no alumbraba, ya no es llama. Por ello, no llama.

El desencarnado ya es individuo privado de interacción habitual. Ya no puede continuar la dialéctica del habitar.

Pero si nos extraña esa carne deshabitada es porque ese lugar de la llama, ese hogar, aún nos parece llameante, llamador. Y esa llamada siempre se hace desde un cuerpo que ya no es corporal. Si hay alma, esta siempre es encarnada, si hay cuerpo, siempre es llameante.

Es el óbito, esto es, lo que se ha ido (*ire*) frente a nosotros (*ob*). Por ello, la muerte constituye la última función escénica: la de-función. Así dijera San Isidoro que el cadáver sepultado ya no es cadáver.

Inhabitación o deshabitación, la dialéctica, de cualquier modo, deviene de nuevo en los procesos de origen y final como marcados puntos de discontinuidad en la habitual y habitante inercia vital del humano.

El cuidado de sí, el liviano sueño, o la íntima muerte del otro son eso de lo más nuestro que nunca pudimos, podemos ni podremos observar desde nosotros. Es lo más próximo a tocarnos en el espejo. Y sin embargo, al querer aproximarnos aún más y hollar en su superficie, nuestros dedos y los de esa imagen nuestra nunca terminan del todo en tocarse.

Es el otro: soy yo.

4.-

La alcoba es la estancia complementaria al horizonte occidental y oriental de la sala: la línea de lo norte-sur, de lo que está arriba y abajo.

En todo el habitar de la casa la mirada se sitúa en horizontal. Ahora, en el lugar en que se transcurre de la vigilia al sueño, el mirar adopta la vertical del techo, de la cúpula y, por ende, del cielo.

Cambio de mirada: cielo y tierra. El aposento es el lugar de la verticalidad desde el momento en cual el humano se presta a tenderse.

La mesa y el lecho son los dos puntos horizontales sustantes de la casa. Pero si la mesa es el suelo de las manos, el lecho es el suelo elaborado para todo el cuerpo humano.

Si en la casa son los bienes nutricios los que se disponen en superficie de ofrenda, en el caso del lecho, es el propio humano el que se dispone ofrecido al amor y al sueño: dos funciones esenciales del habitante que es el humano. Por eso, tal vez la alcoba se mencione metonímicamente como la habitación por antonomasia.

También el necesario descanso sea la metonimia de la necesaria muerte. Pues el humano tumbado que duerme se asemeja a la tumba del humano muerto.

Así, la habitación es el lugar del moribundo, la recámara de la vida y, por tanto, de la casa misma y todo su versátil y arduo habitar que ha sido sustraído ya a lo más biológico, esto es, que ha sido llevado a la mínima expresión en sus funciones, a la ultimidad humana. La alcoba es el lugar del enfermo, el que no puede sostenerse firme. La alcoba es el lugar del yacente.

De las dos estancias más privadas de la casa, el baño y la alcoba, la primera acoge el cuidado físico, la segunda el cuidado del espíritu. Ambas recogen, en sus diferentes ámbitos, eso que hemos llamado lo escatológico: el resto vital en el retrete y el resto de la vida en la recámara, las ultimidades biológicas y biográficas, en suma.

El ensimismamiento del humano retirado de la tarea habitante, que es la vigilia, se produce mediante el repaso de las faltas y virtudes del día que sucede en la alcoba. Lugar del recuerdo de lo acaecido, de la retracción de pecados. Sitio de regocijo por lo conseguido y de futuros por encauzar.

Pecados y preces: si el aseo permite el cuidado de sí en pos de una justicia que es la de la próxima puesta en escena, el cuidado de sí del dormitorio procura la justicia del humano que es la esperanza y la culpa. Del expurgo físico al expurgo de conciencia. Debido a ello, y al habitar eminentemente vertical de la estancia, la alcoba es el lugar tradicional del rezo.

Es en el dormitorio -así pues última estancia y reducto más interior de la casa- donde se duerme y muere. Pero el lecho no sostiene solo el descanso temporal o eterno, la enfermedad y la muerte, sino el tálamo.

El lecho es el lugar de la muerte, sí. Pero porque sobre él culmina la mortal condición humana, también es el lugar que siembra el futuro. Es el lugar del amor conyugal. Porque el humano muere ha también de procrear. Cumplir sus días en el ayuntamiento carnal perpetuando su linaje. Y esa animal necesidad, ese amoroso egoísmo, esa promesa de preñez es imposición vital.

Si en la sala se convoca a los coetáneos invitados, al futuro del próximo día y a los nuevos alimentos por reunir, en la alcoba se llama al porvenir, se invoca a las generaciones futuras en la coyunda de los cuerpos. Entonces, el hambre sustituye al deseo del cuerpo presente que dará paso a su vez a los que, tras nosotros, serán en nuestro lugar y volverán a cumplir el ciclo de la habitualidad habitante. El humano teje sus redes.

Y si el aseo -decíamos- es el lugar de lo inmundo, la alcoba lo es del transmundo: la salvación por la cópula, la redención por la estirpe. La alcoba es el lugar de los suspiros cansados, de los deseos hacia lo venidero.

La alcoba es el aposento del cielo, el lugar postrero de la casa. Sitio del soplo de Morfeo, pues en el sueño somos hojas mecidas sin el peso de la conciencia. La alcoba es el lugar del aire.

El humano abandonado al sueño es una huella de su día. El humano se hace huella en su producto, pero también en su cópula.. Lo primero por su acción y su perspectiva horizontal, su tiempo continuo, su gerundio. Lo segundo por su pasión y su mirada vertical, su tiempo futuro, su infinitivo y consanguíneo perseverar.

Si en la mesa la huella es el producto del trabajo, en el lecho es el humano mismo, abandonado de su conciencia, arrebujaado entre las sábanas, actor de movimientos primigenios, hecho feto de la gestación final del día. El descanso, como la muerte es un fin del comienzo. Cumplida la jornada, siempre existe la necesidad de retornar para cerrar el círculo, para dar sentido al ciclo.

La habitación: el último lugar de la casa y de la vida es también el más recóndito y afondado del hogar. Lecho para el descanso diario y vital. Lecho de muerte.

Lo más puro fue en la sala la huella de los frutos del humano. Ahora lo es la huella del humano cansado que se abandona del mundo tras su quehacer. El amor y apego a su circunstancia se ultiman en su cónyuge, microcosmos de su vida, al que se entrega para la cópula. Entonces el humano no se dedica al trabajo productivo, sino a su par, a la procreación.

La coyunda es también una dialéctica, una coincidencia de opuestos que se llama amor y cuyo territorio es el tálamo. Acoplamiento de contrarios -la vida obliga- que se hacen complementarios. Sostenimiento en el ser a través de la antítesis del otro, que va creciendo en proporción intensa a la afirmación de uno mismo.

Ese estado de afirmación, las siete estrellas -septentrión del cielo-, solo puede cumplirse por y desde la antitética unión con el otro desde el más cálido y cumplido meridión. De este modo, la dialéctica sexual logra su plena síntesis a través de la constante y sempiterna imposibilidad de plena unión. Se trata de dos modos contrapuestos de ser en el mundo: que ataca y que recibe, que ensarta y que acoge. Como espada y vaina, así los coyundados, en *coincidentia oppositorum*, reciben la inalienable experiencia de un placer cenital a través de la constante imposibilidad de volverse al otro, gracias al cual dicha individuante e intransmisible experiencia, se produce.

Entonces, una vez logrado ese cenit en el que la unión concentrada de sí se conquista por el otro, el humano machihembrado se disemina. Planta la fértil semilla y la recibe en pos de esa dialéctica complementariedad. El momento culmen de placer individual constituye a la vez el momento álgido de su ser mismo: la posibilidad de engendrar su linaje, de elevarlo y preñar su futuro, de concebir la síntesis dialéctica de lo opuestos que se encuentran. Culmen es elevación, trascendencia. Y elevarse significa tanto entregar el espíritu como procrear. En definitiva, de uno u otro modo, trascender de sí.

Asimismo, todo momento cenital es también, de modo dialéctico, un retorno. Todo éxtasis, una muerte. De tal manera el orgasmo sexual, como una *petite mort* -una pequeña muerte- trae consigo un momento refractario. Por ello, el ansia de trascendencia trae la melancolía. Algidez y culmen, de nuevo se disponen de nuevo en equilibrio tras la desproporción culminante, la cual ha de ser restituida en necesaria justicia en tanto pena y retribución, según la disposición del tiempo.

Algo similar ocurre en las postrimerías de la vida. La elocuencia del cuerpo es la muerte. Pero su decisiva consumación en el lecho parece mostrarse, ante el último paso, a su vez como un paso atrás, como una culpa consumada que descansa, que se libera de lo cargado.

Así, tras la proyección seminal en el tálamo, el humano parece revertirse a estados iniciales. Es como si, tras la convulsión fecundadora, se experimentara una retroyección a uno mismo y su mortalidad. Como si la posibilidad lograda de perpetuarse se retribuyera con una reversión a estados humanos primigenios, iniciales, casi fetales. ¿Acaso no sucede que tras el eretismo, el humano se arrulla en su lecho y se hace consigo? ¿No ocurre una pérdida virginal, una nostalgia de la infancia, un irreprimible deseo por volver a la irrecuperable inocencia, como en la hora de la muerte?

De este modo pareciera que, tras la cópula, el humano vuelve a sí, lángido y retraído, exánime tras volcar y recibir su misma potencia en el acto seminal. Pues al igual que la semilla se encuentra en el principio y en el fin, según la necesaria disposición del tiempo, tras la explosión espermática sucede la implosión restitutiva, la contención. El erético tronco se convierte en frágil vírgula. Por ello, el logro de expandirse se transforma entonces en pena y contrición, el afán orgásmico de inmortalidad en un proporcional repliegue a su íntima mortalidad. Es lo uno que, tras su odisea extática, vuelve siempre a sí, al origen.

Y a veces el humano, como en la hora de su muerte, llora. Lloro a tiempo por el logro y también, a su vez, por la pérdida. Y sueña con su infancia, con sus familiares. Con la madre.

Su fin cierra su comienzo. El lecho es así el lugar de la anagnórisis en la que -solo entonces- todo lo pasado, fútil o impuesto, cardinal, o circunstancial se hace preciso. Todo fue como hubo de ser. Ni más ni menos.

Todo converge justo ahora: así tuvo que ser. Solo al final se encuentra lo ganado. Solo en la victoria ocurre la auténtica pérdida; y viceversa.

Pero también llora al fin el humano porque llama. Porque todo está cumplido, consumado. Porque ha sido desde sus padres y será desde sus hijos. Porque es un puente tendido que recuerda lo que no fue y le hizo posible: sus ancestros. Y porque espera lo que nunca será y ha hecho posible: sus vástagos.

Llora porque al fin se reconoce. Y como algunos otros días, en su último día, el humano mira sus manos, mira en redor, lo conseguido... y todo casa.

.....

AUTOR

José Antonio Santiago

Leganés, Madrid . España.

-Doctor en filosofía por la Universidad Complutense de Madrid.

-Profesor Titular de Filosofía y Jefe Departamental en el IES Juan de Padilla de Toledo.

PREMIO LIMA CLARA

INTERNACIONAL —2019—

ENSAYO

A Eduardo Roberto Kerschen

Por su obra:

La razón de las razas

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España

—Prof. Mg. Jaime Andrés Wilches Tinyacá -Bogotá - Colombia

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

LA RAZON DE LAS RAZAS

PRÓLOGO

RAZA

Definición de raza de la Real Academia Española (RAE): “Cada uno de los cuatro grandes grupos étnicos en que se suele dividir la especie humana teniendo en cuenta ciertas características físicas distintivas, como el color de la piel o el cabello, que se transmiten por herencia de generación en generación; las cuatro razas existentes son: blanca (caucásica); negra (negroide); amarilla (mongoloide) y cobriza (americanoide, preferentemente).”

Esta categorización tan taxativa de la Academia, no toma en consideración las diversas tonalidades en que pueden diversificarse los cuatro colores de las razas humanas. Además de estas peculiaridades referidas al color de la piel, existen otras diferenciaciones que se dan en las razas de piel color amarillo de todo el Asia: los mongoloides se caracterizan por los ojos oblicuos.

¿Cuál es la razón de los ojos rasgados de los asiáticos? Hay una multitud de teorías. Una de la más extendida es que los “ojos achinados” se deben a la estructura ósea del globo ocular, que en los asiáticos tiene forma de almendra en lugar de ser esférico. Esta teoría ha sido desechada porque la morfología ósea ocular de orientales y occidentales es exactamente la misma.

La denominación correcta para los ojos rasgados es la de “brida mongólica” y se debe , en realidad, al pliegue del “epicanto”, que se trata de un pliegue del párpado superior que cubre la esquina interna del ojo.

Por lo general, todos los seres humanos desarrollamos este pliegue extra en el útero, pero la mayoría lo perdemos pasadas unas semanas, a partir de nuestro nacimiento.

También puede ser rasgo de algunas enfermedades como el síndrome de Down.

Según algunas teorías ya perimidas, esta formación de la piel, tendría una antigüedad de 18.000.000 de años, durante la primera glaciación mundial.

La necesidad de cubrir los ojos de la radiación ultravioleta producto del viento y de las bajas temperaturas de las estepas del Asia Central fue la razón, según aseveran, de un pliegue del párpado superior quedando próximo al párpado inferior, o sea: una abertura más estrecha. Vale decir que la brida mongólica es una adaptación al duro clima de aquella lejana época.

Por otro lado, científicos chinos dan su opinión diciendo que los ojos sesgados serían el producto de una divergencia en la evolución humana: que los asiáticos provienen de una rama de humanos, los Homo Erectus Pekinenses. Sostienen que cuando el Homo Erectus emigró de África a Asia dio origen a la raza mongoloide.

La precedente teoría es rechazada por los antropólogos occidentales que consideran que el Homo Erectus que mudó de África a Asia dio origen al Homo Sapiens, tal como somos todos nosotros en la actualidad.

Además de los asiáticos mongoloides, también los pueblos japoneses, los esquimales, los bosquimanos y los hotentotes presentan la brida mongólica. Es algo que todavía no ha sido debidamente esclarecido.

Este pequeño apartamiento del tema central que corresponde a la peculiaridad de las razas humanas, da pie para no justificar la restringida definición de “raza” ofrecida por la Academia.

Queda en suspenso la debida razón o causa de la división humana en cuatro colores.

Con esta opinión, no se pretende internar en la problemática epidérmica. En este opúsculo, sólo es traída a colación para poner de manifiesto el origen de la heterogeneidad subyacente de unos y otros. En consecuencia, las páginas a seguir, necesariamente deben interpretarse como el relato de la violencia contraída contra seres de distinto color de piel, por considerar a aquellos individuos como de menores cualidades. Pero, no sólo hay violencia entre los seres de distinto color de piel: también existe un equivalente contraste entre atracción y repulsión racial.

Un párrafo aparte merece adentrarse en las singulares características cutáneas de los seres habitantes de nuestro planeta. ¿Por qué difieren en la tez los diversos pueblos de los cinco continentes? ¿Qué razón hubo para que los asiáticos sean amarillos, negros los africanos, los europeos luzcan pálidos y los primitivos americanos se vean cobrizos? ¿Por qué no somos todos de un mismo tono o color? Los creyentes aducirán que fue un designio divino; los genetistas explicarán sus teorías biológicas.

Una teoría muy en boga en los últimos tiempos, quizás escatológica por lo que su razón ofrece, es que la diversificación de los colores de piel humana se debe a la aparición hace millones de años, de seres de otros mundos en sus vehículos interplanetarios, que llegaron para instalar colonias de gente de su misma estirpe y origen, cuando sus mundos estaban próximos a culminar. Se supone que fueron alienígenas ancestrales de la misma índole e intención conque hoy día se pretende colonizar el planeta Marte.

A este respecto, se nos ocurre hacer una advertencia: no vaya a repetirse la invasión de los hombres blancos a Marte como la de los europeos a América. En aquella invasión del siglo XV salieron victoriosos los de piel pálida; en esta del siglo XXI no sabemos con qué o con quiénes nos vamos a encontrar.

En los últimos tiempos, los hombres de ciencia, con sus modernos conocimientos politécnicos, puntualizan que una mujer africana negra, prehistórica o antediluviana, para más datos, legó su melanina a todos los seres del orbe dando comienzo a una diversidad colórica a toda la humanidad. Pero, como éste no es un relato científico, nos retrotraemos a la intención

primera que fue la de dar a conocer las consecuencias de la invasión de los pieles pálidas en el Nuevo Mundo, allende los mares, o la intrusión de pieles blancas en el territorio de los aborígenes de Australia, o los diversos enfrentamientos entre civilizaciones de distinto color de piel.

La antinomia más reconocida como la que contradice la supuesta invasión de los pieles pálidas a la gente de color, es la de los mongoles, dirigidos por Ghengis Khan en el siglo XII de nuestra era, que llegaron a conquistar países blanco-europeos como Polonia, Alemania y protectorados de los Balcanes. Luego de su muerte, su gran imperio se desmoronó.

En consecuencia, las páginas a seguir, necesariamente deben interpretarse, únicamente, como el relato de la violencia o el apasionamiento contraído contra o con otros seres de distinto color de piel.

En resumen: admitamos que no hay una razón valedera, hasta este momento que justifique o explique la diversidad del color de la epidermis de los individuos de las diversas razas en nuestro planeta.

EL RACISMO

El racismo es la anatema de las razas. Es la sin-razón de las razas; es la exacerbación del sentido racial discriminando o persiguiendo a otros grupos humanos, por lo general, en atención al distinto color epidérmico.

La discriminación otorga o retiene derechos o privilegios basándose en la supuesta supremacía de las “razas superiores” imponiéndose sobre las “razas inferiores”. Por lo general, la raza blanca en perjuicio de las otras razas.

El racismo es la distinción, exclusión, restricción o preferencia basada en motivos de raza, color, linaje u origen nacional o étnico que lleve a anular o menoscabar el goce o ejercicio de los derechos humanos y libertades fundamentales en cualquier esfera de la vida.

El racismo conduce a la segregación, expulsión o exterminio de seres de otras razas por motivos pseudocientíficos, religiosos o meros sentimientos de animadversión.

Este tipo de racismo es el modelo del nazismo, donde un sistema gobernante de un país adujo supremacía por considerar a su propio pueblo como una étnia pura como la raza aria.

En todo el mundo el color de la piel condiciona destinos. Es que esas normas son asfixiantes y el planeta está ávido de programas y culturas que contrarresten esos efectos nocivos.

LOS PIELES PÁLIDAS

La invasión a las recién **encontradas** islas, a lo que luego fue denominado como el archipiélago del Caribe y, también la Tierra Firme de la América del Sur y la Central, constituyó un avasallamiento a las etnias halladas **por los pieles blancas o pálidas** como pocas veces registra la historia de la humanidad, anterior y posterior a esos hechos.

Se resalta la expresión “encontradas” y que no hubo ningún descubrimiento ya que descubrir es hallar lo que estaba oculto; América no estaba oculta, se hallaba a disposición de aquellos que, una vez vencido el temor de caer al vacío en el borde del planeta, se largaron a incursionar el Mar Tenebroso, como era llamado el Océano Atlántico.

Además, cabe mencionar que, muchos cientos y aun miles de años anteriores a 1492, por hallazgos arqueológicos se puede afirmar que el hombre ya era huésped de este continente.

Se puede manifestar una arbitraria superioridad de la raza de piel pálida en detrimento de aquellos detentores de piel oscura. Aunque la “raza blanca” fue sometida a los estatutos de limpieza de sangre, la subrepticia cópula de los blancos invasores con las nativas morenas y con las negras africanas y de todos ellos entre sí, produjo un cruce con unas combinaciones nunca vistas, de las cuales resultaron los mestizos, castizos, mulatos, moriscos, jíbaros, zambos, chinos y otros tantos y que, hasta el día de hoy, quedó implantada una neta diferenciación de castas y que flaco favor le hizo a la convivencia social e intercultural.

No aconteció así con la invasión a la América del Norte. Los pálidos nórdicos y anglosajones no llegaron a misturarse con el elemento nativo por cuanto sus intrusiones fueron, en su gran mayoría, acompañadas por el grupo familiar, lo cual redundó en una conservación del elemento blanco y, en consecuencia, también una conservación epitelial de los nativos de cutis oscuro o rojo. Aunque si hubo un aniquilamiento de los nativos en una conquista que perdura hasta el día de hoy.

EL MESTIZAJE

Desde la perspectiva que otorga más de quinientos años hasta esta fecha, -admitamos nuestra actualidad con una mayor civilización y evolución- la sociedad española y europea del siglo XVI puede ser apreciada hoy día, como inmisericorde,

sólo atenta a la conquista cruel, al enriquecimiento rápido, insensible al dolor provocado en los habitantes de aquella sociedad indígena.

Desde Roma, la Iglesia mantuvo una posición expectante, una especie de “dejar hacer”, no atacaba la sevicia de aquellos conquistadores y tampoco se inmiscuía en el desarrollo de la cruenta conquista ya que el Papado delegó en España la cristianización de las poblaciones incorporadas a los Estados descubridores, en virtud de las Bulas *Inter caetera* de 1493, por las cuales el Papa Alejandro VI otorgó claramente a España la tenencia de América para que la evangelice, bajo un viso de tutelaje. Y la iglesia española se consideraba casi autónoma respecto al poder papal en virtud de un poder tradicional; también por los derechos y privilegios adquiridos por los Reyes Católicos y, sobre todo, por el terrible y temible poder de los familiares de la Inquisición. A guisa de ejemplo: el nombramiento de obispos era competencia de la Corona, que rechazaba cualquier injerencia del Papa en este aspecto. Y a tal punto tenía fuerza la iglesia en España que, cuando un grupo de conversos judíos intentó recabar moderación de la Inquisición, por medio de algunas altas influencias que tenía en Roma, no sólo no surtieron efecto las amonestaciones de los pontífices papales, si no que se inflamaron las hogueras del Santo Oficio.

No obstante, no todo el clero ibérico acompañaba, en lo espiritual y en lo temporal, el derrotero trazado por Tomás de Torquemada y sus familiares de la Inquisición y a los despiadados soldados de la conquista.

Clérigos como Bartolomé de las Casas sumado a fray Antonio de Montesinos, fray Francisco de Vitoria, fray Ginés de Sepúlveda y tantos otros que bien merecen una apología aparte, combatieron desde el púlpito de las iglesias, desde las gradas de los tronos y desde los estrados de la Justicia, a los cruentos conquistadores.

Pero, pese al accionar sanguinario de los conquistadores con toda su secuela de muertes y avasallamientos, aquí surge un hecho que llama a la reflexión y a un profundo análisis: desde el punto de vista del resultado que pretendía la Corona española y el clero papal, en la América ibérica, ¿acaso no se conformó con el devenir del tiempo, una sociedad hispánica profundamente religiosa según las pautas evangelizadoras y una colonización según los intereses españoles que abarcó desde Méjico hasta la Patagonia y que duró casi cuatrocientos años?

Si se intenta procurar una respuesta válida a este interrogante, cabe presumir que la Conquista fue todo lo exitosa y beneficiosa que pudo haberse pretendido en función de la integración de la sociedad española con la nativa. Los indios asimilaron las profundas creencias cristianas y los españoles cooperaron al mestizaje en su relación con la población indígena. Ergo, hoy día, la población latinoamericana es altamente mestiza y arraigadamente católica cristiana.

Cuando fray Nicolás de Ovando se hizo cargo de la gobernación de La Hispaniola, se encontró con que la gran mayoría de los colonos de los últimos nueve años residían desperdigados por la isla en franca comunión con la indiada. El gobernador pretendió revertir esta situación creando villas y ciudades para que los peninsulares se instalaran en comunidades hispánicas, pero era tarde: la simiente española ya estaba instalada en el vientre indígena.

Posteriormente, la colonización ibérica en Latinoamérica se desarrolló con parecidos parámetros, no sucediendo lo propio con los colonizadores ingleses, franceses y holandeses que desde un primer momento evitaron acoplarse a los elementos autóctonos, procurando y prefiriendo eliminarlos hasta su extinción casi total.

De resultas de esta fusión de etnias, Hispanoamérica cuenta actualmente con una población mestiza promedio de un 85%. En el Brasil se creó un caso similar: la mixtura entre los negros importados del África y los blancos. Esos guarismos son totalmente diferentes a los porcentajes que denotan los países anglosajones, por las razones apuntadas, como Canadá que acusa sólo un 2% de origen aborígen y Estados Unidos donde el elemento indio, negro o asiático representa un 12%.

BARTOLOMÉ DE LAS CASAS Y ANTONIO DE MONTESINOS

Proseguimos con Bartolomé de Las Casas, de quien hemos tomado conocimiento de su incipiente vida en el Nuevo Mundo, desde las páginas de este relato. Vayamos ahora a la historia real del que fuera un contradictorio personaje coetáneo de la conquista de América. Decimos contradictorio porque de Las Casas fue, junto a su padre, un colono que usufructuó el uso de las naborías para el trabajo en su hacienda y en las minas de oro. Es verdad que más luego se manifestó contrario a esa práctica esclavista, renunciando a la encomienda. Las Casas se excusó diciendo que era una práctica habitual y no reñida con ninguna costumbre o ley de la época; justificación que abonaba alegando que hacía uso, pero no abuso de las naborías. Es más, aducía que entre los mismos taínos ya existía, antes de la llegada de los españoles, la esclavitud a que sometían los nitáinos a los taínos de menor estamento social.

Fue proclive a “importar” –si cabe la expresión- negros africanos para suplir a los indios de La Española. Sin embargo, no nos consta que Las Casas haya llegado a traer negros africanos. Tiempo después abjuró de su pretendida posición esclavista admitiendo su error, con estas palabras: “...yo creía que los negros eran más resistentes que los indios que yo veía morir por las calles, y pretendía evitar con su sufrimiento menor otro más grande...me hallé arrepentido, juzgándome culpado por inadvertido. Me di cuenta que la esclavitud de los negros fuera tan injusta como la esclavitud de los indios...y no estaba seguro si la ignorancia que en esto tuve y la buena voluntad me excusase delante del juicio divino.” (“Historia de las Indias” Las Casas, cap. 102, pag.203)

Las Casas vive su conversión renunciando a los indios de su repartimiento por razones de conciencia.

No se pretende hacer una apología o un vituperio de las actividades de Las Casas en este período de su vida como comendadero. Su juicio quedó librado, como él mismo lo expuso, a la decisión del Altísimo. Pero, no por eso dejaremos de analizar las posibles causas de su conversión a un apostolado en favor de los indígenas del Caribe.

Una de las razones que pudo haber sobrevenido, fue la que se produjo después de asistir a los famosos sermones refiriéndose a los indios, que oficiara el dominico fray Antonio de Montesinos el 21 y el 28 de diciembre de 1511, es decir, el domingo tercero y el domingo cuarto de los cuatro domingos del Adviento que preceden a la Navidad. Aun a riesgo de ser extensivos en nuestro relato, juzgamos oportuno transcribir esa tremenda prédica.

Dijo Montesinos en esa ocasión:

Soy la voz de Cristo en el desierto de esta isla, y por tanto conviene que la oigáis, la cual les será más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y espantable y peligrosa que jamás no pensasteis oír. ¿Estos no son hombres? ¿Con éstos no se debe guardar y cumplir los preceptos de caridad y de justicia? ¿Éstos no tenían sus tierras propias y sus señores y señoríos? ¿Éstos hannos ofendido en algo? ¿La ley de Cristo, no somos obligados a predicársela y trabajar con toda diligencia de convertirlos? Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes.

Dado con acento apocalíptico, cayó como un trueno entre los circunstantes, entre los que se hallaba de Las Casas. Y prosiguió:

Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes, que estaban es sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muerte y estragos nunca oídos, habéis consumido?

Montesinos había sido enviado, en una primera misión, junto a otros tres frailes dominicos de un total de quince que componían el grupo que había sido destacado por su comunidad para predicar el Evangelio entre los indios taínos.

PIELES AMARILLAS EN EUROPA

¿Estaba en conocimiento Cristóbal Colón que el Kublai Khan relatado por Marco Polo, había fallecido hacía 200 años?

Nadie en Europa podía ignorar que Kublai Khan era el nieto de Genghis Khan, el conquistador de un gran imperio que controlaba 12.000.000 de millas cuadradas, casi como el mismo continente africano, lo cual incluía desde China, el Asia Central y llegando a lugares tan distantes como Polonia, Alemania, Hungría, Vietnam, Corea y Siria. Y también Rusia, donde llegaron hasta Moscú y Kiev.

El ejército mongol de Genghis Khan se expandió como nunca se vio en toda la historia militar universal.

Europa se vio estremecida por el avance demoledor de los 100.000 soldados mongoles, aquellos hombres de ojos rasgados y piel amarilla.

Pero Europa respiró aliviada al salvarse de la invasión amarilla gracias a un caballo.

En efecto, a finales de 1227 el caballo de Genghis Khan lo lanzó brutalmente al suelo provocándole la muerte. Sin la presencia del Gran Khan, los comandantes mongoles se dispersaron descomprimiendo el vasto imperio y volviendo a su Mongolia natal.

Pregunta: ¿quién era el Khan que reinaba a fines del siglo XV y que Colón pensaba entrevistar? Respuesta: No había ningún Khan en vista. Los reyes católicos financiaron la aventura de Colón para navegar hacia “las indias”, nombre que los europeos daban a las tierras que estaban detrás del dominio musulmán.

La idea era una gesta apoteósica de llegar así a Tierra Santa y liberar el Santo Sepulcro de las huestes sarracenas, en una versión *sui generis* de Las Cruzadas.

CONCLUSIÓN

Desde tiempo inmemorial la esclavitud de los pueblos conquistados, ha sido el medio de avasallar y de obtener mano de obra barata y necesaria para la comunidad opresora y con más razón si eran pueblos de una raza diferente. El color de la piel condicionaba.

Si la pluralidad cromática de la piel fue un designio divino, flaco favor le hizo el Demiurgo a un sector de la población terrestre.

En la antigua Grecia, los ilotas fueron los esclavos reducidos a las mayores ignominias, así como las mujeres esclavizadas eran las etarias sometidas a la prostitución.

Al respecto cabe consignar que el mismo Aristóteles consideraba la esclavitud natural, a partir de la suposición de que hay quienes nacen para mandar y los que nacieron para ser obedecer siendo esclavos.

El mismo filósofo admitía al esclavo como un instrumento material, un objeto de propiedad. Para Aristóteles, los esclavos se parangonaban con los animales, siendo los esclavos de mayor contextura física. De ahí que eran utilizados para los trabajos que requería fortaleza.

En América todos los pueblos originarios fueron vituperados, escarnecidos, asesinados.

Desde un polo al otro, los nativos fueron reducidos a una millonésima parte de la cantidad de seres que poblaban esta parte del mundo, desde aquel entonces, por el oprobio de nosotros, los pieles pálidas, hasta el día de hoy.

Es que los invasores blancos, nos hemos enseñoreados en las tierras de sus primitivos habitantes. No es excusa ni valedero alegar la maravillosa civilización que implantamos.

Si los reclamos de los descendientes de los antiguos indígenas por su sobrevivencia, por la tenencia de sus heredades, por la igualdad de derechos con los pieles pálidas no ha sido atendida, significa que toda la supremacía de los invasores ha quedado invalidada.

Esta obra ha sido escrita con la tinta sangre roja de los pueblos autóctonos.

Después de haber sido desposeídos, quedan a la expectativa de que la Historia los reivindique y la Humanidad los resarza.

.....

Autor:

Eduardo Roberto Kerschen

Garín

Partido de Escobar (C.P. 1619) Provincia de Buenos Aires

República Argentina.

PREMIO LIMA CLARA
INTERNACIONAL —2019—
ENSAYO

A Antonio Alfredo Martín Ozuna

Por su obra:
Crítica de la condena social

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Mg. Jaime Andrés Wilches Tinjacá -Bogotá - Colombia

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

Crítica de la condena social

Voy a acometer la descripción del fenómeno de la condena social desde la relación material entre los enunciados performativos que la proclaman, conceptualmente, lógicamente, es decir desde la forma y con arreglo a la variación de los objetos o referentes a lo largo de algunos casos en particular, la materialidad física, los hechos, las consecuencias y sus alcances.

La condena social, como fenómeno social puede ser abordado desde la teoría sociológica, por, por ejemplo, la relación entre las estructuras sociales y las interacciones individuales y estaríamos en un holismo metodológico; o de manera inversa y emplearíamos un individualismo metodológico.

Solo por nombrar muy superficialmente las corrientes sociológicas desde Durkheim hasta esta parte sin detenerme en el programa relacionista o el lenguaje constructivista – con base en Wittgestein- de las últimas dos décadas. Quiero decir también que no es el motivo del presente ensayo y que una doxografía de ese calibre sería más antipática que aburrida, sin dejar de ser ambas.

Decía entonces que la Sociología podría brindar, como Teoría, los conceptos para pensar la condena social. Pero lo propio harían la Teoría de la comunicación, las Ciencias Jurídicas, la Casuística, la Criminología entre muchas de un largo etcétera. Y esto se debe a que la condena social desde tiempos antediluvianos, ha derivado en diferentes materialidades que atravesaron distintos discursos y conformaron los suyos propios.

De esta configuración, emergieron prejuicios que se actualizaron de manera diacrónica y sincrónica, con variación del objeto, pero no de la forma, es decir su interpretación lógica; ni del sentido, esto es, su interpretación psicológica. A esto se suma que, a partir del siglo XIX, los discursos preceden a los objetos que nombran, los configuran, no los develan, sino que los construyen. El caso de Freud es paradigmático -o las interpretaciones que se hacen de Nietzsche quien, sin duda fue un gran autor de metáforas y de cuentos, nada más. Jesús G. Maestro, profesor de Teoría Literaria de la Universidad de Oviedo, suele decir que “los filólogos han leído a Freud como un médico, y los médicos han leído a Freud como a un poeta”.

Antes de comenzar es necesario aclarar que cuando digo crítica, me refiero a la interpretación de las ideas que se objetivan en el discurso. Y cuando digo discurso también es menester que aclare que se trata de un sistema de enunciados relacionados en Symploké (de tal manera que ninguno de sus elementos está relacionado con todos ni hay uno que no se

relacione con ninguno), que importan igual valor, en cualquier forma de conservación y todo tipo de soporte. En segundo lugar, toda crítica debe estar fundamentada en una teoría que aporte a su vez los criterios que empleará el crítico para operar sobre un campo categorial determinado y determinando los hechos accidentales, incidentales, casuales o causales que de él se deriven. Una idea no es un término científico o categorial, es decir, no pertenece a una fracción de la realidad de manera exclusiva. Más bien se encuentra en relación, continua o disruptiva con las distintas fracciones de la realidad o campos categoriales.

Por ejemplo, la idea de amor existe y está objetivada formalmente tanto en un poema de Catulo como en un texto de Erich Fromm. También necesitamos delimitar si la idea que trabajaremos se inscribe en un tipo de materialidad psicológica, lógica (o conceptual) y si está en relación con un objeto o referente que le otorgue alguna materialidad física específica. En esta categorización cursa gran importancia la clasificación semántica que diferencia nombres comunes y nombres propios: la palabra-nombre común “caricatura” refiere a la “idea de caricatura” (interpretación psicológica y lógica sin objeto ni referente ya que la “idea de caricatura” es otra interpretación psicológica y lógica), pero la palabra-nombre propio “Mickey”, refiere a *esa* caricatura (interpretación psicológica, lógica y con un objeto o referente).

Para ampliar estos conceptos tomemos el caso de la tercera estrofa del poema v de Catulo donde se puede leer: “*Dame mil besos, después cien, luego otros mil, luego otros cien, después hasta dos mil, después otra vez cien; y, sin parar, hasta llegar a mil más, y después cien*” ¿Acaso se lee en el algún momento que el poema es de amor? La palabra (significante) no remite a la idea (significado) porque no está presente, sin embargo, el poema denota los besos, pero connota el deseo del yo lírico de besar a su amada, de expresarle así su amor (en este caso eran poemas dedicados a Lesbia). Se lee en la primera estrofa “*Vivamos, Lesbia mía, y amémonos*”. No hay dudas ¿Pero qué materialidad tiene la idea de amor que trabaja Catulo en su poema?, ¿hace referencia a un objeto o referente con un tipo de materialidad física? No es excluyente una de otra y si es cierto que por un lado el amor se corresponde a una interpretación psicológica, una materialidad psicológica, que es una emoción y que es un sentimiento, no lo es menos que el amor es un término que también se corresponde con una interpretación conceptual, con una materialidad lógica y que, además, no cuenta con una materialidad física.

El amor no tiene forma cómo si la tiene un cuadrado o un rombo. Tener en cuenta estos criterios permiten realizar una intervención crítica -no existe una *crítica* sin *criterios*- de cualquier enunciado; y en una tarea más ambiciosa, de cualquier discurso. Nos permite cribar y delimitar la materialidad que vamos a interpretar.

La condena social no es un fenómeno de reciente aparición y su aceptación por parte de los referentes de la esfera pública, las clases populares, o los ordenamientos jurídicos, tampoco. El 3 de mayo del 2013 *Página 12* publicó una entrevista a Nora Schulman, directora del Comité Argentino de Seguimiento y Aplicación de la Convención Internacional

de los Derechos del Niño (Casacidn), quien suscribió un valor positivo a la condena social. “Ayuda a prevenir los casos de abuso sexual al generar conciencia sobre el tema y facilitar el trabajo con los niños, los docentes, los médicos” Tengo para mí que es un error ¿De qué manera la condena social podría prevenir casos de abuso sexual? ¿De qué manera la suposición de prueba suficiente en decisión de un sector de la población, no facultado para la labor de investigación judicial, ni obligado a someter a consideración de la normativa vigente, abandonado a la falsación del lenguaje y el establecimiento de agenda por los medios de comunicación masivos, podría ser beneficioso para generar un juicio crítico y decidir sobre el honor y aun la vida de una persona?, ¿qué diferencia existe entre una ideología del terror y una ideología de la persecución y la paranoia? Arendt define la ideología como “sistemas basados en una única opinión con suficiente fuerza para atraer y persuadir a una mayoría de gente” (Arendt, 1951).

Persuadir era la principal tarea de los retóricos, de los sofistas, de los actores. Convencer de que la realidad es de una manera, aunque los hechos nos demuestren algo distinto o no se conozcan. Las trampas lógicas del lenguaje encuentran su límite en las paradojas y como bien inquiría Wittgenstein es un error “buscar una sustancia que responda a un sustantivo” (Wittgenstein, 1953).

No debemos olvidar que la verdad está en los hechos. La nota citada demuestra de qué manera la esfera judicial surca la opinión pública a través de un medio gráfico y digital (sabido es que los artículos de dicho medio se pueden leer en la red) reforzando una idea que de suyo contendría un CONTRADICTION IN TERMINIS si es que, por el efecto, la *condena* que se pretende *social* tiene por objeto la prevención del delito, ya que esto es tarea de la agencia de criminalización primaria, la policía, la cual entre otras funciones dará captura al infractor y lo pondrá a disposición de un juez quien, a su vez, es el único facultado para condenar, en el estricto sentido judicial, cuya configuración discursiva lleva el nombre de *fallo*; por otro lado, generar conciencia es una tarea de tipo educativa, es de creer que la función principal de esa especie recaería entonces en el ministerio de educación en coordinación con el ministerio de salud al margen de que el cumplimiento de la condena tiene lugar en el marco de un sistema penitenciario que, como agencia de criminalización secundaria, albergará al delincuente y se asegurará de que la pena privativa de la libertad se haga efectiva en los tiempos que ordene la justicia. La ilusión de la seguridad jurídica velará por la integridad de nuestros derechos y la de nuestros cuerpos. O tal vez....

¿Y si la justicia, a través de sus instituciones, en connivencia con las ideologías (como el racismo, o la intolerancia religiosa) participara activamente del proceso y consecución de distintas penas privativas de la libertad o incluso acabara con la vida de un ser humano?

Jean Calas gritó que parara por favor. El verdugo que lo había torturado durante tres días con sus noches y que esa mañana le había triturado varios huesos con una barra de hierro, tomó su muñeca derecha y la volvió a estirar para

engancharla a la rueda. Jean Calas volvió a gritar, pero su grito se interrumpió con un sanguinolento vómito. Algunas personas entre la multitud giraron la cabeza, otros solo entrecerraron los ojos y arrugaron la boca. El hombro se le había dislocado y la mano había quedado por fin sujeta a la rueda. Las personas reunidas maldecían al suplicado, lo escupían y le tiraban todo tipo de cosas. Entre las personas presentes, Jean Calas pudo observar a conocidos que alguna vez se habían sentado a su mesa. Detrás de ellos el sacerdote observaba sin dejar de mover los labios en una oración de misericordia para el protestante Calas que había ahorcado a su propio hijo solo porque quería unirse a la fe católica.

En 13 de octubre de 1761 el hijo de Jean Calas fue hallado muerto por su hermano. Estaba colgado en la planta baja de la residencia de la familia. No había indicios de que hubiera sido un suicidio. No había indicios de que había sido homicidio. El católico pueblo de Toulouse, que Voltaire calificó de “supersticioso y violento”, fue movilizadado por el rumor de que el protestante Jean Calas había ahorcado a su hijo para evitar que se convirtiera al catolicismo. No se tuvo en cuenta que Calas ya tenía un hijo convertido al catolicismo, o que sus sirvientes lo fueran, o que nada en el proceso judicial haya indicado que él había cometido filicidio.

En el marco del bicentenario de la matanza de la noche de San Bartolomé (24 y 25 de agosto de 1562) donde 400 hugonotes -nombre despectivo dado a los protestantes calvinistas franceses- fueron asesinados por orden del rey Carlos IX , el 10 de marzo de 1762, Jean Calas fue atado a una cruz de madera, le fueron triturados los huesos y las articulaciones con una barra de hierro, le rompieron las costillas, le dislocaron las piernas por las coyunturas, le desgarraron los antebrazos y pantorrillas, y siguieron rompiendo todos los huesos posibles con sumo cuidado de no procurarle la muerte. Los verdugos tenían la sublime tarea de “romperlo de arriba abajo”, quebrarlo por completo sin dañar órganos vitales, para luego atarlo a la rueda de manera tal que su cuerpo recorra todo el perímetro de la circunferencia. La rueda enganchada en un eje fue clavada al suelo y mantenía de forma vertical a toda la humanidad de Jean Calas. Solo Voltaire, desde la vereda de la literatura, la dramaturgia y la filosofía denunció el caso. Se horrorizó de la ganancia de una condena sin fundamentos. De un capricho del pueblo que se asentó como precedente jurídico mancillando la historia de Francia y del pueblo de Toulouse.

¿La condena social puede ayudar a prevenir? ¿La condena social puede tener algo positivo? ¿Y la resignificación de la condena, es decir una reinterpretación y una actualización? De falacia, podría sencillamente argüirse que la materialidad física, el objeto o referente, en el tiempo actual no puede ser un supuesto por cuestiones religiosas. Al menos no en esta parte de occidente. Porque los ataques a las oficinas de Charlie Hebdo en 2015 es sin duda ninguna el alcance internacional de la condena que un grupo de personas ejecutaron sobre otras ¿De oriente a occidente?

La condena social no es un instrumento de justicia ni de prevención. Es un razonamiento falaz que es empleado como instrumento de legitimación para la violencia. Para lograr esa legitimación se ha inventado su propio discurso y el código para descifrarlo. Claro es decir que esa suerte de lenguaje artificial, es activado por los grupos que adhieren a la ideología, valores o disvalores que los sustentan.

Los discursos legitiman porque otorgan fundamentos racionales o irracionales, críticos o acrílicos, que serán conducentes de prácticas orientadas a conseguir los fines del grupo. A su vez estos grupos desarrollan un autologismo que les permite satisfacer sus necesidades de reconocimiento. La condena social entonces puede estar dirigida hacia un grupo en general y una persona en particular, pero también puede dirigirse a un sistema económico, un órgano del gobierno, a un país, a una religión.

Las variantes son innumerables y pueden darse muchas a la vez de manera simultánea. Tenemos entonces que la condena social es la condena que ejerce de palabra y de hecho un grupo social. Y que además ese grupo social puede estar conformado por personas que detenten cargos públicos, dotados de poder práctico, material, y legitimado por el estado para llevar adelante prácticas discursivas (como el caso de Norma Schulz) o punitivas (como el caso de los que juzgaron y mataron a Jean Calas).

Quien haya leído *El proceso* (Kafka, publicación póstuma, 1925) conoce el periplo del personaje principal en un intrincado proceso judicial cuyo sentido era nulo ya que desde un principio es declarado culpable. Finalmente, Josep es ejecutado y con un cuchillo le descerrajan el corazón. No estamos lejos de esa pesadilla kafkiana, "*Josep K... fue detenido una mañana sin saber por qué*, cuando naturalizamos, internalizamos la condena social.

- ¿Y así tan fresco se queda usted luego de tanta rapsodia de autores e ideas, todas plagiadas y ni siquiera dará una conclusión a este triste ensayo suyo que nunca tuvo ni tiene la consistencia ni la decencia de ser mejor lectura que cualquier otro libro que tenga a mano en la biblioteca?

A mi diestra veo la heroscopia que intenta que lo socorran cuando se encuentra sin nada que decir, Roland Barthes, Michel Montaigne, Voltaire, Hanna Arendt, Michel Foucault, Philippe Corcuff, Séneca, Wittgenstein, Norbert Elias, Habermas, Pierre Bordieu, Olof Gigon, Jesús González Maestro, Gustavo Bueno, etcétera, etcétera, etcétera, ¿a cuento de qué tiene todos los libros desperdigados en la mesa sin tocarlos siquiera y apenas pensando en uno o en otro cuando escribe?

Comprendo totalmente las preguntas, aunque la segunda no es de método y no es necesario responderla porque mi desorden no se justifica. La primera en cambio tiene la particularidad de ejercitarme en el silencio, en la lectura, en el trabajo y en el estudio.

Y también adhiero a que nada puedo agregar a los autores que visito constantemente. Por eso contra la condena social, entendida en los términos que expuse, puedo interponer la máxima platónica que se puede leer en Sofista (Platón, 249) “*Debe lucharse con todo el razonamiento contra quien, suprimiendo la ciencia, el pensamiento y el intelecto, pretende afirmar algo, sea como fuere*”-y de esa forma, la insufrible tarea de leer este mi texto, con las ideas de esos autores que nombró y que se conjugaron aquí, dese usted por pagado, aunque estos dineros no sean míos, porque vienen de mi mano. Resistencia, 2019.

.....

AUTOR:

Antonio Alfredo Martín Ozuna
Resistencia, Chaco. Argentina.
Profesor en Lengua y Literatura

PREMIO LIMA CLARA

INTERNACIONAL —2019—

ENSAYO

A Sergio Espinosa Proa

Por su obra:

Estética: de la sensibilidad a lo inconsciente

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

Estética:

de la sensibilidad a lo inconsciente

I

La estética ha sido una parte de la filosofía; pero a partir de cierto momento la reflexión sobre la sensibilidad, el arte o la belleza (sus objetos privilegiados) se experimenta un desprendimiento parcial de la filosofía. Las ciencias humanas y sociales, e incluso las físico-matemáticas, levantan la mano y participan –con algo más que opiniones– en la discusión. El asunto es interesante, y está implicado en el movimiento general de la Ilustración, que puede concebirse *lato sensu* como una exigencia de claridad y una manifestación de lucidez. No es sólo eso, ya sabemos. Pero hay mil signos que apuntan en tal dirección.

Si la religión –como institución y artimaña– sufre el embate, el arte va a resultar beneficiado: entre una y otro se reproduce la eterna reyerta entre esclavitud y libertad. Religioso se exhibe el espíritu gregario; estético, el individualista. Hay una suerte de migración de las fidelidades: del autosacrificio a la afirmación no (necesariamente) violenta. En mutación semejante hay razones estrictamente históricas; hay aprendizajes muy específicos. El siglo XVIII –europeo y extraeuropeo– viene escurriendo sangre de conflictos ideológicos no siempre –más bien nunca– racional o diplomáticamente dirimidos. Que el arte, la sensibilidad o la belleza vayan sedimentando en forma tal que ameriten su consideración independiente y su discurso propio no es consecuencia del puro azar. Casi podría decirse que hay arte desde el momento en que ya no todo es religión. Lessing –en 1766– tomará nota: arte es aquello que obedece a lo bello, no a lo simbólico (es decir, a la religión). El arte es sólo aquello que hace el artista desentendiéndose de "convenciones religiosas"⁸. Eso, desde luego, en el siglo XVIII; hoy, y a partir de entonces, ¿de qué no ha tenido que desprenderse el arte para llegar a serlo? De todo, menos de lo

8

sensible en sí. El arte es –como dirán, en el siglo XX, Lévi-Strauss y Deleuze, cada uno por su cuenta– la "lógica de las cualidades sensibles" o la "lógica de la sensación". Existe la estética –como disciplina autónoma– porque existe el arte por sí y para sí mismo. Se diría, con Valeriano Bozal, que todo el arte es rococó: en él, que no es mera evolución del barroco, "las cualidades sensibles (...) no son medios para representar significados distintos de ellas mismas. No aluden a la gloria divina o a la ceremonia religiosa, no cantan la excelsitud de lo trascendente o la magnificencia del monarca. Las cualidades sensibles poseen valor por sí mismas en tanto que producen placer o deleite"⁹. Sólo que ese placer y ese deleite, según el propio Bozal los entiende, no son como el resto. Ocupan un espacio que antes simplemente no existía. ¿A qué se debe? ¿Antes del siglo XVIII no había una lógica de las cualidades sensibles? Absurdo. Lo nuevo, en la historia de la humanidad, es, por el contrario, la lógica de las cualidades (o cantidades) inteligibles. Pese a su carácter material –los Museos, los Salones, las revistas, con la creación expresa (y artificial) de un público–, la aparición de la estética tiene lugar en el seno de cierta perplejidad. Tiene que ver con la democratización de lo social: el arte se institucionaliza, y los efectos serán variados. Pero también es elemento de una necesidad aristocrática: sin Luis XIV no habría arte, y sin arte no existiría Luis XIV... Es lo que ha mostrado un Peter Burke. Abstracción hecha de esto, hay estética porque –desde Winckelmann– se postula una especie de esencia del arte: no designa una simple destreza. En 1764 se inventa al sujeto estético, rostro –al lado del científico, o del histórico– inherente al proyecto moderno. Moderno, por lo demás, en un sentido ultramoderno: la búsqueda de la felicidad desemboca en su contrario –dado que la perfección es perversa. ¿En qué sentido? La modernidad en absoluto es la realización del ideal antiguo, por más que lo tenga de modelo; la modernidad es el ya-no-más de los griegos. Winckelmann establece la crítica del arte (y de la cultura) en y a partir de la nostalgia de los griegos, y su efecto es la melancolía.

II

Lo bello moderno no podría ya ser clásico (griego); desde Winckelmann adivinamos que es sublime, y lo sublime es ambiguo: se desliza a lo terrible. Obviamente, lo grotesco ya está presente en el universo helénico; pero en la modernidad rompe sus ataduras, convirtiéndose en lo estético sin más. Lo perfecto es un ideal cada vez más inalcanzable. Con Walter Benjamin –con su ángel– la historia avanza de espaldas, huyendo sin quererlo, o cayendo, de un pretérito –de un ideal– impracticable. Melancolía y desesperación son líneas pertenecientes a la faz de lo moderno, contrapeso inevitable a sus anhelos e ilusiones de progreso. El arte se impone a sí mismo infinidad de reglas; no puede limitarse a ejercitar una imitación de lo clásico. Pero sí puede marcar sus distancias, haciendo de lo nuevo su santo y seña. Muy pronto, el discurso

9

V. Bozal, *Historia de las Ideas estéticas y de las Teorías del Arte*, Madrid, La balsa de la medusa, 1999, I, p. 21.

correspondiente se irá articulando con el influjo de los empiristas británicos: Addison, Hutcheson, Shaftesbury, Hume... El propósito será delinear al sujeto estético: ¿existe –por encima o al lado de los sentidos– una facultad cuyo cultivo o descuido determina nuestra relación con el arte y con la belleza? Addison propondrá a la imaginación, la capacidad de enlazar lo sensible con lo inteligible; Kant le dará carta de naturaleza en sus Críticas. El resultado es una ampliación y un enriquecimiento de la sensibilidad, tan despreciada por el intelectualismo platónico. Será en particular el sentido del gusto el que recibirá la mayor atención; tener (buen) gusto implica tener imaginación:

No sólo puede formarse y hacerse más delicado de lo que inicialmente es, no sólo permite la cualificación, positiva o negativa, de una época, una colectividad o una nación, además se ofrece en sus juicios con pretensión de universalidad, al margen del subjetivismo, y como una forma de 'conocimiento' de las cosas que en modo alguno puede identificarse con la propia de lo sensible -particular y concreto- o con la del intelectual -abstracto para poder ser universal¹⁰.

Que este sujeto estético sea empírico –como quiere Hume– o trascendental –como propone Kant– dará color a los debates del Siglo de las Luces. Si hay estética, hay sujeto: lo que no hay es una "belleza en sí". El territorio recién descubierto mostrará también la lógica propia de cada una de las artes: la pintura no es poesía visual, la música no representa nada visible. El sujeto estético es, pues, complejo; no consta de una sola pieza. Lo decisivo es que en él prevalece la imaginación. Se trata de una propiedad próxima a lo que ya desde Shaftesbury (1671-1713) se denomina "intuición"; una potencia espontánea de penetración que no se confunde ni con la pura sensibilidad ni con la muy alambicada razón analítica: es una "desinteresada complacencia" merced a la cual el sujeto capta la vida íntima de las cosas –y comulga con ella. Ahora bien, esta intimidad no es bella en un sentido clásico: involucra todos los afectos posibles, incluidos el terror, la sorpresa, el pánico, la indignación, la asfixia... La atención al sujeto estético conlleva una revaloración de los ideales heredados; la intuición permite adentrarse en un mundo que tiene mucho de inmundano, en un ser del que no es posible eliminar todos los elementos amenazantes y peligrosos. ¿Hay conocimiento sin imaginación? No, pero la imaginación desborda los límites de lo cognoscible. ¿Sigue siendo bello este exceso? ¡Sólo es bello si lo desborda! Inicia la andadura moderna de lo sublime: si lo estético es un territorio, la belleza formal –la proporción, el equilibrio, la sobriedad– ocupará en él un espacio sumamente reducido. La belleza comienza a perder sus contornos, porque el placer ya ha conquistado países que le estaban vedados. La belleza ha dejado, pues, de ser un concepto rígido: ahora es un fulgor que emana de las cosas en su singularidad, y una extraña luminosidad que es percibida –por así decirlo– con el rabillo del ojo. De modo paradójico, el sujeto estético concebido por la filosofía empirista no es del todo sujeto, porque se abre a un ser que no está compuesto del todo por objetos.

III

La interrogación sobre el sujeto estético revela la existencia de un paisaje subvertido; desde la epistemología empirista, el órgano que lo define es la imaginación, un reino autónomo, intermedio entre la sensación y el entendimiento. La imaginación es libre; ni la sensación ni la razón exhiben una flexibilidad semejante. Con todo, se da sus propias normas: es susceptible de perfeccionamiento –y de atrofia. ¿Cómo sucede esto? La posición clasicista –por ejemplo, la de Hutcheson– afirma la existencia de la belleza como una propiedad de las cosas; el gusto es mejor mientras más reconozca este atributo, peor si lo pierde de vista. Pero con Hume se produce un cierto deslizamiento hacia el polo subjetivo: lo bello es una "armonía" entre la cosa y la mente. Y para que se dé esa sintonía no hay nada preestablecido: los juicios del gusto –que es, como diría Addison, un placer de la imaginación– son sinceros o hipócritas, pero no pueden ser ni verdaderos ni falsos. La imaginación es libre en muchos sentidos, pero lo es privilegiadamente en uno: no depende de la presencia inmediata del objeto. Actúa sin la ayuda de los sentidos y suspende las compulsiones del entendimiento. "La imaginación puede volar encima de las particularidades hacia la universalidad como no pueden hacerlo los sentidos"¹¹. Gracias a ella, el sujeto está en condiciones de desprenderse de sí mismo. ¿Habría mayor placer que ese? Difícilmente; pero la libertad de la imaginación suscita otros problemas: en especial, la amenaza del relativismo, que afecta a la crítica. Todos tenemos derecho a defender nuestros gustos, pero los críticos no lo serían abandonando su pretensión de objetividad (que ellos pueden llamar "rigor"). Por fin, ¿hay o no hay reglas? El empirismo se va inclinando, inexorable, al psicologismo: la imaginación es el juego de la memoria y de la invención, atributos del sujeto (empírico) que obedecen principios básicos. Es notorio que esta estética deja un amplio sector sin barbechar: explica por qué algo puede ser considerado bello, pero no dice mucho sobre las condiciones de su creación. En otras palabras, no basta con ser sensibles (e imaginativos): la obra de arte es producto de otra cualidad, un atributo que será esencial para la estética del romanticismo: el genio. Si el gusto discierne y separa, el genio sintetiza y provoca. Sea como fuere, la estética nace en este contexto: es hija del empirismo británico, que algunos críticos –tomando en cuenta el papel concedido a la imaginación y la ampliación de los límites de la belleza– calificarán de "prerromanticismo". En ella está, desde luego, lo clásico, pero mezclado con otro tipo de emociones y figuras: el miedo a la muerte, la desproporción entre lo humano y lo no humano, lo irregular y lo infranqueable, lo umbrío e inacabado... Se comienza a cobrar conciencia de los límites de la conciencia y se comprende poco a poco que el arte (y la belleza misma) sólo llega a serlo permitiendo, modulando, graduando o garantizando el acceso a lo desconocido. El espacio intermedio ocupado por la imaginación es bello porque no meramente agrada; exhibe además la inagotable discordancia entre los ideales y los instintos, entre lo real y lo deseable, entre la expectativa y el acontecimiento: entre lo humano y lo indisponible. No hay estética sin la irrupción –y el consecuente reconocimiento– de lo sublime, el vocablo que apunta a esa

11

perpetua y riesgosa –y a menudo exquisita– fricción de lo sensible con lo inteligible. "Desde la Poética de Aristóteles (...) ninguna teoría estética había considerado que la experiencia estética consistiera en sentimientos distintos de la satisfacción que proporciona la contemplación de la belleza"¹². Se trata de un reconocimiento de la fuerza, de la potencia, de la escarpadura, de la inmensidad sobrecogedora de lo bello. A partir de entonces, y de manera creciente, no hay placer que – dado que implica al dolor– no involucre ciertas dosis de estupefacción, extrañeza y horror. Esta experiencia, dice Addison, produce "una deliciosa inquietud y espanto".

IV

Podemos afirmar que la elaboración de la categoría de lo sublime, en el pensamiento inglés del siglo XVIII, reposa por entero en un más o menos ominoso retorno de lo trágico. El canon estético resultó estremecido con la aparición de Shakespeare y de Milton: la belleza es, en su obra respectiva, tremenda, cruel, intensa, excesiva, inconcluyente, intemperante. Edmund Burke (1727-1795) enfrentará así el problema: ¿cómo puede existir un placer negativo? La cuestión no es totalmente nueva; ya Longino, en el siglo I de nuestra era, había señalado la importancia del componente sobrenatural o transmundo presente en el goce estético (con una referencia expresa a los embrujos de la retórica). Pero con Burke ese goce se vincula –no sin cierto morbo– con el sufrimiento: el miedo es, cuando se le representa, una emoción estética. ¡Sin adrenalina no hay deleite posible! En el fondo, su análisis desemboca en lo mismo: es estético si, sacándome de mí, llevándome al límite de mis fuerzas, o de mi comprensión, sin embargo no me destruye. No, al menos, físicamente. Nos pone ante lo Absoluto, mas un Absoluto sin atributos ejemplares: la Muerte, lo Divino, lo Demoníaco... Es contemplar, o, mejor, medirse contra una Fuerza Mayor: tan fuerte y tan inocente que no sabe nada del Bien y del Mal. La belleza resuena en nuestro interior, formando volutas, o patrones geométricos, pero ella no necesariamente coincide con aquello que el canon había consagrado. Bella es, de hecho, esa no-coincidencia con lo esperado, con lo conveniente, con lo convincente, con lo apaciguador. Lo Absoluto –merced al poder de la imaginación– muta en lo Absurdo, la Fuerza en Poder de Destrucción. El Dios de la tradición muta en una entidad, si no maléfica o abiertamente dañina, sí hostil o desdeñosa. Entendámonos: es la enrarecida atmósfera de la modernidad, su exceso de oxígeno, que naturalmente puede matar. "Entre todas las categorías estéticas", concluye V. Bozal, "sublime es por excelencia la que sirve de eje a la modernidad. Pero quizá el heroísmo ha ofuscado la perspectiva de los hombres modernos"¹³. Si esta categoría constituye lo propio de la modernidad, lo es porque, bajo la rueda de la burocracia, o del capital, o de la masificación, el individuo ha llegado a ser nada. Nihilismo, modernidad y sublimidad estipulan desde el inicio sus danzas y contradanzas. Sea como fuere, el arte se

¹²

Ibid., p. 46.

¹³

Ibid., p. 57.

convierte paulatinamente en objeto privilegiado para recuperar, o al menos intentarlo, aspectos claramente erosionados o avasallados por el proceso civilizatorio. Lo sensible, según se advierte, recobra relativo protagonismo. Y, con él, la importancia de las pasiones: bello tiende a ser lo patético e incluso lo patológico. La estética surge así como contrapeso a los excesos racionalistas: Platón y Descartes estarán en la mira. Es que el sujeto moderno se halla en perpetua busca de identidad, dado que las tradiciones comienzan a quedarle rabonas. El ámbito del conocimiento se ha expandido notablemente, pero la ciencia no le proporciona garantías suficientes de estabilidad y autorreconocimiento. La religión declina; al relevo, entrarán una ética mundana... y una estética susceptible de preservar la fantasía y la imaginación simbólica. "En el hecho artístico se descubre un campo particularmente representativo de la vida intelectual del sujeto. A su análisis se brinda la teoría ilustrada del conocimiento como a un objeto en el que se revelan en su incerteza, en su ambigüedad, pero también en su verdadera necesidad, las inclinaciones de nuestra naturaleza"¹⁴. Como disciplina autónoma, pues, la estética recibirá, en A. Baumgarten, el doble impulso del empirismo inglés y del racionalismo leibniziano: cristalizará como un saber crítico a propósito de nuestras más profundas (y secretas) reacciones afectivas.

V

Como ciencia, la Estética tiene sus pros y sus contras; nace marcada por la ambivalencia. Le concede a la sensibilidad (y a la imaginación), frente a las emergentes ciencias "duras", un *status* de dignidad, pero el precio a pagar es quizá muy alto: hace de ellas órganos de conocimiento. En apariencia, nada tendría de malo; pero ahí anida, si nos fijamos bien, todo el error. Baumgarten la bautiza –literalmente– como una gnoseología inferior; su objeto no es lo universal sino lo singular, dotado de rasgos poco afines a su tratamiento racional: es confuso y oscuro. Pero, agrade o no a la razón, tan exigente ella, lo singular sensible es una totalidad en sí misma. El precio, a todas luces, y es lo que habría que mostrar, es una moralización de la experiencia estética: el conocimiento de la "parte inferior" del alma complementa al conocimiento de la "parte superior" de la misma, a la cual, en última instancia, debe servir (y obedecer). Eso es lo que –desde Platón y Aristóteles– se espera de ella: nada más. Mas lo cierto es que –es nuestra tesis– una y otra desempeñan funciones diferentes. La sensibilidad no quiere, pese a todo, "conocer" el mundo; acaso le basta con acoger las cosas en su inopinado e inmotivado presentarse (y ausentarse). En la experiencia estética la razón cognoscitiva –y hasta cierto punto la razón práctica– aprenden a guardar silencio; aprenden a comportarse. Hay arte (y belleza) porque es preciso dejar que lo Desconocido intervenga en nuestro mundo. Se llegará a decir, ya en nuestros días, que el inconsciente freudiano es un subproducto o, mejor, la racionalización o la formalización de un inconsciente estético: "... una constelación que tiene su

dinámica, su filosofía y su política propias"¹⁵. Existe, entonces, o parecería existir, una razón pura –teórica–, una razón práctica –moral– y una razón... fantástica, o intuitiva, o imaginativa, o simbólica, consistente en un encaje no instrumental del sujeto con el mundo (humano) y con la naturaleza (no humana). Esta relación no es ni puede ser dialéctica; no se trata, como pretende Jacques Rancière invocando a Nietzsche, de la oposición de Apolo y Dionisos. No es la voluntad de forma frente al abismo de lo informe, ni la brillante superficie frente al "fondo oscuro e insensato" de las cosas. Aquí es decisivo cuidarse de dialectizar –es decir, de moralizar– el funcionamiento de esta razón loca en ausencia de la cual el encaje del sujeto en el mundo enloquece de verdad. Ahora bien, ¿qué clase de "razón" podría ser esta que impide la totalización de las otras dos? Porque esa –a despecho de las pretensiones de la Estética como ciencia– es justamente su función, su labor, su virtud, su necesidad. ¿Es la imaginación simbólica una facultad? ¿Qué hace, de serlo? ¿Reconoce un sentido dentro o detrás del sinsentido? Es la hipótesis ilustrada, de la que participa Rancière: las obras de arte son testimonios de que "hay un sentido en lo que parece no tenerlo, un enigma en lo que parece evidente, una 'carga de pensamiento' en lo que aparenta ser un detalle anodino"¹⁶. En términos menos ideológicos, la Estética (considerada como el discurso de la obra de arte) da noticia de la existencia de cierto vínculo problemático entre lo pensable y lo impensable, entre lo ideal y lo material, entre lo significativo y lo insignificante, etcétera. Reino intermedio, se ha afirmado ya. ¿A qué lógica obedece? Según Rancière, a la identidad de lo consciente y lo inconsciente, de lo voluntario y lo involuntario, de lo lógico y lo pasional. "Pero esta identidad puede pensarse de dos maneras opuestas: como inmanencia del *logos* en el *pathos* (...) o como inmanencia del *pathos* en el *logos*, del no-pensamiento en el pensamiento"¹⁷. Está, pues, el modelo racionalista, que –de Addison a Hegel– identifica la racionalidad escondida en el caos (aparente). Y está el otro modelo: el de Schopenhauer (y, en parte, Nietzsche), que ven la Ilustración como una –efímera, limitada– floración de un fondo oscuro e insondable. El arte prueba que el pensamiento nace del no-pensamiento.

VI

Lo estético no es un continente nuevo; designa más bien el magma encima del cual se deslizan las placas tectónicas de la razón: un subsuelo móvil, en estado plástico o plasmático. No significa nada porque es la fuente de toda significación; está más allá del bien y del mal. Desde un ángulo spinoziano, diríase, sin mucho forzamiento, que lo estético es la Sustancia; la razón es a su turno uno de sus atributos. En consecuencia, sería incorrecto (o injusto) juzgarla por ellos: la parte no es

¹⁵

J. Rancière, *El inconsciente estético*, Buenos Aires, Del Estante, 2006, p. 9.

¹⁶

Ibid., p. 21.

¹⁷

Ibid., p. 42.

mayor que el todo. Por desgracia, Rancière exhibe en este respecto su querencia hegeliana: resulta igualmente válida la absorción de lo pático en lo lógico como la de lo lógico en lo pático: "El inconsciente estético, consustancial al régimen estético del arte, se manifiesta en la polaridad de la doble escena de la palabra muda: por un lado, la palabra escrita en los cuerpos, que debe ser restituida a su significación de lenguaje mediante un trabajo de desciframiento y reescritura; por otro lado, la palabra sorda de un poder sin nombre que se mantiene detrás de toda conciencia y de toda significación"¹⁸. Es hegeliano por plantear la dualidad y por juzgar que esta segunda opción es nihilista: la absorción de lo lógico en lo pático desemboca, según él, en el pesimismo, el fatalismo y la autoaniquilación. De cualquier forma, su reconocimiento de un tercer elemento –el registro o el régimen estético– situado entre la razón y la sinrazón, o entre la ciencia y la superstición, es de agradecer. ¿Es la única manera de ejercer la filosofía? El planteamiento es, por detrás de Hegel, el mismo de la Ilustración: a saber, hacer hablar en un lenguaje inteligible (lo cual es casi un pleonasma) el silencio o el furor de lo que es. Ilustrada es esta pretensión de traer lo impensable a una escena pensable; de Descartes a Hegel, y de Freud a Rancière, tal es la apuesta: disolver el *pathos* en el *logos*. Domarlo. Formulado en otro régimen discursivo, la tarea es hacer de la cultura un componente utilizable, un recurso (aprovechable) de la civilización. Ahora, emprender el camino de regreso, ¿seguirá siendo filosofía? Desde luego; pero trágica. Parados ahí, el otro camino, o el otro negocio, nos parecerá el verdadero abandono de la filosofía, si es que a ella le adjudicamos no el monopolio de la razón pero sí el de la lucidez. Rancière procura además establecer una identidad entre el nihilismo –que es, según él, a lo que conduce la afirmación pura de la existencia– y el romanticismo: éste sirve de vehículo al inconsciente estético, mientras que la Ilustración es una resistencia contra esa supuesta tendencia a la (final) aniquilación de todas las cosas. La Ilustración consiste, entonces, en la eliminación del componente vital, porque su efecto final es la muerte. ¡Infame dialéctica! Abanderando esta consigna, el espíritu ilustrado –como el de Hegel, como el de Freud– sabe que el inconsciente estético habrá de ser vencido, pues su destino será siempre la muerte. La dialéctica y el psicoanálisis representan sendas barricadas contra la entropía nihilista en la cual el inconsciente estético se halla comprometido: "Freud coloca nuevamente dentro de los límites del régimen representativo del arte las figuras y las intrigas que ese régimen rechazaba y que sólo la revolución estética había puesto a su disposición"¹⁹. Con esto, el tenso equilibrio entre lo estético –presencia de lo impensable en el pensamiento– y lo representativo –exclusión de un real insensato– queda bastante didácticamente planteado. Es el conflictivo abrazo de lo bello (clásico) con lo sublime (romántico), choque constante que alimenta e impulsa a la historia entera de la Estética. A la postura aquí reseñada de Jacques Rancière se opondrá la defensa que de lo sublime –apoyándose en Burke, Kant y Freud– hará Jean-François Lyotard. Lo clásico es ilustrado, lo sublime es romántico: el primero es progresista; el segundo,

18

Ibid., p. 54.

19

Ibid., p. 99.

reaccionario. Así opera, en términos muy generales, el *partage* practicado por Rancière: optar por la lógica del inconsciente equivale a una capitulación de la razón.

VII

El paso de la estética antigua a la moderna tiene lugar como el relevo de lo ontológico por lo psico-antropológico; del ser, lo que yo pueda conocer (o sentir). Del *Ego Cogito* cartesiano al *Esse est percipi* de Berkeley y al *Was ist Mensch* kantiano hay evidente continuidad. Asegurarse es blindarse: no me importa qué sean en sí mismas las cosas, me basta con entender lo mínimo para manipularlas y maniobrar con ellas. Nueva vuelta de tuerca de la razón instrumental: del ser, me quedo con lo utilizable. El resto es, silencioso o no, prescindible. En realidad, sin vuelta de hoja, quedo atrapado en mi propia telaraña. La parte segregada del ser volverá a mí en mis sueños... y en mis síntomas, uno de los cuales es la fantasía (manantial de lo que damos en llamar arte). Para asegurarme necesito hacer del ser un medio, pero, una vez seguro, ¿cómo me cuido yo de ser el medio de otro? Peor aún: ¿cómo me protejo de convertirme en medio de mí mismo? El arte es la vuelta (no de tuerca) del ser en mí: una vuelta incluso indeseable e indeseada (a menos que el deseo sea otra cosa). Las obras son siempre sueños diurnos (aun si son pesadillas). El arte transforma lo que hay –sin por qué, y sobre todo sin para qué. Es mi modo de zafarme de mi telaraña, ideada, trazada y fabricada para atrapar entidades comestibles o disfrutables. Pintaré o esculpiré seres que son junto con seres que no son. Crearé sonidos y secuencias previamente inexistentes. Deformaré las cosas de modo que no se parezcan a ellas mismas y antes que nada que no se parezcan a mí. Así se desquita el ser –la *physis*, el *fatum*– de aquello que le he hecho. Es en tal sentido que la obra es sagrada o, mejor dicho, un heraldo negro, un recordatorio de la sacralidad de todas y cada una de las cosas. No importa si el *Cro-magnon* o el grafitero lo saben; simplemente lo hacen (y lo seguirán haciendo). Es arte porque exhibe el revés de la técnica; con todo lo que ello implica. De ahí las ambigüedades de una teoría (científica) del arte: la Estética no termina de hacerle justicia a lo estético. En otras palabras, la técnica no comprende al arte –pero el arte no sólo la comprende sino que la libera de sí misma. "Una relación libre con la técnica", pedía Heidegger; pues bien, el arte es precisamente esa relación. En la modernidad, esta relación moviliza todas las posiciones; la querrela de los antiguos y los modernos, las fricciones entre el espíritu ilustrado y la sensibilidad romántica, e incluso el debate actual sobre el fin de la modernidad, llevan su marca en la frente. Todo nos empuja a releer a los clásicos –Platón, Descartes, Kant, Hegel, Freud... – pero al revés. Es curioso, porque, según vamos viendo, la Estética se edifica reconociendo en lo estético una característica sumamente extraña: su inutilidad o, como se dirá durante los primeros siglos, su desinterés. El arte es interesante porque muestra las cosas en su desprecio de los afanes humanos. Un desprecio, como se dice, olímpico: en el arte, las cosas le dan la espalda a nuestros intereses, exhiben su profunda pero sencilla y noble indiferencia. Son como dioses. En el espíritu ilustrado, la sensibilidad es reconocida pero casi de inmediato puesta al servicio de la inteligencia: de la astucia, del ingenio, del cálculo; en la reacción romántica, *lato*

sensu, lo estético defenderá su autonomía y propugnará por un equilibrio entre razones y pasiones, pero no se ve —es fecho— que lo haya logrado. ¿A qué atribuirlo? Muy al principio de su *Historia de la estética*, y hablando del hombre paleolítico, R. Bayer escribe: "... el artista ... no distingue entre la existencia y la no-existencia, entre el Yo y el No Yo, desde el punto de vista metafísico"²⁰. No habiendo exterioridad, no puede producirse un vínculo de instrumentalidad con el ser. La técnica está subordinada a la cultura, que opera como una membrana con su medio ambiente natural. ¿Cómo, por qué se rompe? Esto ocurre, sin lugar a dudas, con su sedentarización. ¡La tierra será de quien la trabaja! ¿No se dice desde hace milenios que el capital consiste en sentar cabeza?

Bibliografía

- Bayer, R., *Historia de la estética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
Bozal, V., *Historia de las Ideas estéticas y de las Teorías del Arte I*, Madrid, La balsa de la medusa, 1999.
Lessing, G. E., *Laocoonte o sobre los límites de la pintura y la poesía*, Barcelona, Herder, 2014.
Rancière, J., *El inconsciente estético*, Buenos Aires, Del Estante, 2006.

.....

Autor:

Sergio Espinosa Proa

Zacatecas, México

Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid.

Profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Zacatecas.

Conferencista y miembro del SNI.

PREMIO LIMA CLARA
INTERNACIONAL —2019—
ENSAYO

A Carlos Carnelutto

Por su obra:
Afecta la muchedumbre al individuo?

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España
—Prof. Mg. Jaime Andrés Wilches Tinjacá -Bogotá - Colombia

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva

—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

¿Afecta la muchedumbre al individuo?

Como solía decir el notable psicoanalista argentino Oscar Masotta en los años 70, en el exilio, toda pregunta que no esté sustentada por una hipótesis, es de por sí, psicótica. Por eso, al plantear la pregunta que motiva este trabajo lo hago desde la hipótesis de que es un relato de naturaleza más político que psicológico, armado por las clases dominantes sin más fundamento que la preservación de sus propios intereses. Y eso es lo que voy a intentar demostrar como objetivo de este trabajo.

Valga la ironía, los exponentes de la clase alta, bajo el supuesto de ser sujetos racionales, estarían totalmente a cubierto de tal riesgo pero por una causa que no es la que ellos suponen, y es lo que voy a abordar más adelante.

La élite social argentina siempre se autocalificó como “la parte sana” de la sociedad, por oposición a “la canalla” o la “plebe” o la “chusma” popular en una, tan insólita como cínica, clasificación en base a la salud mental, ya que no se referían a la salud física.

Comenzaremos por el abordaje del tema desde lo psicológico, y nos centraremos en un libro que tuvo una enorme repercusión en muchos intelectuales del siglo XIX, incluyéndolo al propio Sigmund Freud: me refiero a “La psicología de las masas” escrito por el médico, etnólogo, psicólogo y sociólogo francés Gustave Le Bon (1841-1931).

Tuvo el mérito es ser el primero en abordar el tema que nos ocupa desde la psicología. Y sostenía que “bajo ciertas circunstancias, y sólo bajo ellas, una aglomeración de personas presenta características nuevas, muy diferentes a las de los individuos que la componen. Los sentimientos y las ideas de todas las personas aglomeradas adquieren la misma dirección y su personalidad consciente se desvanece. Se forma una mente colectiva, sin duda transitoria, pero que presenta características muy claramente definidas. La aglomeración, de este modo, se ha convertido en lo que, a falta de una expresión mejor, llamaré una masa organizada. Forma un único ser y queda sujeta a la ley de la unidad mental de las masas.” (Le Bon, (1895) 2004; 14).

Le Bon analiza a la masa como si fuera un organismo, pues entiende que es algo más que la suma de los individuos que la componen. De allí infiere que, al participar de ella, los individuos producen un comportamiento diferente al que tendrían en soledad.

Hay varios aspectos interesantes en el planteo del pensador francés: en primer lugar, comienza el párrafo con un reparo al decir: “bajo ciertas circunstancias y solo bajo ellas” como para que no queden dudas que no siempre es así. Luego plantea que, el lazo social que reúne a los individuos en la muchedumbre, es un lazo de tipo simbólico. Y aquí va a hacer una diferencia con lo que ocurre en la clase alta ya que en este ámbito para el autor no ocurre este fenómeno.

No es curioso su planteo ya que el individuo carteciano, vale decir: racional, libre y autónomo concebido en los inicios de la modernidad, siempre se lo pensó como miembro de la burguesía y no del proletariado. Pero lo interesante es que introduce un concepto nuevo en lo sociológico para su época como es el de inconsciente, al caracterizar al individuo masa como dominado por lo irracional y lo inconsciente.

En función de ello, la masa se hace pasible de ser manipulada a su antojo por un líder, al cual Le Bon le da el lugar de una contrafigura esencial en este fenómeno. Y le asigna un rol importante porque que la voluntad de ese líder, es el núcleo en torno del cual los individuos que integran la masa giran y encuentra su identidad y forman sus opiniones. Sin dudas, Le Bon refleja el pensamiento de su clase social.

De las revoluciones ocurridas en Francia, partiendo de la Revolución Francesa, será la de 1848 la que marco un quiebre entre los intelectuales y la alta burguesía francesa. Iniciada con una alianza de pequeños burgueses, obreros y estudiantes en reclamos de diversas medidas sociales, entre ellas la jornada laboral de 8 horas diarias, cosa que se logró, pero terminó en una tremenda represión hacia obreros y estudiantes luego que los pequeños burgueses se aliaron a la alta burguesía.

La realidad era complicada para la alta burguesía ya que, la irrupción de la masa proletaria en las luchas callejeras reclamando mejores condiciones sociales y laborales lo que iba a modificar el orden social y económico imperante. Eso obligaba a la clase dominante a cuidar celosamente el orden establecido ya que estaba en peligro.

Y a esta altura de análisis vuelve a surgir un interrogante esencial: ¿Por qué la Revolución Francesa fue racional y la de 1848 no? Siguiendo a Oscar Masotta, en cuanto a darle un sustento hipotético al interrogante, podríamos decir: Tal vez porque la Revolución Francesa fue esencialmente burguesa y significó el acceso al poder de dicha clase, en tanto que la de 1848 fue una revolución proletaria que venía a afectar el orden burgués.

Pero sigamos con el planteo de Le Bon cuando concibe a la masa como un mero rebaño servil totalmente incapaz de sobrevivir sin un amo. Y agrega que “quien conozca el arte de impresionar la imaginación de la muchedumbre conoce también el arte de gobernarla” (Le Bon, (1895) 2004).

Sin dudas Le Bon le da al líder un rol central. Tratemos de analizar este aspecto desde el enfoque de un líder como fue Ernesto “El Che” Guevara quien sostenía que “las revoluciones no las hacen los líderes, las hacen los pueblos, porque solo el pueblo puede salvar al pueblo de la tiranía de unos pocos”

Sin bien la masa y el líder son inseparables y se necesitan mutuamente no hay dudas que la masa es necesariamente anterior al líder. Puede existir una masa sin líder, pero es imposible que exista un líder si nadie lo sigue. Los líderes surgen porque llegan a encarnar el caldo de cultivo que genera la masa. Ningún líder hace una suscripción pública de seguidores para convertirse en tal, sino que al líder lo va a buscar la masa. Para que ello ocurra el líder debe encarnar los sentimientos de la masa y no al revés.

Prueba de ello fue el fenómeno ocurrido aquel caluroso miércoles 17 de octubre de 1945 en el que una enorme masa de obreros se congregó en la Plaza de Mayo para exigir la libertad del Teniente General Juan Domingo Perón.

Hay una realidad insoslayable, la masa obrera fue en busca de su líder Juan Domingo Perón, y no al revés. El protagonista principal fue el pueblo ya que, si nadie lo iba a buscar, Perón hubiera seguido encarcelado y no hubiera surgido el peronismo como movimiento político.

Otro ejemplo fue el Mayo Francés en 1968 donde Daniel Cohn Bndit, curiosamente de origen alemán, no hubiera podido liderar a los estudiantes en París si no hubiera encontrado una masa concientizada y con objetivos claros que lo siguiera. Es más, emergió de esa masa, no vino de afuera de ella.

Sin ninguna dudas, no es el líder el que crea a la masa sino que, a la conciencia de la masa la crea la propia masa cuando tiene un espíritu crítico y sabe dónde está parada. Por lo tanto, hablar de una masa servil, incapaz de sobrevivir sin el amparo de un líder como planteaba Le Bon, no tiene fundamentos reales.

También podemos decir que estaba en lo cierto Max Weber, cuando criticó a Karl Marx por considerar que solo el aspecto económico (las relaciones de producción) era la base de la conciencia de clase. Weber no sostenía que Marx estuviera equivocado en su planteo, le criticaba su reduccionismo a un solo aspecto. Y hoy vemos la complejidad del tema cuando observamos a no pocos obreros apoyando gobiernos de derecha y hasta fundamentalistas como ocurre actualmente en Brasil, manipulados por los medios de comunicación que, apelando a la pos verdad les han hecho creer que sus enemigos son los pobres.

Evidentemente solo la realidad económica no basta para determinar la conciencia social, sino que es esencial tener una conciencia crítica y clara que le permita al obrero comprender cuáles son sus verdaderos intereses de clase. Los estudiantes franceses, el pueblo peronista de 1945 y el pueblo cubano durante la Revolución en 1958/59, por citar solo tres ejemplos, tenían una conciencia muy clara de cuáles eran sus interés.

La contracara que refuerza este planteo la encontramos en el propio “Che” Guevara quien sufrió en carne propia la necesaria precedencia de la masa con relación al líder. El fracasado intento guerrillero en Bolivia durante el año 1967 que le terminó costando la vida, se debió, precisamente, a una muy mala lectura política de la realidad boliviana: El “Che”

Guevara fue en busca de una masa que no existía. Por eso terminó asesinado por el ejército en una escuela de La Higuera el lunes 9 de octubre de 1967. Es harto evidente que el líder no pudo crear a la masa. En cambio, cuando Fidel Casto y sus compañeros, entre lo que estaba el propio Ernesto Guevara, llegaron a las costa cubana en el mítico barco Granma el 2 de diciembre de 1956, había un pueblo que los esperaba.

Pero volvamos al Mayo Francés. En las paredes de Paris aparecieron cientos grafitis escritos tales como: “*¡Viva la comunicación! "Las paredes tienen orejas. Vuestras orejas tienen paredes"* entre muchos más y el más famoso de todos “*La imaginación al poder*”, en una de las demostraciones de lucidez intelectual y de solidez de convicciones pocas veces vista en un movimiento popular.

Cabe preguntarse: ¿Se puede pensar que los estudiantes franceses que escribieron tales grafitis eran individuos contagiados de irracionalidad por el solo hecho de participar de la masa de estudiantes que hizo posible este fenómeno social? Se habrán contagiado el fervor y la pasión pero la originalidad y hasta la genialidad de los grafitis no tienen ninguna relación con lo irracional.

Pero volvamos al planteo del Dr. José María Ramos Mejía. Como primer punto importante es esencial saber quién era este intelectual argentino y desde qué lugar analizaba la problemática de las masas. Nacido en 1855 en una familia acomodada proveniente de la época colonial, se había formado ideológicamente dentro del unitarismo. Como profesional era médico especializado en patología nerviosa y adscribía fervientemente al positivismo como metodología científica y, en particular, dentro del enfoque que en Italia había desarrollado Cesare Lombroso. En cuanto al lugar social desde el cual hacía su análisis, es fácil colegir que Ramos Mejía analizaba la realidad de las muchedumbres desde la cúspide de la élite dominante en nuestro país y a la cual pertenecía.

Sin dudas una pregunta bien formulada puede decir mucho más que una larga teoría de difícil comprobación. Veamos: ¿Por qué le preocupaba tanto a la clase social a la que pertenecía Ramos Mejía la problemática de la masa? ¿Tal vez por la misma razón que a Gustave Le Bon? ¿Le preocupaba nada más porque estaba compuesto a su propio decir, “por elementos anónimos, de inteligencia vaga, sistema nervioso rudimentarios, pocos educados, que pensaban con el corazón y a veces con el estómago? ¿Por qué sería irracional que el proletario piense con el estómago mientras que es totalmente racional que el burgués razone con la billetera? ¿Tal vez porque a la billetera se le llama interés y eso es propio de los seres racionales tal como lo planteo el propio Adam Smith, entre otros? ¿O acaso atender las necesidades nutricionales de nuestro organismo no es también tener una actitud racional?

Hoy, que vivimos en la época de la Post Verdad, es realmente muy interesante analizar cómo se han ido estructurando los relatos para defender los intereses de una clase dominante. Curiosamente este neologismo (post verdad) fue creado por un periodista llamado David Roberts en los Estados Unidos en el año 2010.

Pero lo interesante es que plantea que la verdad es construida mediante una distorsión deliberada de la realidad con el fin de crear y modelar la opinión pública e influir en las actitudes sociales, y en la cual los hechos objetivos tienen menos

influencia que las apelaciones a las emociones y a las creencias. Si bien la definición es nueva, ello no quiere decir que no se haya usado desde siempre. De hecho hasta en el mito de la creación Eva tuvo que apelar a la post verdad para convencer al timorato Adam que comiera el fruto del árbol prohibido.

Aludir a la masa en términos tales como: “pensar con el estómago”, “inteligencia vaga”, “sistema nervioso rudimentario”, “pocos educados” que no piensan con la razón y, más aún, dicho por un médico importante de final del siglo XIX como fue el Dr. Ramos Mejía, no deja de reunir todas las condiciones para convertirse en una auténtica Post Verdad. No hay en la definición ningún hecho objetivo, ni verificable empíricamente desde la concepción positivista, a la que Ramos Mejía adhería fervientemente junto a sus congéneres de la llamada “Generación del 80”, que permita confirmar tal tesis. Se trata de calificativos que solo se pueden creer desde lo emotivo, no desde lo racional.

Por es muy interesante la conexión que el propio médico hace al concluir su libro cuando advierte que si no se reacciona a tiempo, esa masa bajo la conducción de los socialistas podría tomar el poder. Y no estaba muy equivocado pero hizo una mala lectura de la realidad desde lo político. Si bien él no lo va a poder ver porque falleció en el año 1909, unos años después en 1916 la élite dominante argentina se llevará una monumental sorpresa al tener que observar con perplejidad como la tan temida muchedumbre llegará efectivamente al poder, pero no de la mano del socialismo como creía Ramos Mejía con su mentalidad europeísta, sino que lo hará bajo el liderazgo de un ex comisario del barrio porteño de Balvanera llamado Hipólito Irigoyen y al frente del partido fundado por Leandro N. Alem, la Unión Cívica Radical.

Otro aspecto interesante del planteo de José María Ramos Mejía es que, pese a sus firmes convicciones elitistas, era sin dudas un hombre dotado de mucha inteligencia y no dejó de advertir, distanciándose de este modo con dos intelectuales de su propia época y clase social como eran Adolfo Salías y Ernesto Quesada, el papel que cumplieron las multitudes en las diferentes luchas por la independencia y, en particular, en el papel del personaje más controvertido de nuestra historia, me refiero a Juan Manuel de Rosas como líder de las masas federales y sobre el cual escribirá un extenso estudio titulado “Rosas y su tiempo”.

Por un lado va a afirmar sobre las masas el carácter ingenuo propio de los niños, la irracionalidad y el afeminamiento capaz de toda barbarie, pero a la vez, también le va a reconocer una capacidad de un heroísmo, aunque propia de los seres primitivos.

También va a hacer una crítica a su propia élite a la que acusará de no haber tenido durante la colonia un sentido republicano y nacional, reconociendo que fueron las masas las que tuvieron un protagonismo y una actitud compatible con un civismo y un patriotismo, totalmente ausente en su clase. ¿Y en que estaba la élite de la sociedad colonial en ese momento? La respuesta la deja entrever el propio Ramos Mejía: haciendo sus propios negocios.

Otro ejemplo muy claro que aborda Ramos Mejía fue la Reconquista de la ciudad de Buenos Aires durante las dos invasiones inglesas: dicha gesta fue obra de pueblo ya que clase alta estaba totalmente dispuesta a aceptar a los invasores.

Pero claro hay que entender porque Ramos Mejía se lamenta del nulo patriotismo de su clase en momentos claves de nuestra historia y esto tiene que ver con que nunca le vio a su clase la aspiración a asumirse como una clase legítimamente dirigente. De esta manera, el mérito de las luchas por la independencia se lo llevó la plebe, mientras la élite parecía estar más con el enemigo que con su patria.

No olvidemos que nuestro libertador y padre de la patria, el General José de San Martín que terminó sus días muy lejos de su tierra en un auto exilio tan forzado como indigno y vergonzoso para nuestra historia.

Y aquí vuelven a aparecer en forma espontáneas las preguntas de siempre: ¿Puede un individuo atrapado en la irracionalidad de la muchedumbre producir hechos de heroísmo compatible con un elevado sentimiento de patriotismo que lo lleve hasta, inclusive, la muerte? ¿Dónde se conjugan la irracionalidad que contagia las masas con una virtud excelsa del patriotismo y la entrega personal?

Ramos Mejía, le reconoce a Rosas capacidad de liderazgo y, más aún, siendo que el Restaurador no venía de la plebe sino, precisamente, de la clase alta. Pero para tratar comprender su planteo es necesario recordar que comienza su análisis de las multitudes desde un enfoque teórico al que titula “Biología de las multitudes”. Y allí caracteriza a la multitud desde la irracionalidad, vale decir: desde el puro instinto, la impulsividad, la emoción y el automatismo irreflexivo. Con lo cual se podría concluir que las multitudes argentina son para Ramos Mejía, puro inconsciente. Con lo que se da una especie de acomodación psíquica del individuo al conjunto que produce una sustitución de la racionalidad por la sugestión.

Solo en el primer capítulo se va a manejar dentro del campo psicológico, a partir del mismo el concepto de multitud se va a orientar hacia a una articulación claramente política. Y desde esta óptica, verá al sujeto que se constituye en el seno la multitud, no va a ser un sujeto determinado por categorías sociales, sino uno que lleva en sí una cierta indeterminabilidad constitutiva. Y lo ve como una característica propia de un hombre sugestionable. Pero va más allá al sostener que su propensión de formar parte de una multitud es prototípicamente propia de un “individuo humilde”, de “conciencia equívoca” y “poco inteligente”.

Ramos Mejía separa a la masa de la élite social desde la cual él analiza el tema, ya que no siente que su clase pueda caer en ese estado. Y algo de razón tenía pero creo que se equivocaba en el motivo; en realidad no se debía a que la capacidad reflexiva de la élite social sino a una cuestión mucho más práctica y, hasta podríamos decir matemática: su clase fue y será siempre una minoría y está totalmente imposibilitada para ser una multitud por lo tanto ningún miembro de esa élite tendría oportunidad de vivir una experiencia de masa.

Sin dudas Ramos Mejía encuadra a la multitud y su accionar, en términos equivalentes a fuerzas de la naturaleza, inclusive ve en ella ciertos rasgos de animalidad, por oposición a la racionalidad humana.

Al hablar de la “biología de las multitudes” el médico se refiere a la heterogeneidad de los elementos que constituyen a la multitud, dándole de ese modo un vínculo provisional. Dicho de otro modo, se trata de individuos

heterogéneos que se vinculan provisoriamente en una comunidad que tiene un impulso propio y que se lo contagia a sus integrantes.

Karl Marx y posteriormente el pensador francés George Bataille (1897-1962) sostendrán que la heterogeneidad no es la antítesis de la unificación política sino la condición misma de posibilidad de esa unificación. (Laclau, 2005: 183/4). El propio Ernesto Laclau (1935-2014) sostenía que es probable que “lo verdaderamente escándalo del lumpen proletariado en la teoría marxista radique en que representa a lo político en cuanto tal, debido a que el lumpen representa, no tanto a una clases social tal los términos marxistas, sino más como grupo susceptible de articulación política.”(Laclau, 2005:184)

Y aquí llegamos a un momento donde podemos ver como ese “hombre de la multitud” es para Ramos Mejía un ejemplo paradigmático de quien define su identidad a partir de la articulación política. Y define al “hombre de la multitud” como el “hombre carbono” en alusión a la similitud con el mineral, “porque en el orden político o social desempeña, por fuerza de afinidad, las funciones de aquel en la mecánica de los cuerpos orgánicos” (Ramos Mejía; 1952; 60).

Esta figura del hombre-carbono es para este autor la base esencial del lazo político dado que, este hombre ávido de asociación no está determinado por clivajes sociales precisos, sino que, como los minerales tiene una capacidad para combinarse con otros hombres, de la misma manera que lo hace el carbono con otros elementos minerales.

De esta manera al término “inconsciente” lo ubica Ramos Mejía en una categoría política, no social, de manera tal que le permitirá hacer una lectura de la historia, exhibiendo una variedad de actitudes de las multitudes, en unos casos positivas, como el caso de las multitudes de la emancipación y en otro negativas como en el caso de las multitudes de su época (por ejemplo las revoluciones de la Unión Cívica Radical en 1890, 1893 y 1905). Con lo cual tendríamos turbas buenas y turbas malas y cabría preguntar: ¿acaso la turbas buenas son racionales o ambas son irracionales pero lo que las hace buenas o malas es el objetivo?

Sin embargo, Ramos Mejías no lo vería, pero diez años después de su muerte durante la llamada “Semana Trágica” en enero de 1919, donde murieron cientos de obreros a manos de la policía, se constituiría la siniestra Liga Patriótica, formada por miembros de la clase alta que saldrían a cazar judíos por las calles de Buenos Aires parodiando lo que ocurriría el 9 de noviembre de 1938 en la Alemania Nazi con la llama “La noche de los cristales rotos” ¿Qué hubiera dicho sobre la racionalidad de estos grupos este ilustre pensador de la alta sociedad?

Para Ramos Mejías el germen de esa multitud incipiente, es el individuo aislado que se organiza en grupo primario y luego muda a una turba de carácter amorfo, Y ve en ese “hombre de la multitud” en un estado primitivo como una especie de encarnación de una especie de brujo, adivino, embaucador, fraile apóstata y libre-pensador. Y allí, en ese “hombre de la multitud” u “Hombre carbono” está el origen o la unidad elemental del fenómeno de las masas.

Como vemos Ramos Mejía concibe al germen de la multitud entre lo místico y lo político, anclado sobre figuras como las mencionadas en el párrafo anterior que poco tienen que ver con vínculos sociales fuertes (p.e. el brujo), pero que

se relacionan con lo involuntario o lo inconsciente. En definitiva, plantea la confirmación de la multitud a partir del individuo aislado, sin función social.

Habría un encadenamiento que se sucede a partir del individuo aislado hacia la turba incipiente, para finalmente convertirse en multitud inconsciente. Vale decir, la plantea como una génesis que es a la vez histórica y estructural. Y rastreando la historia encuentra como primer grupo primario al Cabildo. Sosteniendo que “solo el sentimiento del interés lo inspira, del interés material que estaba muy lejos del interés social, en el sentido elevado del concepto” (Ramos Mejía; 1952; 92).

Como vemos Ramos Mejías no hace una lectura social, en términos de clivajes sociales sino que hace una lectura en términos de política ya que el vínculo siempre es pensado en términos políticos, aun en el caso la multitud incipiente. Y verán un claro ejemplo de ellos en las primeras multitudes que repelieron al ejército inglés durante las invasiones en 1806 y 1807 las que, sin preparación militar lucharon solo con pasión y lo que tenían a mano y lo llevarán a decir que “El ejército inglés cayó, pues, vencido a los pies de esa multitud que se ignoraba a sí misma”.

Es llamativa la afirmación “que se ignoraba a sí misma” Sin dudas Ramos Mejías se refería a la falta de conciencia de grupo. La realidad fue que la gente salió a defender su tierra, su familia y su libertad. Prueba de ellos fue que, tres años después, esa misma multitud terminaría echando al Virrey Cisneros el 25 de mayo de 1810 cortando definitivamente el yugo con el reino de España. Sostener que esa multitud, incipiente o no, se haya o no ignorado a sí misma, que carecía de convicciones y de sentido de sí misma, nos llevaría a caer un absurdo para poder explicar ese tramo clave de nuestra historia: ¿Puede un grupo de vecinos sin armas vencer al mejor ejército del mundo en ese momento solo con entusiasmo? ¿O se puede pensar que el virrey Cisneros se asustó de un grupo de vecinos desconformes y se fue por su propia voluntad cansado de vegetar en una Buenos Aires aburrida y sumamente húmeda?

Podríamos seguir mostrando las contradicciones en el relato de la clase dominante en relación a las multitudes, pero hay algo que toda lectura de la historia tiene como característica saliente y que el filósofo argentino Oscar Terán (1938-2008) sintetiza acertadamente cuando sostiene que la historia siempre se interpreta desde las necesidades actuales. Y a fines de del siglo XIX y comienzos del XX, la élite dominante estaba en clara decadencia, muy preocupada y hasta embargada por el miedo a esas multitudes que no tardarían en acceder al poder.

También los preocupaban los inmigrantes que llegan por al puerto de Buenos Aires en forma incesante todos los días. Por otro lado, estaban los que buscan ascender socialmente y donde se ubicaban los llamados “guarangos” y los nuevos ricos. La actitud de aparentar lo que no se es va a ser en esa época todo un tema de muchísima actualidad y preocupación para la élite social dominante. Y será abordado más tarde por el filósofo español José Ortega y Gasset, quien en un escrito titulado “El hombre a la defensiva” en septiembre de 1929 definió al guarango como aquel que no se contenta con defender lo que él aparenta ser, sino que agrede a quien no se lo reconoce. Toda una definición sociológica de lo que pasaba en la sociedad.

También lo abordaría Arturo Jauretche en su libro “El medio pelo en la sociedad Argentina” aparecido en 1966 desde una visión muy rica en experiencias de vida y de compromiso político en el campo nacional y popular de más de seis décadas.

Pero volvamos al planteo original que motiva este trabajo a fin elucidar si ese sujeto que participa de las multitudes es cooptado o no por un espíritu colectivo que lo lleva hacia una conducta irracional.

Por un lado tenemos al fundador del psicoanálisis Sigmund Freud (1856-1919) quien en su escrito “Psicología de las masas y análisis del Yo” del año 1920, sostenía en relación a la conciencia de masas: “hemos de objetar, que nos resulta difícil atribuir al factor numérico importancia suficiente para provocar por sí solo en el alma humana, el despertar de un nuevo instinto, inactivo en toda otra ocasión. Nuestra atención queda, de este modo, orientada hacia dos distintas posibilidades; a saber, que el instinto social no es un instinto primario e irreductible, y que los comienzos de su formación pueden ser hallados en círculos más limitados, por ejemplo, el de la familia.”

Sin dudas que Freud aludía a que el sujeto de por sí está atravesado por su inconsciente y poco o nada tiene de la racionalidad de la que hablaban los griegos y del modelo de sujeto cartesiano de la modernidad que lo definía como un ser racional, libre y autónomo.

Y aquí vuelven a surgir los interrogantes tales como ¿Por qué determinados hechos históricos protagonizados por multitudes fueron racionales y otros no?

Evidentemente dentro del razonamiento de Le Bon y en particular en Ramos Mejía, en las multitudes, según el objetivo que tengan campea la racionalidad o la irracionalidad.

Veamos el enfoque del filósofo español José Ortega y Gasset (1883-1955) en su libro “La rebelión de las masas” aparecido en el año 1929.

Sostiene que desde el siglo XIX los cambios históricos, científicos y tecnológicos se producen con notable rapidez alterando y acelerando el ritmo de la vida como nunca había ocurrido antes. Sin embargo, advierte que la vida individual y colectiva no ha evolucionado en sintonía con dicho avance. Y él ve que el hombre masa surge como resultado de ese desnivel entre el progreso de la época y el de los hombres. (Sánchez Villaseñor, 2007)

Para Ortega y Gasset la masa no es exclusivamente obrera como lo ve el marxismo, sino que ve un problema mucho más amplio y profundo, ya que el concepto de masa, no es meramente cuantitativo sino cualitativo.

El hombre masa, para este filósofo, no está al mismo nivel de sí mismo, sino a mitad de camino entre el ignorante y el sabio, ya que cree saber y no sabe y no sabe lo que debería saber. Para este pensador la época moderna es el peor enemigo que tiene el hombre actual porque es un tiempo de mucha retórica y por consecuencia de mucha confusión. Y agrega que, cuando desapareció el poder espiritual de la iglesia, hubiera sido necesario que surgiera una culturalización de la sociedad con el fundamento de una ética, a fin de brindarle al hombre una ideal moral para vivir.

En cambio ocurrió algo peor, durante el siglo XX el ese poder espiritual fue reemplazarlo por un poder material canalizándolo hacia la política, con lo cual terminó habiendo muy poca diferencia entre el fanatismo religioso y el fanatismo político.

Es interesante el planteo de Ortega y Gasset ya que culpa al capitalismo de desmoralizar a la humanidad, por eso le vía mucho más sentido a la teoría de Marx, pero no así al marxismo como ideología. En cuanto al socialismo, lo ve como un auxiliar del capitalismo y al marxismo lo considera como la misma cosa que el capitalismo, debido a que ambos están tan en extremos opuestos que terminan juntándose.

Veamos por último el pensamiento del filósofo y psicoanalista griego de alma pero nacido en Estambul (Turquía) me refiero a Cornelius Castoriadis (1922-1997). A este pensador lo preocupó, desde el principio, tener bien en claro cómo es el hombre en cuanto a su psicología. Y a manos de su profusa bibliografía podemos encontrarnos con definiciones tales como que:

El hombre es un ser a funcional desde el momento en que no puede hacer pie en su propia especie, como sí lo hacen los animales. Es que el hombre en algún momento de su evolución como especie al incorporar el lenguaje perdió el instinto. Por lo tanto, mientras los animales saben todo lo que tienen que saber para vivir (que comer, que no comer, quien es su enemigo, etc.). El hombre no tiene nada definido (Castoriadis, 1998)

Desde este punto de vista el animal es determinado, en cambio el hombre está determinado en parte pero en gran parte está indeterminado. En sus propias palabras, el ser humano es un ser “hecho y por hacer”. (Castoriadis, 1998)

Siguiendo con este razonamiento el ser humano es producto, a juicio de Castoriadis, de un “monstruoso accidente de la evolución biológica”.

El ser humano, tal como lo definió Sigmund Freud, es un sujeto pulsional. Esto hace que, por ejemplo, mientras el animal come solo para alimentarse, el hombre come por simple gusto. Ello implica en lo práctico que el animal sea mucho más previsible y racional que el ser humano, lo cual es un planteo altamente subversivo para la tradición filosófica occidental que concibe al hombre como un animal racional. Castoriadis ve a la naturaleza humano como una verdadera locura.

Los mismos griegos de la antigüedad, sostiene Castoriadis, estaban muy preocupados por el abismo que notaban en el hombre y lo veían, entre otras cosas en la Hubrys, vale decir en la desmesura en la que el hombre es tan propenso a caer y desde la cual puede hacer cualquier disparate.

Por último, el hombre se caracteriza esencialmente por disponer de una imaginación creativa y una imaginación evocativa, siendo la más importante la primera. Y a la cual la ve como el fundamento esencial de la razón. No a la inversa.

Como conclusión a este ensayo debo decir lo siguiente:

Que el ser humano, esté solo o en una multitud, es por esencia imprevisible y con una alta cuota de irracionalidad. Nada garantiza que actúe a conciencia ya que está atravesado por una instancia de su aparato psíquico sobre la cual no tiene ningún dominio, pero que influye activamente en su conducta, como es el inconsciente.

El gran pecado de Freud con su teoría del inconsciente y de las pulsiones: fue haber destruido el modelo de hombre concebido por la modernidad: racional, libre y responsable. Fue y sigue siendo muy criticado, aunque nadie se animó a rebatirlo con argumentos sólidos, dado que muy pocos de sus detractores llegaron a entenderlo y, mucho menos llegaron a entender la psiquis humana.

Por lo tanto, hablar de racionalidad o irracionalidad en el ser humano es entrar en un terreno muy resbaladizo. Y sobre todo cuando el enfoque no es psicológico sino político, como en el caso del Dr. José María Ramos Mejía, y peor aún en el caso del psiquiatra francés Gustave Le Bon que lo hace desde un racismo y desde una misoginia realmente alarmante.

Por otro lado, la racionalidad no es una cualidad del pensar sino una forma de pensamiento que nada tiene que ver con lo ético, ni mucho menos con lo moral a nivel de conducta concreta. Tiene que ver con un pensamiento lineal, basado en la lógica y por ende en lo matemático que sin dudas es útil e imprescindible para desarrollar el pensamiento científico.

Así como la Teoría de la Relatividad es hija de la racionalidad, también lo fue el diseño de la bomba atómica arrojada sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki por parte de los EEUU asesinando a más de doscientas mil personas civiles.

El individuo no hace nada diferente a lo que haría en soledad. En todo caso el efecto de la multitud potencia lo bueno o lo malo que hay en cada individuo. Siempre suelen ser muy pocos los que hacen desmanes o cosas impropias, no es la generalidad.

La multitud no contagia a un individuo lo que no tiene, sino que potencia lo que sí tiene para bien o para mal.

Si proferir canticos en una marcha y cortar la circulación de una calle en una manifestación en reclamo de algún derecho es violencia, habría que analizar si no es violencia, también, las políticas de un gobierno que destruyan la educación y la salud pública o el poder adquisitivo de los salarios.

El General Juan Domingo Perón solía decir al respecto, que la violencia de los de abajo es consecuencia de la violencia de los de arriba. Mucho se habla de la violencia de los años 70, y uno puede tomar la posición que quiera, pero hay algo que espero alguna vez alguien analice seriamente ya que los grupos armados tales como Montoneros no salieron de los barrios de trabajadores del Barrio Norte: ¿Qué pasó con los hijos de la alta clase argentina, aquella a la que Ramos Mejía se jactaba pertenecer y que estaba seguro nunca podían caer en la irracionalidad de las masas, que un día se dieron cuenta que en la sociedad argentina reinaba una injusticia social intolerable y decidieron tomar las armas y salir a la calle a combatir a sus propia clase social?

Dijo Mark Twain: “El hombre es la criatura que hizo Dios al término de una semana de trabajo, cuando ya estaba cansado”. Probablemente por eso le quedó sin terminar, como bien sostenía Castoriadis cuando lo calificaba como hecho y por hacer.

Bibliografía

Castoriadis, Cornelius: Hecho y por hacer. (1998), Ed. Eudeba, Buenos Aires.

Hernández Sampieri, Roberto y otros, Metodología de la investigación (2010) Ed. Mac Graw Hill, México.

Laclau, Ernesto; (2000) Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.

Ramos Mejía, José María; (1952) Las multitudes argentinas, Ed. G. Kraft, Bs. As.

Sánchez Villaseñor, José: Pensamiento y trayectoria de José Ortega y Gasset (2007) Ed. Universitaria Iberoamericana. México.

Terán, Oscar; (2000) Historia de las ideas en la Argentina. Ed. Siglo XXI, Bs. As.

.....

AUTOR:

Carlos Carnelutto

Rosario – Provincia de Santa Fe – República Argentina.

Contador Público. Universidad Nacional de Rosario.

Docente de tres materias (Organización de Empresa, Administración de Empresas, y Seminario de Investigación).

PREMIO LIMA CLARA
INTERNACIONAL —2019—
ENSAYO

A Erica Berta Prunello

Por su obra: 59: PROYECTO EDUCATIVO
Un hilo de Ariadna para acometer la investigación científica

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**— Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

59: PROYECTO EDUCATIVO:

Un hilo de Ariadna para acometer la investigación científica

Partamos de la base que proyectar acciones sistemáticas y fundamentadas significa en primer término contar con un objeto definido y luego plantearse metas claras y factibles. En este sentido, surge como una intervención grupal o personal buscando resolver un problema de conocimiento referido a la mejora, o a la corrección, o a la instrumentación de acciones novedosas, ante una necesidad personal o grupal.

El presente proyecto educativo tiene como finalidad no sólo escoger una meta, sino además servir como brújula, un hilo conductor de modo tal que evite el riesgo de perderse entre conflictos, invasiones, retrocesos y avanzadas que surgen entre lo educativo como práctica social y campos y disciplinas anexos.

El caos descrito posiblemente obedezca a la diversidad de concepciones de la denominación tanto de la ciencia como de su objeto de estudio: el sujeto social en condiciones de aprendizaje

Debido a la profusión de “marcos teóricos” de la pedagogía, el primer aspecto a abordarse debería ser el relativo al papel de la teoría en el campo de la pedagogía.

Por ello debe tenerse siempre presente que además de los problemas de la esta disciplina con sus propios atributos y cuerpo de conocimientos, se derivan nuevos problemas como son: la endeble construcción conceptual, la ambigüedad en cuanto al objeto de estudio y, desde luego, sus posibles vinculaciones con otras asignaturas sociales y humanísticas.

Debido a que, paradójicamente, lo educativo y lo pedagógico se nos presenten sin la fortaleza de un conjunto coherente, sistemático y verificable de categorías propias, propicias a su propio objeto de estudio, se impone apropiarse de paradigmas en la investigación educativa.

Tener presente siempre la necesidad de la construcción de un modelo pedagógico y por ello introducimos sin más “ teoría del campo delimitada “ como la categoría modelo que se propone aquí respecto a estructura, sistema y totalidad.

Para ello, el proyecto emplea indicadores que miden el nivel de *acoso* y *ciberacoso* en las aulas a través del comportamiento de los propios alumnos, permitiendo a todos los implicados (estudiantes, docentes, centro, padres y madres) percibir posibles situaciones conflictivas. Pero no se queda en ello, sino que pretende dotarles de las herramientas y los mecanismos para actuar frente a ellas, como pudieran ser a manera ejemplificativa a través de simulaciones, juegos, encuestas online anónimas o un buzón virtual donde remitir las denuncias.

Una solución ya fue intentada como paliativo por ilustres educadores que nos precedieron en enfrentar la problemática y consiste en elaborar un proyecto colaborativo dedicado a la recopilación de tutoriales para “aprender y compartir” creados por alumnos de cualquier nivel.

Para ello, resulta imprescindible en primer término, mejorar la motivación de los alumnos mediante la unión de aprendizaje y nuevas tecnologías.

Sirva como ejemplo que en el presente caso la misma sería, cuanto menos, obtener una formación específica en el campo de la programación informática. Es decir, cuando se habla de la crisis de lo educativo y lo pedagógico se insiste en condiciones previas, implicaciones y consecuencias de tener claro un punto de partida desde dónde inicio la proyección de un proceso educativo que procura lograr un mejoramiento de la problemática de conocimiento que nos motiva a investigar e intervenir.

Si nos perdemos de nuestro norte (“desarrollar aplicaciones que contribuyan a la mejora de la sociedad y solucionen problemas cotidianos de las personas”) no habremos cultivado las soluciones aparentes a la problemática sobreviniente.

Por lo que resulta imperativo plantearnos si existe una gran brecha en cuanto al nivel educativo del sector público y privado. Y esto por cuanto tal realidad, en caso de existir, provocaría que gran parte de los estudiantes con pocos recursos no supere las pruebas de acceso para los estudios universitarios, por ejemplo.

Llegados a este punto, se impone pensar si el sistema educativo en cuestión impone una necesidad de contar sí o sí con una red de trabajadores sociales y docentes-mentores, encargados de guiar al alumno. Dicho en otras palabras, si el mismo necesita ser derivado a un profesor equipo de apoyo académico.

Es así que itinerarios personalizados para el desarrollo profesional de los docentes deberían introducirse en forma de desafíos en forma de cursos online según sus intereses y necesidades.

De esta forma, el docente tendría grandes posibilidades de desarrollar sus propias competencias y habilidades para mejorar en su profesión y resolver situaciones prácticas de manera efectiva, tales como: una guía, plantillas y propuestas de dinámicas para trabajar en el aula, además de recursos para la orientación académica, enlaces, etc.

Valga como ejemplo, contribuir con la exposición de los pasos a seguir para abrir un centro de formación “on line” para personas que no disponen de la titulación del Graduado escolar, un centro para preparar personas adultas que no puedan contar con tiempo ni dinero y necesitan acceder a dicha titulación a través de las pruebas libres que proporcionan las distintas provincias o áreas administrativas escolares.

. Será una plataforma con clases grabadas y on-line de las distintas asignaturas requeridas dentro de las competencias de educación para adultos a nivel nacional. En dicha plataforma tendrían todo el material en formato PDF, o el que corresponda según las necesidades de cada archivo, donde podrían descargar las materias, acceder a las clases y tener un apartado para las dudas.

Acometer semejante propuesta significa en primer término tener claro un punto de partida desde dónde inicio la proyección de un proceso educativo que procure lograr un mejoramiento de la problemática de conocimiento que nos motiva a investigar e intervenir.

Lo cual trae aparejado el mejorar la motivación de los alumnos mediante la unión de aprendizaje y nuevas tecnologías,

Contenido

Una vez realizada la fundamentación y diagnóstico del proyecto estamos en condiciones de ejecutar la planificación del proyecto, entendiendo por ello el proceso que determina la dirección hacia donde ir y los requisitos necesarios para ponerlo en práctica.

Resultaría así que los objetivos de un proyecto serían los logros que queremos alcanzar con la ejecución de una acción planificada

Para planificar el presente proyecto educativo, nos planteamos los siguientes interrogantes:

¿QUE HACER?: De allí devino la Propuesta que reiteramos es abordar el papel de la teoría en el campo de la pedagogía.

¿PARA QUÉ? : planteamiento del contexto y del problema. Esto es instalarlo como brújula frente a la diversidad de concepciones referidas a la denominación tanto de la ciencia como de su objeto de estudio: el sujeto social en condiciones de aprendizaje de modo tal que evite el riesgo de perderse entre la multitud de conflictos, invasiones, retrocesos y avanzadas suscitados.

El caos descrito posiblemente obedezca a la diversidad de concepciones de la denominación tanto de la ciencia como de su objeto de estudio: el sujeto social en condiciones de aprendizaje

¿A QUIENES?: personas implicadas como destinatarios.

¿CON QUIENES?: personas implicadas como responsables.

¿DÓNDE? : lugares y espacios en donde se realizan las actividades.

¿CUANDO? : cuadro temporal en el que se realizará

¿CUANTO? : Etapas previstas y cantidad de actividades específicas a llevar a cabo.

¿CÓMO? : técnicas a usar.

¿CON QUÉ? : medios e instrumentos con los que contamos.

EVALUACION: Monitoreo - Evaluación Parcial - Evaluación Final

Objetivos generales y específicos:

Los objetivos de un proyecto son los logros que queremos alcanzar con la ejecución de una acción planificada.

Los objetivos surgen del diagnóstico de las necesidades realizado en el análisis de la realidad.

Los objetivos generales serían conocer, comprender, analizar, evaluar, etc., pero es evidente que estos verbos admiten varias interpretaciones y no son directamente observables.

En cada proyecto, se enuncian las metas a alcanzar, enunciándolas de modo claro, y preciso. Se aconseja abordar uno o dos objetivos generales, para no sobredimensionar el proyecto de intervención en una proporción inalcanzable o de dudoso alcance. Lo mismo se sugiere para los objetivos específicos.

Los objetivos en un proyecto constituyen el punto central de referencia, son los que conforman su naturaleza y le dan coherencia al plan de acción. Por ello, es muy importante que los objetivos sean:

Claros: Formulados en un lenguaje comprensible y preciso, fáciles de identificar.

Factibles: Posibles de alcanzar con los recursos disponibles, con la metodología adoptada y dentro de los plazos previstos.

Pertinentes: Tienen una relación lógica con el tipo de problema que pretende solucionar.

Resulta útil aclarar que por objetivos entendemos que son los propósitos o metas que conforman el marco de referencia del proyecto. Por su formulación pueden admitir varias interpretaciones y no hacen referencia a conductas concretas.

Los objetivos específicos:

Son especificaciones más concretas y pormenorizadas de los objetivos generales. Identifican de forma más clara y precisa lo que se pretende alcanzar con el proyecto.

Estos objetivos restringen el significado de los generales. Sólo admiten una interpretación, facilitan la mejor estructuración del proyecto social y pueden desglosarse para su análisis.

Para formular objetivos específicos es necesario utilizar verbos de acción, tales como: diseñar, enumerar, resolver, clasificar, calcular, comprobar, repetir, ordenar, diferenciar, juzgar críticamente, comparar, decidir, etc.

Decir finalmente, que es conveniente que todo el equipo que va a llevar a cabo el proyecto participe en la elaboración de los mismos, se debatan y se llegue a un consenso, comprometiéndose todos los miembros a asumirlos.

Método: El método hace referencia al camino que se va a recorrer para alcanzar un fin propuesto (los objetivos).

Metodología: Proporciona las herramientas y las técnicas mediante las cuales intentaremos transformar la realidad con el fin de mejorarla.

La metodología constituye el eje central de un proyecto. Es conveniente evaluarla en función de los objetivos y de los beneficiarios del proyecto.

Para el proceso metodológico es conveniente tener en cuenta:

I- Las actividades a desarrollar en el proyecto. Se especifican las acciones a realizar así como la planificación de actividades variadas para alcanzar los objetivos del proyecto.

II_ Especificar las técnicas e instrumentos que se van a usar para la obtención posterior de los datos. Para ello es necesario saber previamente qué datos necesitamos y qué herramientas vamos a utilizar para obtener los datos (observación simple, participante, sistemática; encuestas, entrevistas, cuestionarios, escalas de observación, etc.).

III_ Definir el grupo con el que vamos a trabajar. Es decir, a qué personas se dirige el proyecto y qué características tienen. Conviene elaborar una descripción de la población objeto de estudio (edad, sexo, formación, clase social, etc.).

IV_ Identificar la muestra con la que se va a realizar el proyecto. Normalmente no podemos trabajar con toda la población por lo que nos vemos obligados a seleccionar a un grupo de sujetos que reúnan determinadas condiciones. A estos sujetos extraídos de la población con los que se llevará a cabo el proyecto le llamamos en lenguaje técnico muestra.

Lo importante de la muestra es su validez, lo que no depende de su tamaño o amplitud, sino de su representatividad, esto es, que represente a la población que se desea estudiar. Refleja fielmente los rasgos y características que aparecen en el grupo, en la población, en la proporción lo más aproximadamente posible.

Esto se consigue con el *muestreo*.

El tamaño de la muestra hace referencia a la generalización de los resultados.

V_ Recolección de datos

Se debe reflexionar sobre los datos que interesan para asegurar que el proyecto responda a las necesidades detectadas. Especifica en forma clara cuándo y cómo se va a llevar a cabo la recolección de datos (etapa, momento, etc.)

VI_ Análisis de datos

Obtenidos los datos, se instrumentan modos y técnicas de análisis, comprobaciones prácticas (operacionalización)

VII_ Etapas

Hacemos referencia con ello a lo temporal.

Corresponden a las diversas acciones desde el inicio del proyecto hasta el final del mismo. Tiene como finalidad la de establecer las etapas del proyecto e indicar en qué fechas han de llevarse a cabo las actividades.

Las etapas se encadenan en secuencias sucesivas y coordinadas que se articulan entre sí. Se determina la duración de cada etapa y definir la secuencia de las mismas en el proyecto.

VIII_ Recursos

Para realizar un proyecto es necesario contar con unos recursos que posibiliten que el proyecto se lleve a cabo. Los recursos a prever son los humanos (con quién hacer), materiales y financieros (con qué hacer).

IX_ Recursos humanos

Identificar a las personas que participarán para llevar a cabo el proyecto y cada una de sus actividades. Definir y distribuir las distintas funciones y tareas.

Identificar las distintas actividades y las personas responsables de su realización, así como la capacitación de las personas, la experiencia y el tiempo que podrán dedicar al proyecto.

X_ Recursos materiales

Se debe hacer una enumeración lo más detallada posible de los recursos materiales que deberán ser utilizados en las tareas del proyecto. Por ello, hay que tener presente:

XI_ Las instalaciones necesarias

Material fungible, de índole diversa, que es necesario para diseñar las actividades.

Instrumentos, materiales, herramientas, etc.

Material audiovisual, de transporte, deportivo, cultural, etc.

XII Recursos financieros

_ Tener previsto los gastos de desarrollo, calculando posible. Elaborar un presupuesto realista que cubra los gastos materiales, de reuniones, de transporte, de locales, de equipos, de sueldos, etc.

La financiación permite enunciar cómo serán previstos los gastos y qué institución, organización, o actividad/es va/n a financiar el proyecto.

XIII Impacto estimado

Proyectar un resultado estimado, apoyándolo en los Indicadores iniciales y en el resultado de las conclusiones, surgidas del procesamiento de datos obtenidos (entrevistas, encuestas, observaciones, etc.) y el marco de teoría (ya aportados en la fundamentación).

Si entendemos por proyecto conjunto de planes, ideas y acciones que deben desarrollarse de forma coordinada para alcanzar una meta, resta definir lo Científico, como un adjetivo que menciona lo vinculado a la ciencia (la agrupación de métodos, procedimientos y técnicas para generar conocimientos objetivos).

Cuando un especialista en una determinada ciencia planea desarrollar una investigación, genera un proyecto científico.

Los proyectos científicos se desarrollan a partir de la aplicación del método científico, que señala los pasos a seguir para producir conocimientos de tipo científico. El experto debe identificar un problema (en nuestro ejemplo anterior, la contaminación que producen los vehículos tradicionales), proponer una solución (la creación de un nuevo vehículo que no contamine), comprobar la validez de su propuesta (si el vehículo que ideó funciona, no contamina, es seguro, etc) y presentar sus conclusiones.

Serían, así, los pasos necesarios que deben realizar para acometer esos trabajos o investigaciones:

- 1-Definición de un problema en cuestión.
- 2-Elaboración de la información que se conoce al respecto de este planteamiento.
- 3-Creación de hipótesis.
- 4-Establecimiento de aspectos que se desconocen sobre el asunto.
- 5-Búsqueda y recopilación de información de utilidad, así como análisis exhaustivo de la misma.
- 6-Diseño del trabajo experimental que dé la oportunidad de confirmar o refutar las hipótesis establecidas.
- 7-Realización del citado trabajo.
- 8-Análisis de todos los resultados obtenidos así como de las observaciones que se han podido tener.
- 9-Elaboración de las conclusiones y redacción del informe pertinente.

En resumen, La investigación científica se la toma de la siguiente manera:

Primero es imprescindible el planteo del problema. A ello debe sumarse el reconocimiento de los hechos (Descubrimiento del problema). Luego debe acometerse la formulación del problema. Lo cual conlleva la construcción de un modelo teórico. Le siguen sucesivamente: la selección de los factores pertinentes, de modo de lograr la invención de las hipótesis centrales y proceder luego a la traducción matemática de tal(es) hipótesis.

Tiene lugar luego la deducción de consecuencias particulares y acto seguido la búsqueda de soportes racionales y la recolección de soportes empíricos. De inmediato, se impone la prueba de las hipótesis, comenzando con el diseño de la prueba y siguiendo con su ejecución, de modo de elaborar los datos que permitan inferir tal conclusión. Finalmente, comparar de las conclusiones con las predicciones y, si es necesario, proceder al reajuste del modelo. Es propio de todo científico no escamotear el planteamiento sugerencias acerca del trabajo ulterior.

No debe perderse de vista la extensibilidad del método científico toda vez que éste puede extenderse ilimitadamente ya que este no tiene límites en sus conocimientos, por ejemplo: la física con nuestra tecnología actual puede extenderse a campo universal tratando temas como la gravedad a la velocidad de la luz, por citar uno de los más notorios. Juan Pardinás en su proficua actividad de conferencista introducida en la web nos dice que la investigación pura "tiene como objeto el estudio de un problema destinado exclusivamente al progreso o a la simple búsqueda del conocimiento".

En conclusión: baste resaltar la importancia que tiene la investigación como método riguroso en el cual se obtiene una serie de objetivos antes propuestos y de manera muy técnica, y la investigación es la que tiene por fin ampliar el conocimiento científico merced al itinerario para cumplir con dichas metas.

Bibliografía

- Ander Egg, Ezequiel. La Animación Sociocultural. Ed. Morata, 2000.
- Ball, S. J (1989): "La micropolítica de la escuela... teoría de la organización escolar" Paidós. M.E.C.:Barcelona.
- Chaves, Patricio. Metodología para la formulación y evaluación de Proyectos. Cinterplan, Caracas, 1993.
- Crozier y Friedberg.(1977) "El actor y el sistema, las restricciones de la acción colectiva "Edición du Seuil:París.
- Frigerio, G y Poggi, M (1996) "Las instituciones educativas. Cara y Ceca. Ed.Troquel. Sexta ed.
- Ministerio de Cultura y Educación.(1998). Curso para Supervisores y Directores de Instituciones Educativas Documento N: 3: Buenos Aires.
- Rossi, M; Grinberg, M. (1999) Proyecto Educativo Institucional. Acuerdos para hacer escuelas. Ed. Magisterio Río de la Plata. Buenos Aires.
- Elliot, J. "El cambio educativo desde la investigación acción", Ed Morata, 1993.
- Sabino, Carlos. "Metodología de la Investigación" (Operacionalización), 1995.
- Construcción Proyecto Educativo Institucional: Orlanda Señoriño, y Silvia Vilanova, Mar del Plata.

AUTORA

Erica Berta Prunello

Licenciada en Derecho. UBA. Santa Fe, Argentina.

PREMIO LIMA CLARA
INTERNACIONAL —2019—
ENSAYO

A Esperanza Cabarcos

**Por su obra:
Sobre el dar y el recibir**

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Mg. Jaime Andrés Wilches Tinjacá -Bogotá - Colombia

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

Sobre el dar y el recibir

Una de las actitudes que más me llama la atención en el transitar espacios educativos no formales o centros de contención de niñas y niños, preadolescentes, adolescentes e incluso de adultos, es el desequilibrio entre el dar y el recibir.

En general crecemos estructurándonos con la idea de que hay algunos que tenemos algo para dar, y que hay unos otros que necesitan recibir, frases como “comé, que hay niños que no tienen ni para comer” (o sus variantes acerca de gente que no tiene juguetes, o techo, o ropa, o trabajo) parecieran estructurar nuestro pensamiento en la convicción de que lo que tenemos es un privilegio (y de seguro que es bien cierto) pero también de que existen unos “otros” que son “pobres” a los que eso les está vedado. La carencia que vemos es mucho más profunda y compleja, pero la simplificamos para nuestra tranquilidad: lo que le falta al otro yo puedo generarlo con mi propio “tener” y por lo tanto equilibrar la balanza de la inequidad es cosa simple y llana “si todos hiciesen como yo”.

El querer ayudar al otro es un valor exaltado, y rayano a veces con eso que hoy damos en llamar meritocracia; en ese contexto el *querer ayudar* viene casi interconectado con el *dar*. Se da ropa, juguetes, comida, abrigo, dinero, todo aquello que nos enseñaron a observar como carencia en los demás. Y, además de eso, se da cada una de esas cosas de un modo también muy particular, que es “enseñando con el ejemplo” otra de esas frases hechas que de algún modo desligan al que da de la responsabilidad por aquello que da y el efecto que genera en el que recibe.

Dar desinteresadamente es un modo de dar, y desde el punto de vista de las religiones judeocristianas es como debe ser (haz el bien sin mirar a quién), si no me interesa qué sucede con lo que doy, entonces sólo doy en un gesto para mí mismo, le estoy dando a mi deidad o me estoy dando a mí, y en definitiva eso está bien o por lo menos religiosamente bien. El dar como hecho personal es de una entrega y un desapego que nos hacen posicionarnos de un modo socialmente aceptable, y hasta solemos decir que alguien es “buena gente” cuando tiene ese tipo de conductas.

No veo problema alguno en el acto de dar en sí, sólo veo inconvenientes en lo que generamos en otra persona que es el que recibe.

Recibir no es un acto gratuito ni fortuito, del otro lado del dar desinteresadamente está el recibir: se reciben juguetes, ropa, comida, abrigo, dinero, se reciben medicamentos, cuidados, dedicación. Se recibe pasivamente desde la desigualdad, se recibe sin dar nada a cambio, y acá es donde a mí me suena un poco desequilibrado todo lo que sucede. Hay gente que siente también ese desequilibrio y lo plantea de un modo casi matemático “si reciben que den algo a cambio” a mí ese razonamiento me huele un poco simplista también. Pero la realidad es que cuando estamos dando, cuando “los que sí tenemos” (estudios profesionales, habilidades o cosas materiales) ofrecemos lo nuestro a “los que no tienen” posicionamos al otro en la carencia.

La carencia social es un nicho socialmente ocupado por un tipo de gente, la gente que ha nacido del lado de la balanza del recibir, y que no se le ha mostrado que tiene algo para dar. Y creo que ese es el gran punto de inflexión, no creo que sea la solución “que den algo a cambio” lo que sí creo que es necesario es ser conscientes de que si reciben no es porque no tienen nada para dar, sino porque humanamente hay gente que necesita dar eso que tiene, y que no es sentados esperando recibir donde está el final de la acción, sino en la búsqueda dentro de cada uno de qué es lo que tenemos todos para dar.

Es difícil, por no decir cíclopea la tarea de convencer a alguien que está acostumbrado a recibir, que sí tiene algo para dar, pero más difícil es convencer al que da que sí tiene algo por recibir de aquél al que está auxiliando de algún modo.

El dar debiese ser un acto público y plural, no un servicio singular. Yo (en nombre de los que dan) puedo conseguir la heladera, las jarras y los vasos, pero no es necesario que también los llene y los sirva y los lave y los guarde en su lugar, hay necesariamente otro grupo humano, el que recibe, que debería apropiarse de y transformarlo en la satisfacción de su necesidad en el tiempo y forma deseado y con total libertad.

De todas formas creo que es parte de un planteo mucho más global y que tiene que ver con eso que llamamos patriarcado (tema en el que no voy a introducirme en profundidad en este momento) y la instauración de la desigualdad como modo de sujeción del poder. Los que damos nos instalamos en un modo patriarcal y desigual de vivir el mundo, y en general nos llena, nos satisface y nos da un atavío social de buena gente, ésto nos hace generalmente inmunes a ver un poco más allá, de ver desde ese lugar en el que nosotros también somos observados como carenciadores. Al carenciado le es negada la posibilidad de saber qué, cuándo y cómo necesita lo que necesita; no sólo damos, sino que damos o pretendemos dar con condiciones de uso.

Tratamos a “los pobres” de modo tal que la carencia es casi una bandera. Nosotros los que “tuvimos la suerte” de tener esto o lo otro, lo brindamos a quien no pudo recibirlo. ¿y el empoderar al otro? ¿y el darle fe en sí mismo? ¿y el darle

no las herramientas sino la responsabilidad de la tarea? Toda esta, creo, es la tarea del educador popular. Aquella que humanice los vínculos, que baje del pedestal al que da, y lo visibilice como una parte necesaria del recibir; que quite del barrial al que recibe y lo visibilice como una parte necesaria del dar.

Todos necesitamos dar, también aquellos que reciben casi en forma compulsiva, se conocen a sí mismos dando, es necesario abrir los ojos, reinventar el deseo y las riendas de las vidas individuales.

“Si quieres construir un barco – dijo Antoine Saint-Exupery- no les des a tus hombres maderas ni clavos, sólo instala en su alma el deseo del mar infinito”.

.....

AUTORA:

Esperanza Cabarcos

Nacida en Argentina en el invierno de 1981, de madre argentina y padre español, mezclando tradiciones y decires.

Maestra, educadora de niños y jóvenes, bibliotecófila, madre, narradora de historias y escritora de sus relatos, artesana de libros inventados. Publicó su único libro de cuentos ”Ambos cuentos” en La Plata, durante el invierno del año 2017, el resto de su obra es inédita y fluctuante; surgiendo y circulando en talleres literarios y clases de Lengua y Literatura.

PREMIO LIMA CLARA

INTERNACIONAL —2019—

ENSAYO

A Sergio H. Menna

Por su obra:

Leonardo, el genio de internet

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

Leonardo, el genio de Internet

Consideraciones iniciales: Leonardo, genio inexplicable

Con certeza todos sabemos quién fue Leonardo da Vinci. *Google* localiza más de 100 millones de páginas dedicadas a él, y la librería virtual *Amazon* tiene cerca de 15.000 libros sobre Leonardo. (Cuando usted lea este texto, esos números, seguramente, serán mucho más grandes).

Leonardo da Vinci fue una gran figura del siglo XVI. Nació en 1452 y murió en 1519 –pertenece, por lo tanto, al período histórico conocido como ‘Renacimiento’. Los textos de divulgación nos presentan a Leonardo como “escritor, pintor, científico, inventor, músico, arquitecto, escultor, ingeniero”, “matemático, médico, anatomista, naturalista”; “interesado en biología, fisiología, hidráulica, aeronáutica” etc. Es decir, como una persona de múltiples y grandes talentos.

Por la calidad de sus obras e ideas, Leonardo da Vinci es universalmente reconocido como ‘genio’. Posiblemente todos, de modo intuitivo, coincidiremos con esa apreciación.

El problema que quiero abordar en este texto es el que surge del hecho de que Leonardo es considerado, hoy, como *más* que un genio. A aquellos autores que lo idolatran, la palabra ‘genio’, aplicada a Leonardo, les parece insuficiente. Para muchos, Leonardo es el *único* genio, o es el genio *de los genios*. A este respecto, Internet es una fuente fantástica de desinformación –y de diversión. Un blog, por ejemplo, comenta: “[Leonardo] es considerado, por una legión de expertos, como *el mayor genio que la humanidad ya ha visto*” (s.a., 2017). Y otro afirma: “Los biógrafos e historiadores consideran a Leonardo da Vinci como *la persona más creativa de la historia de la humanidad*” (EEE, 2018). Y algunos libros no se quedan atrás. En ellos se califica a Leonardo como “el genio *de los genios*”, “*el mayor genio de la historia*”, o como “*más que un genio*” (cf., por ejemplo, Gelb, 2000: xiii). Tal vez, sería interesante que quienes hacen esas apreciaciones explicitasen mejor qué entienden por ‘genio’ y, sobre todo, que justifiquen por qué aplican ese calificativo principalmente – o, incluso, solamente–, a Leonardo. Hasta aquí, igualmente, nada de esto es problemático para nuestra comprensión del

mundo en general y de la vida y obra de Leonardo en particular: se trata, simplemente, de apreciaciones particulares, de juicios de valor.

Todos podemos concordar: Leonardo da Vinci es un genio. Podemos hasta encontrar el tema interesante: ¿Es el mayor de los genios? ¿Cómo podemos defender esa afirmación? La tarea puede ser compleja, pero no es, en principio, irresoluble. Y, en el caso de serlo, indagar los criterios con los que podemos clasificar la creatividad no deja de ser un buen ejercicio intelectual. Sin embargo, los problemas para nuestra concepción del mundo comienzan a surgir cuando varios autores intentan *explicar* la –para ellos– “excepcional”, “sobrehumana”, “superlativa” etc. genialidad de Leonardo. Así, para algunos, Leonardo es *tan* genial que “parece rozar *secretos situados más allá de lo terrenal*” (Fiebag, 2012; *itálico en el original*).

Para otros, Leonardo, “pionero de todo” (Wantz, 2010), “se adelantó tanto en diversos campos del saber, que incluso *se llegó a considerar como imposible que fuese un ser humano*” (Zárraga, 2012; *itálico mío*). O: “Por la diversificación de áreas de interés y por la genialidad revelada, Leonardo *trasciende, en mucho, los límites de su tempo*” (Leal, 2007; *itálico mío*). De este modo, entendiendo que las obras e ideas de Leonardo son únicas, sin precedentes y adelantadas a su época, para explicar lo que creen que es inexplicable dentro de parámetros humanos y terrenales, algunos autores dan un paso radical final: afirman que Leonardo era *un extraterrestre* (Zárraga, 2012; Espinoza Herrera, 2012), *un astronauta (humano) que viajó con extraterrestres* (Fiebag, 2012), *un médium* (Olguín y Hubbard, 2012), *un emisario de los dioses* (Puentes, 2007), *un viajero del tiempo (s.a., 2012)*, “un personaje del futuro” (Wantz, 2010), y hasta “*un vidente que se anticipó al futuro*” (Vidente Camila, 2013).

¡Extraterrestre!, ¡médium!, ¡vidente! etc.! Al menos siete explicaciones equivalentes –todas injustificadas y, principalmente, prescindibles y contraproducentes.

Prestemos atención a la estrategia argumentativa común a todos esos autores. Ellos razonan más o menos en estos términos: (i) Leonardo tuvo conocimientos que sus contemporáneos no tuvieron. (ii) Luego, debe haber sido un extraterrestre, un médium, un vidente etc. En otras palabras: ¡los admiradores de Leonardo intentan explicar hechos que *les parecen* sorprendentes e incomprensibles a partir de suposiciones aún más sorprendentes e incomprensibles! Evidentemente, entre (i) y (ii) hay un *enorme* salto explicativo. Posiblemente, tal salto explicativo es impulsado por la admiración que esos autores sienten por el conjunto de la obra de Leonardo –lo cual es justificado y admirable–, pero, evidentemente, es un salto injustificado.

Mi objetivo en este texto es explicitar los problemas de esas estrategias argumentativas, identificar su origen, y mostrar sus debilidades.

Leonardo, genio en Internet

¡Leonardo extraterrestre, astronauta, vidente etc. etc. Textos con afirmaciones de esa clase se encuentran fácilmente (e inevitablemente) en Internet. Son textos sin referencias bibliográficas, que están en *sites* poco confiables (personales, no-universitarios etc.), casi siempre mal escritos, y que generalmente son plagios de plagios de plagios de plagios... Sin embargo, allí están, al alcance del estudiante inexperto y del lector con prisa o pereza que se ilusionan en creer que *Google*, *Explorer*, *Safari* o cualquier otro navegador substituye una buena biblioteca y se constituye automáticamente en una buena base de investigación, sea para aprender sobre Leonardo, sea para aprender sobre cualquier otro tema.

Una aclaración: ¡nada contra Internet! Por lo menos, no en principio. Internet es una maravillosa fuente de información, un océano de posibilidades de entretenimiento y de aprendizaje. Allí podemos acceder a textos de Leonardo, de Ptolomeo, de Copérnico y del artista o científico que deseemos, así como a textos especializados *sobre* el artista o científico que deseemos (textos que difícilmente estarán disponibles en la Biblioteca de nuestra ciudad). Pero, como en todo, hay que saber discernir qué artista o científico merece la pena que lo estudiemos, y qué textos sobre esos artistas y científicos vale la pena leer o estudiar.

Antes que nada, es necesario entender como separar la buena bibliografía de las *fake news* que desbordan la red, conocer métodos adecuados de aprendizaje, y reconocer fuentes confiables de información. En otras palabras, es necesario aprender como aprender, ya que sin un conocimiento adecuado de criterios de búsqueda y de selección, la prácticamente infinita información hoy disponible equivale, irónicamente, a cero información.

En síntesis: Internet es, inevitablemente, la principal fuente de información para aquellos que buscan información sin conocer los criterios mínimos que debe satisfacer una información que sea confiable. Por ese motivo, puede ser de utilidad, para el lector interesado (y entusiasmado) en Leonardo, un breve ejercicio de razonamiento crítico sumado a una breve lección de historia del conocimiento.

Leonardo y el secreto de la Tierra redonda

Volvamos a una idea mencionada anteriormente: muchos autores interesados en Leonardo intentan explicar los aspectos que les parecen sorprendentes e inexplicables en su obra postulando eventos y facultades cognitivas aún más sorprendentes e inexplicables. Ahora bien: ¿son las obras y afirmaciones de Leonardo tan sorprendentes e inexplicables como parecen entender algunos autores en sus textos? Veamos el siguiente ejemplo, que discute un ítem de conocimiento sustentado por Leonardo que su autor considera sorprendente:

“En los años que [Leonardo] realizó la mayoría de sus manuscritos, el común de la gente consideraba que la Tierra era plana, y solamente unos pocos profundos pensadores (líderes de escuelas secretas), mantenían diferente opinión. Vale recordar que treinta años antes de que Copérnico diera a conocer su Teoría de que la Tierra era redonda, ya da Vinci lo había sostenido” (Zárraga, 2012).

De acuerdo a este autor, el hecho sorprendente es que Leonardo afirmase –¡“antes de que Copérnico diera a conocer su Teoría”!– que la Tierra es redonda, conocimiento sólo disponible a Leonardo y “líderes de escuelas secretas” (¡¿?!)... Detalle: otro comentarista, también pregunta sorprendido: “¿Cómo podía Leonardo saber, en aquellos tiempos, que la Tierra es redonda?” (Puentes, 2007).

¡El hecho sorprendente, en realidad, es que sea posible reunir tantas afirmaciones absurdas en tan pocas frases! Para comenzar, la gran mayoría de los contemporáneos cultos de Leonardo no dudaban que la Tierra era redonda, y, en general, “el común de la gente” de su época tampoco: desde el inicio de los tiempos, los caminantes percibieron que nuevas estrellas surgen en el horizonte a medida en que se viaja en una misma dirección (al tiempo en que las más distantes estrellas conocidas dejan de ser vistas), y los marineros observaron que los barcos, al alejarse de la costa, ‘desaparecen desde abajo’ (primero la base, después, lenta y progresivamente, el mástil), y que este fenómeno se repite independientemente de la dirección a la que se dirijan los barcos, algo que no puede ser explicado si se asume que la Tierra es plana.

La creencia oficial, en la Edad Media y en la época de Leonardo era en una Tierra redonda; basta ir a un museo y ver pinturas renacentistas, o mapamundis esféricos, o estatuas del titán Atlas sustentando un pesado y esférico globo de mármol

o hierro, o libros de la época²¹. La idea de que los autores medievales –o, incluso, que los autores renacentistas– creían que la Tierra era plana, es un gran e insostenible mito²².

El punto problemático de la cita, sin embargo, es la siguiente afirmación: ‘La Teoría de Copérnico sostiene que la Tierra es redonda’. La misma, en esos términos, es, o trivial, o absoluta y rotundamente falsa: La Teoría de Copérnico, también conocida como Teoría heliocéntrica, tiene la característica distintiva de colocar al Sol (*Helio*) como centro del Sistema planetario, y de poner a la Tierra, esférica desde siempre, a girar en torno del Sol en una órbita circular. Para certificar adecuadamente nuestras afirmaciones, hagamos un poco de historia y recurramos a fuentes autorizadas. En este caso, la más autorizada de las fuentes es, obviamente, el propio Copérnico.

Copérnico publicó su revolucionario libro, *Sobre las revoluciones (De Revolutionibus)* en 1543²³. En el Prefacio de este libro, dedicado al Papa Pablo III, Copérnico informa al Pontífice que atribuyó “algunos *movimientos* al globo terrestre (*terrae globo*)”. Atención a esos términos: ‘movimientos’, y ‘globo terrestre’. La novedad que anuncia Copérnico era que el esférico globo terráqueo tenía movimientos de rotación y de traslación, *no la de sustentar que nuestro globo es redondo*. Su Teoría es sobre el movimiento, *no sobre la forma de la Tierra*²⁴.

Nuevamente: en la Edad Media y en el Renacimiento, muy pocos autores –cultos o incultos, dentro o fuera de la Iglesia– creían en una Tierra plana. Y una obvia observación final: en el párrafo que estamos analizando nuestro sorprendido autor destaca que “vale recordar que treinta años antes de que Copérnico diera a conocer su Teoría de que la Tierra era redonda, ya da Vinci lo había sostenido” (Zárraga, 2012). Copérnico publicó su Teoría en 1543. El “treinta años antes” coloca a Leonardo sustentando la redondez de la Tierra en 1513 olvidándose, entre tantos, de Colón.

La gran mayoría de las imágenes pictóricas de la Tierra, al menos desde el siglo II, eran de una Tierra redonda. El gran libro de la astronomía medieval, el *Almagesto* de Ptolomeo, publicado en el siglo II, basa todo su sistema planetario en una Tierra redonda (y central). El lector puede consultar on-line, en (HOS, 2012), la portada de la edición de 1496, que trae la representación del Sistema geocéntrico de Ptolomeo, con la Tierra, esférica, en el centro de este.

²² Tal mito tiene, en la historia de la cultura, un nombre específico: ‘Mito de la Tierra plana’. Constituye una creencia tan persistente e influyente, que tiene una página reservada en el libro, de título sugestivo, *1001 ideas que cambiaron nuestra forma de pensar* (cf. Arp (ed.), 2013). De hecho, el historiador Jeffrey Russell dedica su (1991) a explicar el origen de ese mito.

²³ El *De Revolutionibus*, libro escrito en 1543, puede ser consultado on-line en archive.org.

²⁴ Copérnico dedica todo el Primer capítulo de su *De Revolutionibus* a contar la historia de la idea de la Tierra en movimiento. Sólo menciona, y de pasaje, el tema de la forma esférica de la Tierra cuando hace una síntesis de todos los ítems astronómicos “*ya conocidos*”. “Que el mundo es esférico”, “Que la Tierra también es esférica” etc.

Es demasiada confusión, lo sé. Pero es importante destacar que textos de esta clase no constituyen un hecho trivial y marginal en Internet; todo lo contrario: son la regla, no la excepción. Miles y miles de personas publican y leen, cada día, textos de esa clase.

Leonardo desde fuera de la Tierra (redonda)

Analicemos ahora la afirmación de otro comentarista que también considera sorprendente el conocimiento alcanzado por Leonardo:

“¿Quién fue ese Leonardo da Vinci? ¿De dónde sacó sus conocimientos? [... Él] dijo: “Un peso cae por el camino más directo en dirección al centro de la Tierra”. ¿Cómo sabía que nuestro planeta posee un centro? ¿De dónde sacó el conocimiento que dicho aserto lleva implícito, es decir, que la Tierra es redonda? ¿La había contemplado desde el espacio exterior?” (Fiebag, 2012; *itálico en el original*).

Observemos la estructura del razonamiento del párrafo citado. El autor razona de la siguiente manera: (1) Leonardo, increíblemente, sabía que la Tierra es redonda. (2) Esa información sólo fue conocida *después* de la época de Leonardo, (2.1) de modo que Leonardo tenía un conocimiento *que era imposible tener en esa época*. ¿Cómo Leonardo pudo tener ese conocimiento? (3) Indudablemente, porque fue un extraterrestre que contempló la Tierra “desde el espacio exterior” (o porque fue un viajero del tiempo que la miró desde fuera de su época, o un vidente que la vio desde fuera de su propia conciencia, o un médium que la percibió desde fuera de su propio cuerpo etc. etc.). ¡Elemental!

Un gran problema de esta clase de estrategia es que coloca, y demasiado rápido, a Leonardo ‘fuera de sí’, postulando, salvajemente, explicaciones irracionales y pseudocientíficas. ¿Por qué extraterrestre y no telepata? ¿Por qué médium y no *precogn*? ¿Por qué vidente y no *x-man*? Precisamente porque podríamos continuar infinitamente ese juego en que todo vale, podemos considerar a la estrategia completamente inválida.

Irónicamente, la estrategia del salto propuesta por sus admiradores elimina todo el mérito que ellos pretenden atribuir a Leonardo. Un médium, un viajero del tiempo, un vidente etc., no manifiestan ninguna virtud, ninguna cualidad humana, no exhiben ningún logro personal: ni capacidad de trabajo, ni dedicación a su obra, ni genialidad, ni creatividad, ni gran inteligencia...

Los extraterrestres y la Tierra redonda

Sí; es correcto: si Leonardo hubiese sido un extraterrestre que acercándose a nuestra atmósfera contempló nuestro planeta desde la serena quietud de su plato volador, hubiese visto con sus propios ojos intergalácticos que la Tierra es redonda. Redonda y azul de tanto mar, pero redonda. Sí, también es correcto: si Leonardo hubiese sido un vidente habría podido apreciar, con su alma libre de las restricciones espaciotemporales que imponen gravedad al cuerpo humano, que la Tierra es redonda. Redonda y gastada y cansada de tanto girar, pero redonda.

Sí; *si* Leonardo hubiese sido un extraterrestre, o *si* hubiese sido un médium, o *si* hubiese tenido cualquier otro poder, hubiera podido hacer muchas cosas sorprendentes. Pero esta línea de razonamiento pasa por alto un detalle fundamental: el condicional ‘*si*’, que supone un enorme abismo entre la realidad y la fantasía. Pretende explicar un pequeño evento (que, por desconocimiento, consideran no inexplicable) imaginando eventos y facultades cognitivas injustificadas, generando, de ese modo, problemas ficticios que resuelven salvajemente... Para comenzar, el salto explicativo que propone es muy, muy complejo y demasiado arbitrario. Para aceptarlo, debemos, antes, conceder que existen muchos eventos altamente improbables: extraterrestres inteligentes rondando nuestro redondo planeta, viajes en el tiempo, dioses y emisarios etc., y admitir acríticamente facultades cognitivas que los humanos sólo exhibimos en películas de ficción: mediumnidad, videncia etc. ¿No podría haber un paso explicativo más simple y adecuado a la realidad?

Saber que la Tierra es redonda

Leonardo sabía que la Tierra es redonda porque fue un extraterrestre que contempló la Tierra “desde el espacio exterior”. ¿Es ésta –o cualquiera de sus variantes– una buena explicación? Incluso con la mayor tolerancia del mundo, estamos obligados a una sola y única conclusión: ¡Está basada en un razonamiento donde cada paso de la secuencia es insustentable!

Comencemos por el paso (1): *Leonardo, increíblemente, sabía que la Tierra es redonda*. Como ya mencioné anteriormente, ese conocimiento no tiene absolutamente nada de increíble: los contemporáneos y predecesores de Leonardo no dudaban que la Tierra tiene la forma aproximada de una esfera –por brevedad: que es redonda. Un dato decisivo: *La Divina Comedia*, de Dante Alighieri, publicada en 1231. Ningún artista o intelectual de la región de Leonardo podía no conocer esa obra universal, cuyo tema central es un viaje al centro de una Tierra redonda.

Centrémonos ahora en el paso (2): *Esa información –la Tierra es redonda– sólo fue conocida después de la época de Leonardo*. Observemos, al respecto, la frase que el autor atribuye a Leonardo (¿en qué texto de Leonardo? –¡el autor no cita

fuentes!): “Un peso cae por el camino más directo en dirección al centro de la Tierra”. En primer lugar, no es posible decidir el modo en que caen los pesos observando la Tierra “desde el espacio exterior”. En segundo lugar, y fundamentalmente, no es necesario ver la Tierra “desde el espacio exterior” para concluir que tiene un centro. En tercer lugar, tal idea está presente en los textos astronómicos al menos desde el siglo V a.C. En su obra *Sobre el cielo*, por ejemplo, escrita aproximadamente en 310 a.C., Aristóteles acompaña su afirmación de que todo cuerpo se mueve en dirección al centro de la Tierra (buscando su ‘lugar natural’) con el siguiente argumento:

“El movimiento natural de la Tierra –de sus partes y del conjunto– es en dirección al centro del Universo. De allí se sigue su actual estado de reposo. En lo que respecta a su forma, la Tierra es esférica [...]. Es evidente que dado que las partes que la constituyen se dirigen a un mismo punto –el centro del Universo–, la figura resultante debe ser necesariamente regular, ya que, si se añade una misma cantidad en todo el contorno de un cuerpo, su superficie exterior forzosamente equidistará del centro. Esta figura es la esfera [...]” (Aristóteles, *circa* 310 a.C., *Sobre el cielo*, 296^b).

Y por si fuese poco, Aristóteles, a continuación, nos da otro argumento decisivo en favor de la redondez de la Tierra:

“Los sentidos nos ofrecen otra prueba de que la Tierra es esférica. Si no tuviese esa forma, los eclipses de Luna no presentarían la figura [circular] que podemos observar” (*op.cit.*, 297^b).

Ese argumento es simple y contundente, y todos podemos corroborarlo; solamente es necesario saber que la única figura sólida que proyecta una sombra circular en todas las direcciones es la esfera y, simplemente, esperar que acontezca un eclipse lunar. Tengamos en cuenta que, al formular ese argumento, Aristóteles no pretendía ser original. Él sólo sintetizaba observaciones acumuladas por una larga tradición de observadores interesados en cuestiones astronómicas. Recordemos que el telón nocturno del cielo con sus eternas estrellas y sus peregrinos cometas constituía, antes de ser diluido por las redes eléctricas de nuestras luminosas ciudades, un marco existencial omnipresente y vital.

Aristóteles: ¿otro extraterrestre, astronauta, viajero del tiempo o médium? ¿También fue extraterrestre Eratóstenes, que en el siglo III a.C. midió (indirectamente, claro: ¡no es preciso viajar en un ovni para tener ese conocimiento!) la circunferencia de la Tierra? ¿O Cristóbal Colón, que –¡antes de Leonardo!– sabía que la Tierra es redonda?

¡Lo increíblemente sorprendente en el párrafo citado es la sorpresa del autor ante el hecho de que Leonardo tuviese conocimiento de que “la Tierra es redonda”! Todos los planetas, y la Luna, y el Sol, son redondos. ¿Por qué alguien no podría, a partir de esa observación, pensar que también la Tierra es redonda? (Ese argumento es antiguo; formulado, posiblemente, por Pitágoras, fue registrado por Aristóteles en su *Sobre el cielo* (*op.cit.*, 291^b)). Los marineros de hoy y de siempre, como ya indiqué, mirando desde su barco una ciudad que se aleja lentamente, ven que los edificios más bajos

desaparecen primero y los más altos, por último. ¿Cómo eso sería posible si la Tierra fuese plana?²⁵ Y no sólo eso: los marineros, y cualquier otra persona, hoy y siempre, tienen a su disposición los eclipses de Luna observados por Aristóteles y varios otros argumentos más como para encontrar mucho más razonable la creencia que afirma que la Tierra es esférica y no plana.

Podemos pasar finalmente a analizar el paso (3), que corresponde a la conclusión: Leonardo sabía que la Tierra es redonda, información que sólo fue conocida *después* de su época. *Luego, quedan pocas posibilidades para explicar ese fenómeno sorprendente: Leonardo tuvo ese conocimiento porque era un extraterrestre que pudo contemplar la Tierra “desde el espacio exterior” (o porque era un médium (¿que se comunicó con muertos futuros?), o por alguna de las variantes ya mencionadas: astronauta, emisario de los dioses, viajero del tiempo etc.).*

Como vemos, esta clase de razonamientos falaces se sigue, por un lado, del desconocimiento más elemental del conocimiento alcanzado (y a disposición del público en cualquier buen libro de historia de la ciencia y de la cultura) y, por otro, del desconocimiento de la naturaleza del conocimiento. La errónea e injustificada creencia de que Leonardo fue el primero en saber que la Tierra es redonda, creencia que es patentemente falsa, genera la necesidad de crear una explicación para la misma, explicación que sólo podrá ser extravagante, y que impondrá una creencia disparatada. Como vimos, el conocimiento de Leonardo sobre la forma esférica de la Tierra *no era ninguna novedad en su época*, de modo que no es necesario hacerlo viajar en un ovni para explicar el hecho de que él tuviera tal conocimiento.

La clase de razonamiento que estamos analizando parece extremadamente frágil. Sin embargo, una enorme cantidad de páginas de Internet son construidas a partir del mismo. Es la clase de razonamiento falaz que se hace, por ejemplo, con relación a las pirámides de Egipto: Los nativos no podrían haberlas construido; luego, sus constructores fueron extraterrestres (cf., por ejemplo, Puentes, 2007). ¿Isla de Pascua? Extraterrestres. ¿Líneas de Nazca? Extraterrestres. ¿Triángulo de las Bermudas? Extraterrestres. Y la lista sigue²⁶.

El punto central aquí es que no es necesario hacer astronautas, videntes etc. a Aristóteles, Eratóstenes, Colón u otros miles de pensadores anteriores a Leonardo: se puede conocer la forma de la Tierra sin salir de la Tierra, así como se conoce la constitución química del Sol sin que sea necesario visitar el Sol.

²⁵ Ese argumento, conocido seguramente por los marineros desde el inicio de la navegación, fue formulado por Sacrobosco en su obra (¡atención al título!) *Tratado de la Esfera*, escrita aproximadamente en 1222 (cf. Sacrobosco, [1478]).

²⁶ Y no sólo está presente en Internet: asista, si consigue tolerarlo, el canal *History Channel* por cinco minutos. Allí verá programas como *Archivos extraterrestres* o *Alienígenas del pasado*, donde todo lo que el narrador, en su más radical y orgullosa ignorancia de historia y ciencia elemental no consigue comprender, es explicado postulando la intervención de extraterrestres.

Consideraciones finales

Nada de lo que mencioné aquí es información calificada, o en posesión de “líderes de escuelas secretas” (como dicen algunos de los autores que analizamos), o inaccesible al público en general. Por el contrario: es información básica, *muy básica*, disponible en cualquier libro de astronomía y de razonamiento científico en general. Es comprensible –más aún, es inevitable– que el lector desinformado, o el estudiante que se inicia en la vida cultural, no sepa qué leer y cómo leer. ¿Cuál libro es un buen libro? ¿Qué información es confiable? ¿Qué forma de razonamiento es más adecuada? Realmente no es simple aprender esas cosas simples. Demanda tiempo, y esfuerzo, aprender a discernir qué leer y cómo pensar. Y, lamentablemente, no hay fórmulas mágicas para eso, sólo analizar y cuestionar comentarios críticos como los que aquí presenté (o, si posible, mejores).

Para finalizar, volvamos al comienzo. Cuando nos adentramos en la obra y los textos de Leonardo, no podemos dejar de admirar y valorar su creatividad y genialidad: Leonardo es, innegablemente, un artista y creador sorprendente y maravilloso. Pero de esto no se sigue que sus obras e ideas son únicas, inexplicables, sin precedentes y adelantadas a su tiempo. Eso, definitivamente, es falso. Menos aún se sigue que Leonardo era un extraterrestre, o un astronauta, o un viajero del tiempo. Eso, simplemente, es insustentable, y totalmente injusto con Leonardo.

Las explicaciones de la “excepcional” y “sobrehumana” creatividad de Leonardo que aquí analizamos son falsas, absurdas e innecesarias. Principalmente, innecesarias; después de todo, la conclusión de que Leonardo no es un genio inexplicable no hace a Leonardo menos genial –por el contrario, lo hace más admirable y más humano.

.....

Autor:

Sergio H. Menna
Prof. de Filosofía
Argentina
sermenn@hotmail.com

PREMIO LIMA CLARA
INTERNACIONAL —2019—
ENSAYO

A Jesús Pacheco Juliá

Por su obra:
Mordor: última batalla

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

MORDOR:

Última Batalla

MORDOR: ÚLTIMA BATALLA

En 1929, José Ortega y Gasset escribía sobre la rebelión de las masas. Antes de ayer, el maestro Umberto Eco nos hablaba de la invasión de los idiotas:

"Las redes sociales dan el derecho de opinar a legiones de idiotas que primero hablaban sólo en el bar después de un vaso de vino, sin hacer daño a la comunidad. Pero eran silenciados rápidamente y ahora tienen el mismo derecho a hablar que un premio Nobel. Es la invasión de los idiotas. "

Sin embargo, hay diferencias muy importantes entre los dos conceptos. Entre otros:

A. Han pasado 89 años de historia en espiral. Sí: aquella teoría que dice que todo se repite de forma similar en diferentes estadios temporales (*corsi e ricorsi*).

Hoy, en Cataluña, no se puede negar que parece que volvamos a estar como en 1936. Evidentemente, sin lucha armada.

B. Hemos pasado una revolución mecánica (1920-1935), una revolución nuclear (1940-1960) y una revolución digital (a partir del 1990) que han modificado drásticamente nuestro mundo hasta llegar a cómo lo conocemos ahora. Y no debemos olvidar que ya ha comenzado una nueva revolución a partir de 2010: la de la inteligencia artificial.

C. Ortega hablaba del concepto físico de aglomeración de personas que producía gente sin directrices (si no les importa, podríamos llamarlos orcos) que seguían a las minorías elitistas. De ahí, se produjeron los conocidos (y ya muy estudiados) regímenes totalitarios, en donde estos orcos obedecían ciegamente a sus líderes.

D. La globalización ha hecho que la gente abandonara las *doors* (años 60-70), por las *windows* (años 90-00) y ahora por los *bunkers*. Y hoy en día ya podemos hacer casi cualquier cosa sin tener que salir de casa.

Así pues, la diferencia básica entre los conceptos de Ortega y Eco es la de la presencia tangible. Lo que la ley del IRPF llama Persona Física. La gente de la que hablaba Ortega era una multitud sin criterio que se reunía por las calles. En cambio, la gente de la que habla Eco es una gente sin demasiado criterio pero que forma una multitud digital. Así pues, ha nacido el concepto de Persona Digital.

Y lo peor de todo es que sólo hay dos maneras de encarar el problema que señala el maestro Eco: estás o no estás.

Si estás: usarás (y abusarás de) cámaras de vigilancia, GPS, plataformas digitales, tiendas virtuales, teléfonos inteligentes y otros *gadgets*.

Y si no estás: serás del siglo XX con tu máquina de escribir y tu cámara de fotos de carrete.

O integrado o apocalíptico. O nativo digital o Robinson digital. Saben perfectamente que también existe el inmigrante digital (como yo mismo: nacidos entre 1940 y 1990) que también se ha inclinado hacia el mundo digital. Evidentemente, si eres un integrado lo serás a cambio de la pérdida de tu intimidad. Sólo has de tener un teléfono inteligente y ya podrás estar conectado a la Red. Y por supuesto, ésta te puede vigilar. Y lo hará con sus famosas *cookies* y demás ingenios. Todo será controlado: tus fotos, tus vídeos, tus mensajes, las llamadas, las compras, tus cuentas bancarias, etc.

Por otro lado, también está la cuestión de que el sistema aún es muy falible. Todo está en pañales (recuerden: estamos en ese mundo líquido de Zygmunt Bauman). Nadie nos puede asegurar que todo este montón de datos puedan ir a parar a manos no deseables. El hecho de trabajar con la Administración de forma digital no nos garantiza que todo sea completamente seguro: recientemente se han descubierto errores muy graves en los certificados del DNI electrónico de España.

Por ello, la gran pregunta es: ¿qué es la intimidad? ¿ha cambiado de significado en 89 años?

La intimidad era el derecho de una persona (= *máscara de actor*, en su sentido más primigenio) a una libertad interior sin que los demás pudieran interferir. Y sí, el concepto de intimidad ha cambiado muchísimo para las generaciones actuales.

Para mí, ha evolucionado de una manera negativa porque está creando más orcos, gente sin espíritu que se deja llevar por el *mainstream*, también llamado corriente mayoritaria.

Aunque generalmente la gente quiere mostrar su Persona Digital más perfecta, envidiable y no-real (más *fashion*), les pondré un ejemplo cotidiano: un joven cualquiera (feo o no, alto o bajo, delgado o rechoncho) cuelga por la mañana una foto en Instagram en calzoncillos, recién levantado, despeinado y con legañas. Y lo peor de todo: los otros (*¿idiotas?*) lo aplauden con sus *like*. ¿Dónde está la necesidad de este acto anodino?

Además, si aplicamos el método de distanciamiento de Bertold Brecht lo encontraremos todo aún más estúpido. Y que conste que no estoy criticando las plataformas digitales, no. Sólo estoy diciendo que se está haciendo un uso erróneo. No se hace un buen uso, sino un abuso.

En la Antigüedad, los actos eran públicos o eran secretos. En la época del Renacimiento, los actos eran públicos o eran privados. Hoy en día, son públicos o cuasi-públicos.

Sólo hay que buscar un poco por el Santo Google para saber muchas cosas sobre una persona determinada. Y lo peor de todo: muchas veces encontraremos información *fake*. ¿Acaso piensan que los datos expuestos en la Wikipedia son del todo fiables? ¿Y todas esas páginas que sólo son malos refritos de otras páginas?

La mayoría de gente hace fotos y vídeos por todas partes, como si el mundo se acabara. Son los nuevos Narcisos que se quieren perpetuar con el gran poder de la imagen grabada. Borges decía que la paternidad y los espejos eran abominables porque multiplicaban el número de los hombres. Ahora sólo tenemos que cambiar espejos por Internet.

Todo el mundo se atreve a escribir "literatura" y a colgarla en la red, sin saber quién es Cortázar, Kafka, Manganelli ni, por supuesto, Schwob. Conozco a gente que hace "Talleres de Escritura" sin haber publicado nunca un libro. Conozco a gente que hace "Talleres de Lectura" con títulos tan interesantes como *El código Da Vinci*, *Cincuenta sombras de Grey*, etc. Siempre he pensado que leer es muy bueno: es como subir una escalera y a cada escalón vas mejorando tu nivel, hasta llegar a arriba del todo, en donde encontraremos a los grandes autores de la literatura universal. El problema radica en quién decide quienes son esos grandes maestros. ¿Deben de ser, forzosamente, los que más venden? Parece que sí.

Todas las mañanas del mundo, algunos de los idiotas de Eco hacen de tertulianos. E, incluso, la mayoría cobran. Y pueden hablar de la situación actual de Cataluña, de mecánica cuántica, de la longitud de onda del canto del *gryllus bimaculatus*, como de los tipos, formas y gustos de los preservativos. Es igual, todo vale, aunque el tertuliano no tenga ni idea de nada. Lo más triste de todo es que generalmente no dicen mentiras, sino que mienten porque opinan de temas que desconocen.

Así pues, es evidente: lo importante de verdad es el concepto de "criterio humanístico". ¿Quién marca esta pauta? ¿Vosotros que me estás leyendo? ¿Yo? ¿Los críticos de arte, de cine o de literatura? ¿Los profesores de Universidad? Ya no lo sé. ¿Qué criterio tiene este joven que cuelga esa foto en calzoncillos? Para mí ninguno, es obvio. Si ese chico de veinte años hace esto ahora: ¿qué les enseñará a sus hijos, si es que los tiene? ¿qué intimidad van a tener sus hijos?

Ya soy algo mayor y ya no estudio la Historia (la recuerdo, que decía aquél). Por eso y si no tratamos de cambiar las cosas con una educación mucho más adecuada, el concepto de intimidad (fuertemente ligado al del individualismo) se perderá como lágrimas en la lluvia en la última batalla del humanismo contra la estulticia imperante que se libraré ante la Puerta Negra de Mordor.

Y esta vez sí: los orcos ganarán la batalla. Y también la Guerra.

AUTOR:

Jesús Pacheco Julià
Barcelona – España
Biografía

- Se licenció en filología catalana y castellana en la Universidad Autónoma de Barcelona.
- Diploma CAP por el Instituto de Ciencias de la Educación de la UAB.
- Realiza cursos de doctorado.

PREMIO LIMA CLARA

INTERNACIONAL —2019—

ENSAYO

A Beatriz Elena Polti

Por su obra:

La insoportable levedad del ser.

Identidad y vínculos en las redes sociales y virtuales

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona – España

—Prof. Mg. Jaime Andrés Wilches Tinjacá -Bogotá - Colombia

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva

—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL SER

Identidad Y Vinculos En Las Redes Sociales Virtuales

“Cuando más pesada es la carga, más a ras de la tierra estará nuestra vida, más real y verdadera será. Por el contrario, la ausencia absoluta de carga hace que el hombre se vuelva más ligero que el aire, vuele hacia lo alto, se distancie de la tierra. Sus movimientos sean tan libres como insignificantes” Milan Kundera, (1993)

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo principal indagar sobre la influencia de las Redes Sociales en los vínculos y la construcción de subjetividad porque vivimos un cambio de época y la Web ocupa un lugar importante en este nuevo escenario. Numerosos autores que han trabajado en la temática, sobre todo psicólogos y sociólogos, también antropólogos y filósofos. Para ejemplificar el fenómeno, hemos apelado a frases que pacientes llevan a sus consultas y en los que describen su relación mediada por la tecnología.

Con respecto a los vínculos, éstos aparecen como más superficiales que en otros momentos históricos, más livianos y menos formales. En la relación con los otros y la presentación de quiénes somos se apela a veces al simulacro y la máscara. La Red viene a llenar imaginariamente el vacío que deja la soledad, los temores, el individualismo y los

sentimientos de insignificancia. En las tensiones históricas entre libertad y amor la primera gana la partida a costa de una levedad a veces insoportable.

Planteamiento del problema

Las características de nuestra vida moderna (o postmoderna) implican grandes desafíos para la psicología ya que la construcción subjetiva está ligada, en muchos aspectos, a la forma en que las personas se relacionan con la tecnología.

Esto ocurre en un contexto inédito en la historia de la humanidad por el aceleramiento de los cambios con la carga de incertidumbre que ello conlleva. Para no abundar en la descripción del contexto, nos limitaremos a definirlo como consumista (Bauman,2006), atravesado por la revolución tecnológica y la globalización (Beck,1998). Diversos autores han caracterizado nuestra sociedad como líquida (Bauman,2005), del espectáculo, (Desbord,2002), del conocimiento (Toffler,1999), del control (Sibila,2012), etc.

La temática de la incertidumbre ha sido tratada por Alvin Toffler (1999) en lo que él llama “el shock del futuro”. Es el derrumbe de las seguridades. No se trata de la amenaza del desempleo, la delincuencia o el desequilibrio ambiental (Castel, 1999). La principal fuente de incertidumbre es la “velocidad” de los cambios.

Sabemos que las personas no cambian fácilmente, que necesitan un tiempo para procesar las transformaciones y adaptarse a ellas. Esto era posible en escenarios estables y predecibles. El pasado servía como una fuente de referencia. Hoy es imposible predecir el futuro basándonos en experiencias pasadas. Por ejemplo, en el pasado los adultos eran la fuente del conocimiento y el saber que debían transmitir a futuras generaciones. Actualmente los abuelos recurren a sus nietos para poder lidiar con los numerosos aparatos tecnológicos. Otro ejemplo: la rápida obsolescencia del conocimiento, ello implica un desafío para quienes ejercen una profesión a fin de no quedar fuera del mercado del trabajo: “desactualizados”.

Esta época repercute de distintas maneras en el psiquismo humano ya que la incertidumbre con respecto a diferentes aspectos de la vida (trabajo, pareja, integridad física, etc.) puede generar patologías. También se da el caso de sujetos que visualizan estas transformaciones como una oportunidad de crecimiento personal y laboral.

El atravesamiento tecnológico crea una sensación de “completitud” priorizándose, en muchos casos la relación con la máquina o la mediación de ésta, por sobre el vínculo cara a cara.

Ya lo decía Freud (1977) cuando hablaba de las fuentes de sufrimiento del hombre. Una de ellas es: “la incapacidad de regular las relaciones con los demás”, esta fuente de sufrimiento toma hoy nuevas formas.

En la actualidad se utilizan las redes sociales para saludar con motivo de un cumpleaños o por un logro a un amigo, darle el pésame, comentar sobre algún aspecto de la vida íntima... algo que se hacía personalmente o por teléfono. Los sentimientos de soledad e insignificancia se ven contrarrestados por la gran cantidad de contactos, un sinnúmero de amigos que aprecian las fotos y con quienes se comparten los sentimientos por medio de Facebook, Twitter, entre otras redes.

El celular permite estar conectado a pesar de vivir en constante movimiento. Con el celular las personas nunca están solas ni fuera, siempre están dentro, pero no encerradas en ningún lugar. El imperativo de un mensaje o llamada interrumpe, en muchas oportunidades, la comunicación cara a cara. Urry llama relaciones de copresencia a la continua presencia de un tercero virtual. Estas implican siempre cercanía y lejanía, proximidad y distancia, solidez e imaginación.

Nos interesa reflexionar sobre las influencias que tiene la Internet, especialmente las Redes Sociales, en los vínculos humanos, en la identidad de las personas, en su forma de amar, sufrir, trabajar, etc. ¿La Internet ocupa un lugar importante en la producción de sujetos? ¿De qué manera el contexto contribuye a la creación de Sujetos? ¿Cómo afecta la tecnología los vínculos interpersonales? ¿Qué aspectos pueden considerarse positivos y cuáles se deberían modificar o erradicar? Nuestro análisis no pretende abarcar a todos los sujetos ni tampoco a uno en particular. Apelamos

a una dimensión que se encuentra entre lo universal y lo singular de la experiencia subjetiva, que busca detectar los elementos comunes a algunos sujetos, pero no necesariamente inherente a todos los seres humanos.

Desarrollo del tema

“El medio es el mensaje”. Marshall McLuhan (1997)

El amor líquido

El “amor líquido” es una conceptualización de Bauman (2005) para referirse a las formas descomprometidas y superficiales de las relaciones interpersonales. Otro sociólogo, Beck (1998), ha alertado sobre el hiper individualismo predominante en

nuestra sociedad en la que el sujeto se aísla refugiándose en entornos cada vez más reducidos, en detrimento de su participación comunitaria y social.

La intolerancia, el temor, la desconfianza redundan en el establecimiento de vínculos superficiales e insolidarios. Este autor considera que el sujeto ha sido abandonado por el estado (ex Estado de Bienestar) y las instituciones y debe dar “respuestas individuales a problemáticas sistémicas”.

Autores psicoanalíticos como Sahlaver (2009) se refieren a la búsqueda de satisfacción inmediata en una sociedad de consumo, a un sexo sin sujeto (gracias a la Internet) y a la vida transformada en un show. La culpa, expresa, no queda ligada a la satisfacción sino todo lo contrario, a no poder alcanzar el grado de placer establecido por el mandato social y el ideario personal. Por ejemplo: la pareja elegida es sospechada de impedir el acceso a otra mejor. En una sociedad consumista donde las opciones son infinitas aparece la sensación de que “todo lo que se desea es posible”.

Como nos enseñó Freud (1977), el ser humano anhela pero también teme la realización de sus fantasías. De ahí el desarrollo sintomático de las fobias, los trastornos de alimentación y las adicciones, patologías de nuestra época.

Hoy más que en otras épocas las relaciones de pareja se vuelven más superficiales, el famoso *toco y me voy* parece ser una forma cotidiana de encarar el encuentro con el otro. El sujeto se refugia/esconde en el objeto tecnológico. Construye una identidad virtual que despliega en la red. Crea personajes que le permiten ocultar algunos aspectos, desplegar otros, a veces utiliza el web como confesionario....en fin...el anonimato y la posibilidad de escabullirse con sólo apretar un botón favorece relaciones múltiples, descomprometidas y superficiales.

Las ciber citas

“Sin la mentira la humanidad moriría de desesperación y fastidio”. Anatole France

Bauman (2005) alerta sobre la faz comercial de las citas por Internet y las nuevas formas que adquieren las relaciones con los otros. Se refiere a los términos del intercambio en su vinculación con la economía de mercado donde cada uno se ofrece como objeto al fetichismo de la subjetividad.

El empobrecimiento de las habilidades sociales sería un precio que hay que pagar por la comodidad de los contactos *on line*. Liberados de la mirada del otro, al control de los imprevistos del encuentro cara a cara, frente a la posibilidad de comparar cada candidato, sopesando sus virtudes y defectos...las relaciones humanas adquieren el matiz del trato con los objetos (Bauman, 2005).

Sibila (2012) reflexiona sobre lo que denomina “el marketing” personal, presentarse ante los posibles candidatos/as requiere de la autoconstrucción de un personaje que tiene aspectos reales y también ficticiales.

”En algunas interacciones, Internet acaba desbaratando nuestra tendencia a basar la interacción personal en lo físico. Al menos en un principio”. Un punto a favor de los menos agraciados o inseguros sobre su aspecto físico.

Autores como Shapira (2008) dan consejos acerca de cómo debe ser la presentación en un sitio de citas, la creación de un perfil, las fotos que serán subidas, los datos sobre los propios gustos y características y las apetencias con respecto al perfil del hombre o la mujer buscados son estudiados meticulosamente porque de ello depende el éxito de la “cacería”.

Los sitios de citas son muchos (Tinder, Badoo, Amor el Línea, entre los más conocidos por estas latitudes) y los utilizan adolescentes y adultos, solteros y casados, personas de todas las condiciones económicas, sociales, culturales y étnicas.

El ciberromanticismo

Paciente: *“No es que no quiera verla, ella es mi amor, le dije bien clarito que ni bien arregle las cosas con Betina, yo agarro y me tomo un avión para conocerla. Hace varios años que nos escribimos. En cualquier momento arreglo las cosas en el trabajo y voy”*. Saholaver (2009)

Si bien en muchas ocasiones lo virtual es un paso previo al encuentro real, en otros casos las relaciones toman la forma de “platónicas” a salvo de las desilusiones y riesgos que trae aparejado el encuentro cara a cara. Dozo llama a esto el ciber romanticismo en el que se elige al ser imposible y lejano. La correspondencia virtual y el chat permiten el anonimato, la invisibilidad produce un efecto de desinhibición que facilita la confesión de los sentimientos e inquietudes íntimas.

En los adolescentes brindar al amado o a la amada la contraseña del Facebook, correo electrónico y/o celular es la prueba de amor requerida. Muy diferente a la prueba de amor que el hombre pedía a la mujer hace unos años.

El cibersexo

Paciente: *“Yo estaba en la parada y él se ofreció a llevarme a mi casa en su auto. Nos intercambiamos nuestros números telefónicos. A los 20 minutos de entrar a mi casa me mandó un mensaje por WhatsApp. “Mándame una foto sexy”. Le mandé una foto que me saqué en ese momento a medio desvestir. Finalmente tuvimos sexo mediante fotos y mensajes hot”*.(escuchado en mi consultorio)

Lo opuesto al romanticismo en la red es la cibercopulación, infidelidad *on line*, perversiones varias. Basta una pizca de ingenio, escritura veloz, webcam y el

programa de mensajería instantánea. El plan: saciar la soledad, pasar el rato y divertirse.

Inmediatez en las relaciones

Paciente: *Me ha clavado el visto, no sé por qué no responde* (escuchado en mi consultorio)

En relación el tiempo, la Internet ha modificado la relación de inmediatez del aquí y el ahora. Sibila (2012) alerta sobre la velocidad y lo instantáneo que rige las tecnologías informáticas. Las personas suelen consultar permanentemente su celular para no defraudar a sus amigos/contactos de los que recibe mensajes en forma permanente.

Identidad *on line* y *off line*

“Las máquinas tecnológicas de información y comunicación operan en lo más profundo de la subjetividad humana, no sólo en el seno de sus memorias, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afectos y de sus fantasías inconscientes”. Félix Guattari

Gardner (2014) refiere la relación entre la construcción de la identidad y la tecnología. “Las aplicaciones pueden cortocircuitar la relación la formación de la identidad y hacer que nos convirtamos en el avatar de otra persona, como nos presentan varias opciones. También pueden ayudarnos a abordar la formación de la identidad como un proceso más deliberado, reflexivo y global”.

Bauman (20015) reflexiona sobre Facebook. La propuesta de Mark Zuckerberg es tan popular dice” porque sus usuarios debieron sentirse muy solos, por alguna razón les resultaba difícil escaparse de su soledad con los medios a su disposición, en segundo lugar debieron sentirse dolorosamente desatendidos, inadvertidos, ignorados y arrojados a un camino secundario, exiliados y excluidos”.

Este análisis refleja, de nuevo, las dificultades para crear lazos que excedan la amistad virtual aunque pueden ser usados como un puente para encuentros y salidas, especialmente el WhatsApp cuyos grupos y comunicaciones son

menos impersonales. Massuh (1999) alertaba sobre los riesgos de la técnica “los artefactos nos persuaden que es posible reemplazar la vida por el simulacro, la realidad por su copia virtual, el conocimiento por la información, al amor por su imitación perfecta, al cuerpo por el multiuso de su aprovechamiento exhibicionista”.

Nos encontramos con dos posturas frente al impacto de la técnica. Por un lado una postura crítica radical como la de Massuh, (1999) quien considera a la misma como deshumanizante. Y la otra, a la que se refieren autores como Bauman (2005): “Internet no nos usurpa nuestra humanidad: la refleja. Internet no se mete con nosotros: muestra lo que llevamos adentro”.

Entonces habría dos vidas: una *on line* y otra *off line*. Son dos mundos paralelos y diferentes. Uno, creado por la tecnología *on line*, nos permite trascurrir una parte del día frente a la pantalla. Por otro lado tenemos una vida “normal” o “cotidiana”, es el mundo *off line*. En el primer mundo los internautas suelen hacer de él una zona libre de conflictos.

Esto facilita para Bauman (2005) olvidar el arte del diálogo. Entre los daños más analizados y teóricamente más nocivos de la vida *on line* están la dispersión de la atención, el deterioro de la capacidad de escuchar y de la facultad de comprender, que llevan al empobrecimiento de la capacidad de dialogar, una forma de comunicación de vital importancia en el mundo *off line*.

Identidad: tiempo, espacio y cuerpo

Grinberg, L. (1990) expresa que la identidad es la resultante del proceso de interacción entre tres vínculos: integración espacial del *self*, integración temporal del *self* e integración social. Es decir la identidad es la resultante de la interacción entre tiempo, espacio y otros

Adaszko (1998) expresa que dentro de la organización social del tiempo y el espacio, el lugar que ocupaba el cuerpo tenía sus límites y esto era un factor de relevancia en la constitución de ciertas relaciones sociales. “El deseo de

prescindir el cuerpo, del tiempo y del espacio en la búsqueda de una emulación electrónica de las comunidades no está accidentalmente intensificado en una época en que el espacio y el tiempo de la vida cotidiana se han tornado inciertos, poco placenteros y hasta peligrosos”. Banet (1998))

Esteban Levin (2007) advierte sobre la sustitución y el desplazamiento del cuerpo originados por los monitores. La pantalla presenta un espacio sin cuerpo que torna al sujeto pasivo, una realidad sin tiempo ni límite.

En el otro extremo, observamos casos de exhibicionismo (sobre todo en Instagram pero también en Facebook y WhatsApp) en donde se expone el cuerpo, a veces sin tapujos, con sus marcas (tatuajes, cirugías) y se ofrece como modelo de identificación donde en otro tiempos reinaban los ídolos; deportistas, artistas,

De todos modos dista este exhibicionismo de “poner el cuerpo”, se trata de editar las fotos que se postean (a veces con exceso de fotoshop) para dar una imagen deseada y deseable.

Así como existen aplicaciones para exhibir el cuerpo en una sociedad a la que Desbord (2008) llama “del espectáculo”. También la realidad virtual sirve como refugio y liberación de las presiones del cuerpo y ha sido un acicate para que muchas personas usen Internet en sus contactos personales.

Se crea una imagen de la otra persona que puede ser muy diferente de la real tanto desde el aspecto físico como de su personalidad (a los gordos, las personas poco agraciadas, los acomplejados, los tímidos, la Internet les permite superar barreras e inhibiciones)

Intimidad/extimidad

Gardner (2014) habla de la intimidad, la tecnología pueden facilitar vínculos superficiales, desalentar el contacto cara a cara y sugerir que todas las relaciones humanas puedan clasificarse o bien determinarse, con antelación o, por el contrario proporcionarnos maneras nuevas de relacionarnos con los demás sin que ello nos impida desconectar de los dispositivos cuando sea necesario.

En el Chat y las Redes la diferencia entre lo público y lo privado se diluye en una suerte de confesionario en el que se constituye la Internet. (Sibila2012).

La ilusión de tener “un millón de amigos” puede llegar a vivirse como cierta. La ansiedad por la cantidad de “me gusta” frente a un posteo y la actualización de estado aparece y desaparece frente a novedades permanentes que circulan en las redes y pierde su actualidad en el momento de efectuarse.

Las redes son un espacio para el marketing personal en donde los actores exhiben sus romances, fiestas, vacaciones, gustos musicales, aforismos y otras intrascendencias. Las emociones “incorrectas” como la tristeza, el miedo, la duda no puede revelarse en la red.

Discusión

La construcción de identidades recibe la influencia de la tecnología forjándose el sujeto identidades dobles: *off line* y *on line*, las que pueden tener diferentes niveles de coincidencia o coherencia. De todos modos, la Red es un escenario propicio para el juego de roles y el cambio de identidad. ¿La Web disocia la identidad o la integra?

La intimidad deviene espectáculo: favorecida por el auge de las redes sociales, se produce la confusión entre lo privado y lo público, o lo primero se transforma en lo segundo. ¿Qué implica este uso de la Web como “confesionario”? ¿Estamos ante un nuevo culto?

La levedad de los vínculos. Si bien los vínculos “líquidos” a los que se refiere Bauman (2005) son propios de la época, la Internet puede reforzar esta tendencia reemplazando los encuentros “cara a cara” por comunicaciones mediadas por la tecnología. ¿Dichas relaciones son menos auténticas que las *off line*?

Nos invaden nuevos temores, la exposición, el espectáculo ante un “millón de amigos”, puede generar temores paranoides: miedo a ser atacado, extorsionado, espiado, hackeado, estafado. ¿Es que el refugio que ofrece la pantalla no implica estar a salvo de la hostilidad del/los otros?

La supresión del tiempo y el espacio. Hoy se habla de la “ubicuidad” para referirse a las nociones temporo-espaciales de la Red. Esto obedece a que la Internet permite una comunicación que trasciende el espacio y el momento presentes. ¿Esto implica oportunidades o amenazas para la vida de relación?

El arte del diálogo y la conversación se ha perdido (o se va perdiendo) por el uso intensivo de las tecnologías plantea Bauman (2005). ¿Los modos de comunicación mediados por TIC (tecnologías de la información y la comunicación) están empobreciendo nuestras relaciones?

El cuerpo es omitido. Los autores hablan del cuerpo inmóvil (Ferrer,2008) o una relación sin cuerpo (Levin,2007)) o de un cuerpo virtual “*fotoshopeado*”, “retocado” conforme a las exigencias del “marketing de la imagen”. Para los inseguros o poco agraciados este cuerpo “no visible” puede ser un beneficio para entablar un diálogo virtual. (Wallace, 2001). ¿Qué papel juega el cuerpo en las formas de relacionamiento vía Web?

Conclusiones

Frente a la caída de los ideales de la Modernidad (o de sus grandes relatos) surge la técnica como una panacea o fetiche. Actualmente se vive una transformación de las formas de vida generadas principalmente por el uso de la Internet.

Podemos comparar lo que Mc Luham (1997) llama la Galaxia Gutemberg con lo que Castells (2007) denomina la Galaxia Internet por lo revolucionario de los cambios que ambas han significado y significan.

La Galaxia Internet ha modificado la forma de amar, trabajar, estudiar, recrearse, viajar, etc. de las personas. Inclusive sus modos de construcción subjetiva. En este trabajo nos hemos centrado de la identidad y los vínculos buscando dar respuestas a preguntas relacionadas con el uso intensivo de la tecnología. En lugar de respuestas surgen nuevas preguntas. Además, ese uso intensivo no es general, sólo un pequeño porcentaje de la población mundial tiene acceso a la Internet.

Es nuestra hipótesis que la tecnología no es la causa de estas formas de vínculo en las que impera lo líquido y lo leve. La tecnología ha “prendido” de una manera exponencial porque sirve de soporte ante la incertidumbre, la soledad, el aislamiento y la velocidad de los cambios en una sociedad consumista.

Consideramos de que estamos ante una socialización “ampliada” en la medida en que las relaciones interpersonales exceden las tradicionales: familia, escuela, amigos, etc., si bien son más superficiales (sello de nuestra época) amplían horizontes y crean una ilusión de estar siempre acompañado.

La dimensión temporal toma la forma de un eterno presentismo por la rápida obsolescencia de las novedades, artefactos, información, etc.

Los espacios pierden su fijeza y se hallan interconectados entre sí. Los vínculos trascienden las fronteras y propician solidaridades y odios por igual.

Finalizamos con una anécdota citada por Pedro Luis Barcia, presidente de la Academia Argentina de Letras (reproducida en una entrevista publicada en La Gaceta el 29/03/2009).

“Va Oscar Wilde de visita a Norteamérica y Graham Bell (inventor del teléfono) le dice: “Fíjese Ud. en este aparato curioso. Hay una bocina en mi auricular, le da manija y puede hablar al otro lado del Atlántico”. Y le responde Wilde: “Hablar de qué?”

Allí instauraba el peso de la palabra humana frente a la mera vía comunicativa”

.....

AUTORA

Beatriz Elena Polti
Tucumán, Argentina.
Psicóloga
Máster en Sociología

PREMIO LIMA CLARA

INTERNACIONAL —2019—

ENSAYO

A Nancy Susana Sarasúa

Por su obra:

**Reflexiones en voz alta sobre Educación,
y Prácticas Docentes**

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

Reflexiones en voz alta sobre Educación, y Prácticas Docentes

Hace veinte años trabajo en un colegio secundario de Corrientes, donde enseñé o “trato” de enseñar Historia.

Por supuesto que en todos estos años he aprendido muchísimo, junto a mis alumnos en cuanto a la pedagogía y didáctica de la enseñanza.

En los últimos años, no dejé de escuchar y leer solamente quejas de colegas, padres y opinólogos en general, con respecto al gran fracaso de la educación pública en Argentina, la decadencia de los resultados en Matemática, y ni hablar de la lecto-escritura. Se cruzan reclamos de todo tipo. Y en esta maraña nadie puede mirar para otro lado, ya que todos nos vemos involucrados, directa o indirectamente.

Los padres señalan a los docentes como los únicos responsables del fracaso escolar de sus hijos. Reclaman a la escuela más dedicación en su función de enseñar.

Los funcionarios del Ministerio de Educación también apuntan condenatoriamente a los docentes. Cuestionan el alto índice de ausencias durante el ciclo lectivo y la poca motivación para enseñar y perfeccionamiento para mejorar las prácticas docente.

Por supuesto que los docentes se defienden, y señalan a los padres como los únicos responsables de la educación de sus hijos, la escuela completa la formación con contenidos curriculares acordes a la edad del chico. También es evidente que el Ministerio de Educación tiene su cuota de responsabilidad, ya que las escuelas públicas muchas veces no cuentan con los insumos básicos para poder desarrollar el proceso de enseñanza-aprendizaje en las mejores condiciones.

Y en medio de esta batalla y cruces de acusaciones, se encuentran miles de chicos del nivel primario y secundario, víctimas de negligentes decisiones de los adultos: padres- docentes- autoridades, quienes deberían velar por una mejor educación. Por ahí, ese chico tiene algunos inconvenientes neurológicos para Aprender, o miedos no resueltos, o un entorno familiar problemático... en fin. Pero... alguien se ocupa de atender la situación real del chico y encontrar la raíz de su fracaso escolar?

Escucho todas las voces, para poder tomar real dimensión del fracaso escolar. Pero me centro exclusivamente en la tarea docente. Pensemos que los docentes somos “Profesionales de la Educación”, por lo tanto, debemos dar respuestas a los padres. Orientarlos positivamente hacia posibles caminos que lleven al chico a mejorar sus resultados.

Yo, como docente responsable de mi función y profesionalismo, debo conectarme con mi alumno. Enseñar contenidos que le sean significativos. Mi aula debe transformarse en un espacio donde reine la curiosidad, ya que éste es el motor que lleva al chico a investigar, a motivarse. “La condición humana se construye sobre la curiosidad”, afirma David Perkins.

Debo tener presente que mi aula es un universo “diverso”, y esto es fabuloso, ya que lo diferente es valioso porque aprendo de él. Desarrollar valores como la cooperación, la empatía con el otro, tratar de lograr relaciones satisfactorias... en fin... tratar de transformar el aula en un espacio que desarrolle y genere en los alumnos sus propias herramientas.

Como docente profesional, debo “sacar lustre” a mis alumnos, y nunca “lijarlos hasta destruirlos”.

Por ello, creo, que es válido recordar la Misión de las escuelas, es decir, debemos detectar lo que SÍ puede hacer mi alumno, y NO solamente tomar o sobredimensionar las dificultades que presenta. Debo crear Puentes que me acerquen a él, a sus potencialidades, a sus aptitudes.

Por supuesto que las emociones juega un lugar fundamental en la relación alumno-docente, enseñanza-aprendizaje. El aprendizaje varía entre los individuos, es por ello que debo conocer el entorno o realidad de mi alumno, para comprenderlo, y no someterlo a situaciones o problemas que no podrá resolver.

Estas reflexiones surgen de mis prácticas de muchos años. No se trata de “facilitar” al estudiante, sino de “posibilitar” su aprendizaje.

Coincido con mis colegas cuando dicen que los padres “no acompañan” el proceso... pero muchas veces, el entorno familiar no es óptimo, entonces el chico se refugia en la escuela. Ahí debemos estar atentos los docentes, para captar la realidad de estos estudiantes, posibilitar la superación de situaciones personales, brindando espacios de aprendizajes significativos.

Confío en mi preparación, y en el potencial existente en cada estudiante con los que trabajo día a día. Si logro que mis alumnos aprendan lo básico y les sirve para su vida, ya me doy por satisfecha.

Enseño o “trato” de enseñar Historia con el mejor profesionalismo docente que tengo. Y también “trato” de contagiar a mis colegas a concentrarse y sacar a la luz todo lo bueno que pueden dar nuestros alumnos.

“Debemos abrir las ventanas que TODOS tenemos, para que salga la luz que llevamos adentro, y representa lo mejor de nosotros”.

Vale el esfuerzo. Muchas Gracias

.....

Autora

Nancy Susana Sarasúa

Corrientes. Argentina.

Profesora y Licenciada en Historia

PREMIO LIMA CLARA

INTERNACIONAL —2019—

ENSAYO

A Fabio Esteban Seleme

Por su obra:

Del alma inmortal al perfil de usuario

JURADO INTERNACIONAL

—Prof. Lic. Esteban Conde Choya -Barcelona - España

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

**—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Editora Asociada y Directora Ejecutiva**

**—Raúl Silverio López Ortego
Editor y Presidente Editorial**

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara, Buenos Aires, Argentina. Marzo de 2019

Del alma inmortal al perfil de usuario

Las ideas también se extinguen, como las especies naturales. La idea de alma, por ejemplo, es el caso de una idea extinta. Desde Tales de Mileto y hasta el siglo XIX tuvo un lugar preponderante en las explicaciones filosóficas del mundo, del hombre y del conocimiento. Hoy, sin embargo, el alma apenas subsiste como referencia poética, infantil o religiosa.

Lo curioso, con la idea de alma, es que, al contrario de lo que uno podría imaginar, no es una idea de origen filosófico o religioso. La idea de alma viene de lo más profundo de la historia. Es una idea arcaica, ancestral. Es una idea mítica y elemental, asociada a la producción de una desmentida de la muerte.

En esas representaciones primitivas, el alma era entendida como un soplo o aliento vital, pero también fue concebida más adelante, por ejemplo en el orfismo, como una sombra, o pareja oscura, un espectro que podía percibirse en sueños y, excepcionalmente también, en la vigilia.

La idea del alma, como aliento o soplo, fue tal vez la más común, aunque la noción filosófica de alma se fue precisando y purificando a medida que los términos empleados, para referirse a ella, tendían a describir menos un principio vital que una especie de “doble” propio de cada uno de los hombres.

Efectivamente, las primeras especulaciones filosóficas acerca del alma se elaboraron en torno a la idea del fantasma del viviente o de la totalidad de lo existente. El alma era, entonces, el doble del cuerpo. Su negación. Producto paranoico de un “yo” aterrorizado por la muerte, el alma representó un “yo” otro, flotante y desencarnado de profundas injerencias en lo humano. Lo interesante a notar aquí es que, a partir de esa objetivación paranoica, comenzó la edificación de la subjetividad.

De este doble se pasó con el tiempo a describir al alma como un tipo de realidad, sustancia o nube que englobaba algunas de las operaciones psíquicas como la inteligencia, la voluntad, los sentimientos, etc.

Luego, esas operaciones psíquicas se redujeron a funciones mentales de naturaleza básicamente química, que daban por resultado el fenómeno emergente de la mente. La mente vino así en el siglo XX a negar el alma y su duplicidad perturbadora.

Extinta el alma, ninguna instancia metaforizaría ya nuestra existencia y ninguna trascendencia la definiría. Nuestra esfera espiritual parecería agotarse ahora en una serie de descifrables circunvoluciones neuronales. Pero si la noción de mente es la negación del alma en el campo científico-filosófico, en términos rituales y simbólicos las almas se han diluido en otras contingencias diferentes. Han ido a naufragar, entre otros lugares, a la playa de los perfiles de usuario.

Son, los perfiles, esos reflejos y simulacros irrisorios de autoconstrucción con el que intervenimos en las redes sociales informáticas. En ellos se ve el último rastro de la peripecia histórica de las almas, porque los perfiles son la recapitulación del flujo de su dialéctica negativa: el alma trascendente niega el cuerpo mortal, la mente como emanación neuronal desmiente la analogía del alma y los perfiles resultan la información residual de una identidad puesta en esa otra circunvolución neuronal externa que es Internet.

Si el alma era la fantasía productora de unidad de un cuerpo fragmentado, el perfil de usuario es más bien su exorcismo por medio de una imagen y algunos datos de preferencias adheridos. Ensayo consciente y aspiracional, el perfil es un segmento que se presenta como una evidencia disgregada. En los perfiles, una percepción subjetiva obliga a una objetividad plana y directa.

Los perfiles cumplen la función de informar a los otros acerca de cómo deben considerarnos y apreciarnos. Por eso, si el alma era de naturaleza paranoica, el perfil es de naturaleza perversa. El alma era la sede de la memoria, los perfiles el campo de una pura proyección distorsionada e inestable. Teníamos sólo un alma pero podemos hacer múltiples perfiles.

Sin embargo, tanto los perfiles como las almas son del orden de lo perenne. Y en esto radica tal vez el poder de proyección defensiva de ambas ideas. Si uno se fija bien, los perfiles, del mismo modo que sucede con las almas, siguen activos mientras nosotros dormimos. Y también les espera la eternidad porque permanecerán en la red incluso después de que muramos.

Según proyecciones matemáticas, en el 2060 Twitter y Facebook serán redes sociales con más muertos que vivos. Para eso han comenzado a surgir las aplicaciones para perfiles cuyos “dobles” de carne y hueso fallecen. De eso se tratan *Dead Social* o *LivesOn*, que por ejemplo, bajo el lema “*When your heart stops beating, you'll keep tweeting*” (Cuando tu corazón deje de latir, mantendrá tu piar) permite seguir tuiteando, aún después de ser cadáver. Todo esto a partir del automatismo de un programa que realiza un análisis del historial para mantener los mismos tonos, frecuencia, intereses y estilos del ausente.

Perfiles en pena de los muertos, pero también de los vivos cuyos cuerpos los abandonan al perder u olvidar sin remedio las contraseñas. Sin cielo ni inframundo, todos flotan el mismo purgatorio digital, perfiles fantasmas de vivos y muertos, los creados por robots y los administrados por personas reales. Todos igualmente nítidos y ficticios. Fuera de todo orden normativo, los perfiles de usuario cohabitan en la indiferencia que les proporciona el no estar sometidos a la expectativa de algún juicio final.

Autor:

Fabio Esteban Seleme

Licenciado en Filosofía, Especialista en Pedagogía de la formación, Secretario de Cultura y Extensión de la UTN-Tierra del Fuego, Mención de honor en el premio Academia Nacional de Educación 1997.

El artículo fue publicado por “Del Fuego Noticias” el 9 de marzo de 2016.

JURADO INTERNACIONAL 2019

— **Prof. Lic. ESTEBAN CONDE CHOYA**

— **Barcelona. España.**

— Licenciado en Filología Románica por la Universidad de Barcelona. Profesor de Lengua y Literatura española.

— Fundador del Premio de Poesía Viernes Culturales de Cerdanyola del Vallés y Presidente de jurado del mismo.

— Ha publicado en Mailxmail numerosos cursos de Teoría Literaria e Historia de Literatura española; entre otros, La Narrativa. Teoría y Práctica, Literatura medieval española. Géneros y autores, Barroco literario español, Literatura española del siglo XVIII, Literatura española de los siglos XX y XXI, Literatura. Renacimiento. Ejercicios y Soluciones.

— Asimismo es autor de libros de su especialidad y de creación literaria, entre los que destacan los siguientes: La lectura y la redacción, Agua vivida, El camino diario, El cuaderno de Sísifo, En el cristal del tiempo, La dura vida amada, El jardín secreto de don Quijote, Sobra el alma, Estos octubres, Cuando la infancia es siempre, Dejaremos perder estos días, Zamora entre la ausencia y el reencuentro...

— Cuenta con premios y reconocimientos, como el Boscán de Poesía, Calasanz, Ciudad de Montoro, Azahar, El Chiscón de Cuentos...

— También ha dado a conocer en Freeditorial dos novelas: El cura de Santa Ana y El caballero de negro.

PREMIO LIMA CLARA

INTERNACIONAL —2019—

ENSAYO

**Agradecimiento al Prof. Lic.
Esteban Conde Choya**

**Por su valioso aporte como
JURADO INTERNACIONAL
ENSAYO — 2019**

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Directora Ejecutiva y Editora Asociada

—Raúl Silverio López Ortega
Editor y Presidente Editorial

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara. Buenos Aires, Argentina, marzo de 2019

JURADO INTERNACIONAL 2019

—**Prof. Mg. JAIME ANDRÉS WILCHES TINJACÁ**

Bogotá Colombia.

- Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de Colombia.
- Comunicador Social y Periodista de la Universidad Central cursando estudios como becario durante toda la carrera.
- Politólogo Grado de Honor de la Universidad Nacional de Colombia.
- Candidato a Doctor en Comunicación de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, España.
- Investigador Asociado (I) de Colciencias, Integrante del Grupo Filosofía, Cultura y Globalización (Categoría A Colciencias). Integró el Grupo colombiano de Análisis de Discurso Mediático (Categoría A Colciencias). Experiencia de doce años en la formulación y coordinación de proyectos de docencia, investigación y extensión en temáticas como: Comunicación Política, Teorías de la Comunicación, Análisis de Coyuntura, Teorías del Poder, Políticas Públicas, Representaciones Sociales, Conflicto Armado y Paz, Teorías de la Acción Colectiva y Metodologías de la Investigación.
- Integrante del equipo académico que formuló la Maestría en Política y Relaciones Internacionales de la Universidad de La Salle y la Maestría en Comunicación y Medios, el Observatorio de Medios y el Proyecto “Narcomundo y Ficción Televisiva” de la Universidad Nacional de Colombia. Se desempeñó como Docente e Investigador de la Universidad de La Salle y Catedrático de las Universidades Javeriana, Bosque y Unipanamericana, Coordinador de la línea de investigación en Memoria y Conflicto del Instituto de Paz de la Universidad Distrital (IPAZUD), Coordinador Académico de la Cátedra Andrés Bello-Universidad de La Salle “Medios de Comunicación e Integración en Latinoamérica”,
- Consultor de la Autoridad Nacional de Televisión (ANTV), Asistente de dirección de la Revista Digital Razón Pública, Coordinador de la investigación Paramilitarismo, Cultura y subjetividad en el programa semilleros de investigación de la Universidad Nacional de Colombia, Asistente de la Maestría en Problemas Sociales Contemporáneos de la Universidad Central. En la actualidad es Coordinador del equipo gestor de la creación del Doctorado en Comunicación de la Universidad Nacional de Colombia.

PREMIO LIMA CLARA
INTERNACIONAL —2019—
ENSAYO

**Agradecimiento al Prof. Mg.
Jaime Andrés Wilches Tinjacá**

**Por su valioso aporte como
JURADO INTERNACIONAL
ENSAYO — 2019**

Departamento Redacción de Limaclara Ediciones

—Prof. Lic. Tamara Portnova Deikoun
Directora Ejecutiva y Editora Asociada

—Raúl Silverio López Ortega
Editor y Presidente Editorial

www.limaclara-ediciones.com

Limaclara. Buenos Aires, Argentina, marzo de 2019